

MONTIEL BALLESTEROS

LA HONDA Y LA FLOR



AFORISMOS

MINAS MCMLXV

4
h

Carátula de Jonio Montiel

*Todos los derechos son reservados para el autor
Queda hecho el depósito que previene la ley N° 9.739*

*“La gaité clarifie l’esprit,
surtout la gaité litteraire”.*

JOUBERT

MCMLXV

LA HONDA Y LA FLOR

AFORISMOS

163 41

I

En el albor remoto, el hombre —llamémosle Adán— inicialmente poseyó la fuerza: la honda, para la defensa y el dominio. Simultáneamente, fue dueño de la flor: la Poesía, para la conquista de la hembra, concedámosle el nombre de Eva.

II

Más que como literato, como filósofo y como sabio, se admitió a George Bernard Shaw en el cielo y se le concedió el privilegio excepcional de abrir una escuela para alfabetizar espiritualmente a sus habitantes.

Para informar de sus actividades, el ingenioso maestro se hizo confeccionar un cartel anunciando:

«Aquí se enseña a reírse de sí mismo».

El primer discípulo que se inscribió fue el señor Dios.

¡Ha sido destinado a la clase jardinera y ya juega con la a, la b y la c., las primeras letras de la asignatura!

III

Jóvenes y fuertes no son quienes, contando con escasos años y vigorosos músculos, siéntense bien en la inacción de las sombras de moho de las vetustas ruinas —al parecer incommovibles— sino quienes cargados de tiempo, las apartan para gozar de la cálida claridad del sol y son capaces de dialogar alegremente con el viento libre.

IV

La inteligencia comenta:

—Yo no estoy expuesta a que me castigue una crisis de viviendas.

—Existen demasiado cabezas vacías.

V

—Vengo a que Usted me dé lecciones para componer una novela.

—Estoy a su disposición.

—Necesito traer personajes?

—No. Nosotros nos bastamos y nos sobramos. Hay que agenciarlos dentro de nosotros mismos.

VI

No hay necesidad, si la conquistamos, de que entreguemos la resplandeciente antorcha victoriosa.

Ella va sola, desde que es quien nos lleva.

VII

Cómo va a volver Dios a la Tierra, si nos lo hemos devorado.

VIII

El torcerle el cuello al cisne del instinto, significa devorarse la poesía.

IX

Nunca he visto llorar a nadie, con lágrimas, tan auténticas y sentidas, que a Dios, contemplando lo que había realizado luego de sus famosos seis días de trabajo.

X

La tierra es la novia, que, como sabe que le perteneces, no se cansa nunca de esperarte.

XI

En la mujer, ansiamos encontrar lo que nos falta. E ilusionados, contamos nuestras costillas y la cuenta siempre nos sale mal.

XII

Diluviaba.

Noe había recibido instrucciones precisas: no debía admitir en su barca sino a un matrimonio de cada especie.

Estaba por cerrar el portalón de la nave para partir, cuando llegó el postrer huésped.

—¿Solo?

—Si

—¿Y la señora?

—Soy soltero.

—Ah, no! Usted no puede entrar.

—Soy Dios.

—Y a mi qué me cuenta.

XIII

Cuando llego al cielo, la primera medida que toman es llamar a la Ambulancia de la Asistencia Pública, para que, sin pérdida de tiempo, me conduzcan a la sala de intervenciones quirúrgicas del hospital.

Se ha decretado que me extraigan al Diablo del

cuerpo.

Bisturíes, serruchos y tijeras en mano, los cirujanos del Santo Oficio se disponen a partirme por gala en dos, cuando, desde mi interior, una voz demoníaca protesta:

—De aquí no me saca nadie. Ni con orden judicial de allanamiento. Este es mi domicilio natural.

Los «achuradores» no ceden.

Inician su faena bárbara: tallan, inciden, sesionan, insisten!

Hasta que, escondido en el rincón más oscuro de mi alma, se encuentran con Dios, que nunca abandona a sus criaturas.

XIV

Yo no soy sólo el malentendido díscolo que, cuando le suenan a hueco los cráneos que golpea, se complace en destruirlos.

Busco la raíz de los mitos sin fundamento el por qué de la oquedad de tantas cabezas.

XV

Los críticos son unos voraces cobradores de impuestos, que intentan atraparnos el íntegro monto de nuestros haberes.

XVI

Ignoramos por que aberración el hombre siempre ha insistido en acentuar los rasgos de fealdad de la Muerte, cuando ésta es nuestra grande y pura Madre consecuente, tanto como justiciera, que sin predilecciones ni diferencias, nos acoge a todos sus hijos en la silenciosa y dulce ternura de sus brazos.

XVII

Mi amigo llega a su casa y se pone a aplaudir como un loco.

¡Qué le pasa?

Ha vivido otro día. La comedia es tan perfecta! Ha encontrado tan consumados actores!

Lo han embaucado. Le han mentido. Lo han mistificado con tal arte y como no ha podido demostrar, delante de cada uno de los «cómicos» su entusiasmo, se desahoga ahora y les hace justicia.

XVIII

Estoy construyendo mi estatua, en titánica lucha.

Cuanto más me visto, más me desnudo.

Y al igual de Cellini, que desesperado, sufría hambre de bronce cuando fundía su Perseo, tengo que arrojar al horno llameante toda mi verdad, que grita, se revuelve y vocifera sus terribles secretos, luchando entre el metal hirviente.

XIX

Si Dios no hubiese experimentado el horror y el asco, que, sin duda alguna, terminó por producirle el hombre, no le hubiese regalado la hipocresía.

XX

No estoy tan alto como para que no me alcancen las piedras ni me hallo tan bajo, como para que el barro me tutee. . .

Pero considero conveniente tapiar mis ventanas, antes que estar descascarando sus cristales de la repugnancia del lodo con que pueden salpicarme los que en él viven y se debaten.

XXI

El inmenso mal que la Naturaleza ha realizado, es el darle más importancia a la cabeza que al corazón.

XXII

La Verdad, en general, es una píldora amarga, que, cuando creemos descubrirla o damos con ella, nos resolvemos a tomarla, pero no la tragamos.

XXIII

En la orilla, lo que existe de malo para nuestra originalidad es que, cuando la adquirimos, al leer a los otros, nos desfiguramos, sin perjuicio que nos completamos.

XXIV

Que la demolición no obedezca exclusivamente al maligno placer de destruir.

La chatarra posee un valor; los ladrillos aún pueden estar en buen uso.

Que la piqueta no sea una bomba atómica.

XXV

Al académico lo informaron que en cierta espelunca de una mal llamada rua, un equívoco sujeto manipulaba clandestinamente el raro producto.

Trasvestido, aprovechando las nocturnas sombras, de riguroso incógnito, se aventuró en su búsqueda. . .

—Puede, su señoría, mercarme una porcioncilla de ese menjurge que apodan humorismo?

—Que nones. Ese raro y escaso unto, de uso personal, es de industria casera y no se compra ni se vende.

XXVI

Los flojos, los blandos, los tibios, quienes no son ni chicha ni limonada, se han congregado para formar ese calmo mar muerto, por el cual la Razón debe cruzar a nado, a brazo partido, para levantar su bandera de luz sobre el mundo.

Como espectadores, los tolerantes, desde las márgenes caliginosas, hacen apuestas:

—¿Llegará? ¿No llegará?

XXVII

Quizás el afán de dominio que caracteriza al ser humano, no sea otra cosa que una reacción contra el fracaso de mandarse a sí mismo.

Sin éxito, naturalmente.

XXVIII

El más grande crimen de la humanidad no consiste en las guerras, que quitan vidas, sino en la persecución del pensamiento, que nos roba almas.

XXIX

No es irrespetuosidad no creer, lo es el no investigar, cometiendo un flagrante atentado contra nuestra admisible inteligencia.

XXX

Con más o menos lucidez o torpeza, gracia y equilibrio y aún belleza y majestad, el Hombre —a través del tiempo— se ha inclinado a jugar a los dioses. Y, en oportunidades, con gracia e inteligencia, ha podido legarnos el tesoro de bellísimas leyendas, a muchas de las cuales no faltan quienes —en su limitación— las con-

sideran sagradas.

XXXI

En ambos bandos, en cada uno de los imperialismos en pugna, se piensa lo mismo.

—¡Un hombre libre! He ahí el enemigo!

XXXII

Todo es azar.

Este desconcertante fenómeno de la creación artística, de pronto nos deslumbra con una profunda e ingeniosa revelación o luego, la morosa y reconcentrada meditación, nos ofrece un desmedrado y raquíptico fruto.

XXXIII

El arte es una lógica deformación de la realidad y aún del sueño, por la sencilla razón de nuestras limitaciones.

En los puntos que no alcanzamos a comprender y descubrir del alma del hombre y la de la belleza de las cosas, inventamos, dando la apariencia de ser realmente creadores.

El artista, pues, es el ser que completa, más que corrige, su visión.

La ineptia nace cuando alguien, sabiendo esto, intenta superar el hecho normal y se afana por sustituirlo con el absurdo y la extravagancia.

XXXIV

La señora católica adquiere ejemplares para su gallinero.

El vendedor le anuncia:

—Dos decenas de pollitas y un buen gallo.

Ella, protestando, se opone:

—¡De ninguna manera! ¡Poligamia, no!

XXXV

Amar es aprender y comprender.

Enviemos nuestro corazón a la escuela.

XXXVI

El ser humano puede padecer hambre de lo sublime; quizás, en esa apetencia, se acerque al genio.

Pero debe limitar su apetencia de grandeza, no excediendo la capacidad de su estómago y de su cerebro, para evitar el juego de la invención de la divinidad, que terminará por anularlo o transformarlo en el mercader, pariente de esos que, en un raptó de lucidez expulsó del templo, a latigazos, el sensato y equilibrado Jesús.

XXXVII

Sólo cuando descubrimos nuestra insignificancia, comenzamos a ser algo, a ser!

Antes constituímos una larva de inconsciencia, que lucha heroicamente por realizarse.

XXXVIII

La pequeñez del hombre se evidencia en la concepción de su Dios.

De acuerdo a su reducida capacidad, tiene que ajustarlo a su escala.

Y hay que ver lo que mide y lo que significa ésta.

XXXIX

El campeón, —no sé bien si de fútbol, de fabricar millones o de tango,— llega a casa del quirúrgico y

le requiere:

—Extráigame la bestia.

—Imposible.

—¿Por qué?

—No le va a quedar nada.

XLI

En el año 5000.

Desde que en las cárceles se ha empezado a utilizar los robots femeninos para satisfacer ciertas necesidades fisiológicas de los detenidos, se han aumentado los delitos y los crímenes.

Los sabios, ahora, tienen que resolver el problema de la reproducción por correspondencia y sin necesidad de mujeres.

XLII

No le hagas creer al arroyo que es un río, pues lo expones a que se desangre en un esfuerzo superior a su caudal y su capacidad.

XLIII

Adán trae a horcajadas a Eva y la descarga ante Dios.

—Aquí la tienes. Te la devuelvo. Dame mi costilla.

—¡Ah, no! No soy tan desalmado como para efectuarle otra operación quirúrgica. ¿Quién me garantiza que no te mueras en ella? Si tal sucediera, a quién le voy a cobrar?

Además estoy absolutamente seguro de que no transcurriría mucho tiempo de que volvieras a rogarme de que te extrajese de nuevo la costilla y te volviese a fabricar una «peor es nada».

XLIV

En el correr de su existencia el ser humano se deja conquistar por el amor, por el trabajo, por las ideas, por la iglesia, por el afán de lucro, por el más allá...

Unas y otras pasiones, ansias y sueños, le acarrean hechos, realidades, dolores y alegrías.

Al más allá, al misterio, enorme abismo ilimitado, se conforma con rellenarlo con fantasmas.

Pero, primero vive, como es axiomático.

¡Vivir!

¿Y acaso esto último no está constituido por lo que inicialmente hemos enumerado?

XLV

El cerdo, el tigre, el asno, la serpiente, el gato, el zorro, hasta la hiena, fueron invitados a presenciar un juicio público, al que, ante graves y sesudos magistrados, comparecía un soñador revolucionario, que se proponía transformar el mundo, para volverlo bueno y humano...

Oyeron la acusación, la defensa y la condena, que, afortunadamente, no consistió sino en un descuartizamiento en regla.

El periodista, en un oportuno reportaje, interrogó a los huéspedes:

—¿Y ustedes, cuándo instituyen tribunales y nombran jueces y verdugos?

—¡Nunca!, respondieron los aludidos.

Nosotros no somos tan irracionales.

XLVI

Soy mi juez y mi esclavo, pero con una tremenda

propensión a recargar de trabajos y responsabilidades a éste y a darle vacaciones a aquél.

XLVII

En un boliche, ante su vaso vacío, encontré a Dios llorando.

—¿Qué te pasa, viejo? ¿Quieres que te pague otra copa?

—Gracias, hermano... He descubierto que soy un fracasado!

—Bueno... bueno, no es para tanto!

XLVIII

Las cenizas de un perro, de un mono, de un cerdo y de un hombre, se han confundido en un terrible incendio.

Como el caballero incinerado es muy importante, se resuelve darle cristiana sepultura, a cuyo efecto un experto científico examina minuciosamente el conjunto de ceniza.

No obtiene ningún resultado positivo.

Se reduce a seleccionar una porción de los restos.

El sacerdote los bendice, desaprensivo y, naturalmente, cobra.

XLIX

En una oscura mazmorra, adecuada a su miserable condición y además cargada de cadenas, yacía —rechinando los dientes— la Mentira.

Dios se condolió de verla en tan triste estado y ordenó:

—Libérenla de su prisión, aunque debe mantenerse bajo una discreta vigilancia.

Ella se marchó a la Tierra y comenzó a desarrollar su nefasta acción.

Llegaron a lo alto las quejas de sus intrigas, falsedades y calumnias.

—Deténgasela de nuevo.

—Imposible.

—Por qué?

—Si lo realizásemos, anularíamos la vida del mundo. Callaría la voz y la música del planeta, desde que la incriminada se aloja en todas las lenguas de los hombres.

L

Celestina vende en la feria versitos para enamorados y, al pie de ellos, direcciones para obstétrica de confianza.

LI

El turista celeste, viendo que con peligro de sus vidas, innumerables sujetos escalaban desmesurados muros, protegidos por fragmentos de vidrio y alambres de púa y, desde alturas inverosímiles, saltaban a tierra y huían despavoridos, indagó:

—¿Por qué escapan? ¿Los amenaza alguna catástrofe? ¿Es eso una colonia educacional o acaso una una cárcel?

—No, señor, es el Paraíso.

—¿Y ese con antifaz y embozado, que huye por la puerta?

—Ese es Dios.

LII

Que tu meta sea caminar, no llegar; sembrar, no cosechar; luchar, no vencer!

LIII

Estoy seguro que el perro leal de mi humorismo, se va a dejar morir sobre mi tumba, aullando hasta su última sonrisa.

LIV

Amamos en los otros lo nuestro o lo que pretendemos poseer.

LV

No existe cosa más seria que el hombre.

Justo es que me entretenga, placenteramente, con sus mitos, sus patrañas y sus leyendas.

Por ello se me condena.

En mí, intentan asesinar la risa.

¿Es que acaso correspondería llorar por nuestros semejantes, que, en sus permanentes guerras, no han tenido la suerte de encontrar otros muñecos que sus propios prójimos para tirar al blanco?

LVI

La primera huelga que se sucedió en el mundo, terminó en un fracaso.

(Otros afirman que culminó en un éxito).

La llevó Eva contra Adán, en el escenario del Paraíso.

Fue de brazos caídos.

LVII

La Poesía, haciéndose la cínica, me sonrío con equívoca sorna.

—¡Vade retro! ¡Nada de lirismo!

Por fortuna —loados sean los Dioses— la muchacha se está quitando sus últimas prendas íntimas.

LVIII

El individualismo es una aberración.

Niega la vida. Castra el instinto. Transforma al hombre en ciego sin lazarillo.

No se vive sino con el latido de otro corazón. No se vive sino con los ojos y el alma de una mujer, de un hermano, de un hijo, de un sueño!

LIX

La oración consiste en esos perfectos teléfonos en miniatura, que no se comunican con nadie y sirven, admirablemente, para entretener a los niños.

LX

Quien consigue ser dueño y señor de sí mismo, empieza a perder interés en ejercer autoridad sobre los demás.

LXI

En el Tribunal Supremo del Cielo y a los efectos de estar en consonancia con la evolución de los tiempos, se ha permitido el ingreso del sexo femenino.

No sólo se cuenta con traductoras y dactilógrafas en sus oficinas, sino que existen juezas y secretarias.

Toda gente muy bien, aunque con cierto empaque doctoral y con un vago olorcillo a moho e incienso, que, cuando su comparecencia ante la Justicia Divina, obligó a cierto amigo nuestro, a suplicar que abrieran las ventanas.

Demanda insólita la tal, produjo el consiguiente revuelo.

¿Era admisible semejante solicitud? ¿Era lícito que se excediese de su tasativa obligación de responder a las

preguntas de rigor? ¡Correspondía alterar la atmósfera que contribuía a dar grave solemnidad al ambiente?

Suscitáronse dialogados, controversias, argumentaciones en pro y en contra.

Los rumores llegaron al oído de Dios.

El aventuró una vueltecita por la sala de audiencia.

Al verme, ordenó:

—Mándenmelo al viejito ese a mi despacho. . . Es capaz de endilgarles madrigales a las damas; de volarle los pájaros a las chicas con sus galanterías y de emocionarme a las dactilógrafas con sus sentimentalismos.

—¿Adjuntamos su ficha con sus antecedentes?

—No es preciso. Lo conozco. O, mejor dicho: nos conocemos.

Y yo agregué por lo bajo, ignoro si acertadamente:

—Entre bueyes no hay cornadas.

LXII

Dios me abre la puerta.

—Entre. En mi reino no excluyo a los rebeldes.

Y, a fin de cuentas, a nadie.

Pero a quienes me utilizan para sus bajos menesteres, los alojo en corral aparte.

LXIII

Unos, inflando la blanca paloma, proclaman:

—Trabajamos por la paz.

—Hágase la voluntad de Dios, mascullan, contritos, los otros.

Y los dos bandos perfeccionan la bomba de hidrógeno, para pulverizarse.

LXIV

Los únicos seres sinceros que existen, son los ani-

males y los vegetales —pongamos también el reino mineral—, pero, por tal virtud, se les ha prohibido el uso de la palabra.

LXV

Natural que es muy importante y trascendente, este comenzar a conocernos.

Pero, lamentablemente, no nos sirve para nada.

LXVI

Como de costumbre, a los recién llegados de la tierra, les habían quitado las ropas que traían.

La Justicia Divina hacía subir a las almas al platillo de su balanza, cuando le tocó el turno a aquel caballero obeso, que estrechaba entre sus brazos una enorme tarjeta.

—¿Y eso?

—Es la Bendición Papal.

—Pero no se da cuenta, bárbaro, que ese aditamento le va a aumentar el peso?

LXVII

El sapo, campechanamente, le dice el ruiseñor:

—Cantamos, eh?

Y éste le interroga:

—¿Qué es eso?

LXVIII

Levantas tu torre con sin par esfuerzo.

Los días angustiosos y las noches baldías, te ven curvo sobre el cimientó y los muros.

Asegúrase la existencia de quien hace correr la leyenda de que amasas con sangre y con lágrimas el cemento con que unes tus piedras.

Crece tu fábrica y llega el momento en que tu rama de verde follaje de esperanza la culmina.

Cuán fácilmente, luego, el tiempo y los hombres la destruirán.

Más éstos que aquél.

El tiempo la transformará en ruina.

Tus críticos, en polvo.

LXIX

El amor es un Moloch que se alimenta de corazones.

La damisela, asqueada de materialismo, protesta:

—Se me ocurre que esa imagen resulta materialmente grosera. ¿Por qué no haces que el bello monstruo se desayune con sonrisas, almuerce sueños y tome el te con suspiros?

—¿Y los niños, cómo los hacemos?

LXX

A lo que amamos lo hacemos nuestro, aunque no contemos con el título de propiedad.

LXXI

El domador de pulgas:

—Estoy desesperado! El personal se me ha levantado en huelga. Quise alfabetizar y hacer cultos a mis dípteros: les di a leer la Mitología. Y me presentan un pliego de condiciones, exigiéndome pechuguitas y muslos de ninfas adolescentes.

LXXII

Los políticos se asemejan a los malos médicos, que quieren tener siempre enfermos a sus clientes.

LXXIII

Son las pésimas y no las pasables condiciones que adornan a los perros, las que suscitan el encanto y la adoración de los hombres.

Son suciamente obscenos y feroces hasta con los individuos de su propia especie. Su capa de lealtad, poseen la más despreciable alma lacayuna.

Su misma cacareada virtud es una venenosa planta con raíces en sus estómagos satisfechos.

LXXIV

Chicas modernas:

—¿Te diste cuenta como te aspiró fulano?

—Si. Me produjo la sensación de un vacuno que se iba a devorar una margarita.

—Posee todas las características de un ser bestial.

—Exacto. Debe hacer el amor como un ángel.

LXXV

Dios es el gaucho de los siete oficios.

Como éste, —bastante chapucero— todo lo aprendió trabajando.

Improvisando y sin modelos, le salió desmesurado el pico del tucán; asaz largo el pescuezo de la girafa; flaquísimo el «aguacil»; cegatón el topo; rechoncho el hipopótamo; con desmesurados colmillos el elefante...

No negamos que le salió alguna cosita bien.

Eva, por ejemplo.

En cambio, Adán, le salió un tanto zonzo y no previó que «se le hiciese agua la boca», cayéndosele, en consecuencia, la baba, cuando lo enfrentó a su compañera.



LXXVI

Prefiero el ignorante, que no mata la pulga, porque es un ser viviente, al sabio que te condena a la hoguera, porque no crees lo que dice su libro.

LXXVII

«Quien canta, sus males espanta.»
Pero resulta que apenas si hemos aprendido a llorar.

LXXVIII

—¡Has leído muchos libros?
—No tantos... Pero he leído mucho en mí.

LXXIX

—Ah, tú no conoces la frase que exclamaron cuando se iba a lapidar a la amorosa considerada culpable?
—Los que estén exentos de amor y de poesía, que arrojen la primera piedra.

LXXX

Se es joven sólo una vez.
Por fortuna, en oportunidades, eso dura toda una vida.

LXXXI

Uno de los fenómenos más tristes, más áridos, más egoístas y el peor ejemplo que se le puede dar a los don Juanes, es la eterna viudez de Dios.

Además, nadie me va a negar que no es contra natura.

LXXXII

El poeta le rinde pleitesía al «poderoso caballero»:
—Reconozco sus cualidades y sus posibilidades.

—¿Y mi superioridad?

—También la admito.

—Yo, congénitamente, poseo ingenio financiero.

—Exacto. Yo sólo ingenio a secas.

LXXXIII

La única esclavitud admisible es la del misterio.
Comprenderla y someternos a ella es nuestra grandeza.

Intentar analizar o interpretar ese enigma, es pura y vana pretensión y pedantería. Cuando no pedantería y mixtificación.

LXXXIV

Imitar no es engañar a los otros, sino a sí mismo.

LXXXV

Los poetas que no son claros, son charcos que pueden saciar nuestra sed, pero es recomendable que filtremos su agua, interiormente agitada por una turbulencia, que quizás signifique incapacidad de expresarse.

LXXXVI

Yo no poseo maestros, porque no he dispuesto de tiempo para construirme los.

LXXXVII

Adán:

—¡Eva! ¡Vienes así por la calle!

—Me atuve a las enseñanzas cristianas: dad la mitad de tu capa al aterido.

—¡Y la otra mitad de la hoja?

—Me encontré con dos friolentos.

LXXXVIII

En lo único que nos superan las bestias es en que no han inventado el comercio.

LXXXIX

Como Dios no fué nunca joven, se venga de nosotros transformándonos en viejos.

XC

La Gloria se digna informarle al Poeta:

—Te traigo el laurel.

El hombre, quizás pensando en su escaso condumio, le contesta:

—Para hacer sabroso mi mendrugo, me sobra con la sal de mi lágrima.

XCI

El joven, al dorso de la citación para cumplir con el servicio militar obligatorio, responde:

—Para matar, no necesito maestros.

XCII

El gallo asiste a unos fastuosos esponsales:

—Tanto aspaviento para tan poca cosa!

XCIII

—¡Poseo la luz!

—¡Feliz de ti, si eres capaz de ofrecerla... sin tanto por ciento.

XCIV

Dios es el obrero.

El Diablo es el empresario.

XCV

Como el silencio es mudo, vive la tragedia de no podernos informar donde esconde el tesoro de las palabras sabias, exactas y definitivas.

Por eso nosotros —en lamentable insuceso— las inventamos o las falsificamos, sufriendo la impotencia de no terminar de expresarnos.

XCVI

—¿Y ese que está dentro de la jaula?

—Es Dios... Imagínate que intentó hacer mejor al Hombre y perfeccionarse a sí mismo y ha sido preciso encerrarlo, porque no se apea de su manía.

XCVII

—Estoy contemplando el agitarse de tu blanco pañuelo, en una interminable despedida.

No descubro a nadie que se aleje...

—Como me precio de caballero, saludo a mis esperanzas e ilusiones, que se marchan definitivamente...

XCVIII

—¿Qué árbol deseas que plantemos sobre tu tumba? ¿El grave ciprés meditativo; el esbelto álamo, que con su lanza verde intenta cazar nubes; el coposo, patriarcal ombú; el generoso naranjo, de los nupciales azahares; el rudo y espinoso coronilla, florido y perfumado; la elegante y armoniosa palmera... ¿O acaso aspiras al laurel sagrado?...

—Basta, basta...

—¿Es difícil la elección?

—No tanto. Planta una vid... Tanto por el vino, cuanto por el temor de que vaya a repetirse la leyenda.

da... No vaya a ser que dejemos a Eva sin vestido...

XCIX

Nosotros imaginamos que si se nos permitiese crear al Hombre, lo haríamos mejor.
¡Somos demasiado pretenciosos!
¡Cómo aspirar a tanto!

C

—Prepárate a bien morir.
—Vaya, no he tenido noticia de nadie que haya muerto mal... Se muere...

CI

Te cansan ciertas amistades.
No culpes a los otros.
Piensa en una falta de madurez de tus mieles, no aptas aún para los otros y, quizás, ni para ti.

CII

De cuánta cosa te has reído.
Medita si tu burla fue sana.
Tal vez, sin proponértelo, te has reído de ti mismo.

CIII

Dios es sobrado inteligente y perspicaz, como para comprender que cuando arrimo el ascua a mi sardina, El está invitado al banquete.

CIV

Sin duda alguna estamos compuestos por una infinidad de personajes.
No somos un hombre, somos una manifestación.
Vamcs tras una bandera, pero no nos entendemos.

CV

Creer y negar son acciones que se confunden y se complementan, porque no se niega sin creer ni se cree sin negar.

CVI

Antes de la extrema unción, interrogo al fraile:
—¿Y luego de esta mojiganga, qué sucederá?
—Volarás al cielo.
—¿A mi edad? ¡Menuda prebenda! Dime: ¿Por qué no se deciden a contratar aviones, con aislación de ruidos y azafatas amables?

CVII

La boca, —femenina, —siente la necesidad de mentir:
—Los besos... ¡Bah, todos son iguales!
Pero suspira.

CVIII

El crítico de buen corazón asesina sañudamente a sus víctimas, pero luego en las tinieblas de la reflexión, cuando nadie lo ve, lleva una siempreviva a la tumba de sus sacrificados.

CIX

—¿Has soñado?
—No poseo el estómago del Conte Ugolino.

CX

Entre los amarillos dientes de la calavera de la muerte, silba, trágico el viento de la nada del silencio.
No callemos, mientras aún nos queda por decir la más diminuta verdad.

CXI

Don Juan, ya en las últimas, respondiendo al confesor que lo interroga por el santo de su devoción, saca de abajo de la almohada un carnet:

—Yo he sido muy piadoso, «padre».

Y le alcanza el santoral femenino completo.

CXII

Uno de los mayores disgustos de Eva, fue la ausencia de los cronistas de los «Ecos Mundanos», cuando su casamiento.

No se dijo una sola palabra de la hoja de parra que lució en su boda y eso que nadie poseía más fama que su modisto.

CXIII

Qué candorosas o qué estúpidas las aves que, poseyendo alas, no se marchan de este mundo encantador.

CXIV

Eva insiste en que Adán se vista, aunque sea con un traje de confección.

—Pero así yo ando tan cómodo y tan bien, vi-
viendo en mi casa de cristal. . .

—Pues yo me aburro soberanamente. Ni las comedias de la radio ni las novelas policiales ni siquiera mis amistades íntimas con el mono, el zorro, el asno y el cerdo, me satisfacen.

¡Además, querido, sueño con revisarte los bolsillos!

CXV

En la Sociedad Perfecta, en la cual ignoraban qué destino darían a los poetas, les asignaron la función

de espantapájaros.

Ello consistió en una medida contraproducente. Como cantaban, las aves consideraron inofensivos a tales tipos estrafalarios y visitaron los sembrados en mayor copia.

Fue un desastre.

Se resolvió fusilarlos.

CXVI

El filósofo de oficio no sólo busca pelos en la leche, sino que, cuando no los halla, los inventa para continuar en su tarea.

CXVII

No te reproches nunca de haberte mostrado humilde.

Arrepiéntete de no haberlo sido.

CXVIII

Crees que configura una indecencia la poligamia del gallo?

Convendría saber si las gallinas piensan lo mismo.

CXIX

La seriedad constituye la reja de la jaula, donde tenemos encarcelada a la Risa, a la que no debemos permitir que se escape.

Aprovechando las sombras de la noche, cuando nadie nos ve, abrimos la puerta de la prisión y entramos a acompañarla.

Pero hay días en que ella se siente eufórica, nos roba la llave y huye. . . Y cuando el Empresario del Circo de la Vida, nos viene a reclamar, para que divertamos al público, debemos pretextar que estamos "en-

fermos.

CXX

Pretextas tus setenta y cinco años para no inscribirte en las carreras pedestres de velocidad en los cien metros y, sin embargo, aspiras a figurar en otros campeonatos más arriesgados... peligrosísimos...

—Te han informado mal.

—¡Escribes!

CXXI

Que en todos los inviernos tengas tu gripecita. Es una especie de prueba para constatar cómo responde tu organismo.

Que en todas las edades sientas un amor.

No hay que darle oportunidad al corazón para que se herrumbre o amojose.

CXXII

—«Mirad los lirios del campo», sentencia la candorosa niña, mientras viene hacia mí en todo el esplendor de su integral belleza.

—... «No hilan...»

—Sí. Pero no todas tus colegas poseen la misma modista.

CXXIII

La erudición es a la invención, lo que la muerta carne en conserva a la fresca y perfumada fruta que nos ofrece el árbol.

CXXIV

Lo único malo del idioma de los sueños es que no lo pueden entender nada más que sus inventores, quienes, en oportunidades, se olvidan hasta de tradu-

cirlos.

CXXV

Los elogios inmerecidos —a los cuales, vanidosamente, das tanta importancia, aumentan tu estatura como los tacos desmesurados que algunos ilusos hacen aplicar a sus zapatos.

CXXVI

Yo soy el semáforo, que te ordena que detengas el paso o te señala que tu camino está expedito, pero me es indiferente que obedezcas o no.

Yo cumplo.

CXXVII

Arte difícil debe ser el descubrir algo en los demás, cuando tan enorme esfuerzo nos cuesta descubrir lo más mínimo en nosotros mismos.

CXXVIII

Es admisible que anheles frecuentar a los Dioses; que te convenzas que tus oraciones encuentran alas para ascender hasta ellos. Pero ello no te autoriza a tratarlos de «che» y «vos», a subírteles a las barbas o... a pretender que los representas.

CXXIX

El peor castigo que nos ha infligido la naturaleza, es el hambre, que nos hace curvar la espalda y alargar la mano en la súplica.

CXXX

¡Ser proa!

Aunque sea de un barco de juguete.

CXXXI

El arte abstracto es la helada sonrisa de la geometría y la ternura de cemento armado de la matemática.

Y, tal vez, la horchata en las venas.

CXXXII

Una colonia de ratones se ha instalado en mi archivo y mi papelería.

Realizan un congreso para averiguar si existe algo «comestible».

CXXXIII

Antes:

Al amor lo que le falta es amistad.

Luego:

Al amor lo que le sobra es amistad.

CXXXIV

Mata Caín a Abel.

Dios corrige el desaguizado, no con el ojo por ojo y el diente por diente, sino resucitando al asesinado.

Caín lo vuelve a matar.

Y así sucesivamente.

Dios se cansa.

CXXXV

Con el triunfo te has echado a perder el paladar y los ojos.

La Dicha y la Gloria, —una cocinera, otra ama de casa, —ponen la mesa con excesivas luces y preparan las viandas con demasía de especias.*

Te deslumbran y te hacen ignorar el puro y au-

téntico sabor de la Vida.

CXXXVI

Los sabios del futuro van a convenir que los hombres carentes de humorismo, son —simplemente— inválidos.

CXXXVII

El amigo se dispone a presentarme a Dios. Me pregunta:

—Se conocen?

Ambos respondemos al unísono:

—Demasiado.

A mí me toca anunciarle por lo bajo, confidencialmente:

—Si yo formo parte de la Sociedad Anónima donde lo fabricamos.

CXXXVIII

Con el biberón de lo efímero de las glorias terrenas, consigo hacer dormir a la Vanidad.

Tras un suspiro de alivio me siento orgulloso del triunfo conseguido sobre mí mismo.

Para no perturbar su sueño, me voy a alejar en puntillas, cuando descubro que mi criatura sonrío y me previene:

—Mira que duermo con un solo ojo...

CXXXIX

—¡Entonces, para Usted tanto vale el bueno como el malo!

—Todos son hijos míos.

El Diablo, a quien nadie le reclamó opinión, inter-

vino:

—Apoyado. Yo hago lo mismo.

CXL

El crítico observa al jardinero, que endereza el árbol, le quita los parásitos, lo poda, lo riega y consigue que crezca bello y fuerte.

Intenta hacer lo mismo con la obra que cae en sus manos y termina por pulverizarla.

CXLI

Llegamos al Paraíso.

Como la función de su teatro es permanente, de inmediato nos es dado oír a la Biblia, que disfrazada de recitadora, modula sus versículos.

El empresario nos invita a entrar.

—Ustedes tienen destinado su palco. Pasen. . . Pero dejen sus organitos por ahí afuera.

CXLII

—Hijo, tu falta de éxito, más que de tu obra, deriva de tu conducta.

—¿Acaso no soy una persona de bien?

—Nadie lo pone en duda. Pero andas con pésimas compañías y hasta parece que lo ostentaras como un galardón. El Gobierno, la Sociedad, la Crítica, la Iglesia, están enterados de tus relaciones.

Se te ve demasiado amenudo con la Verdad.

Luego ese matrimonio singular, que has realizado sin Juez y sin Cura, te pierde. . .

CXLIII

—Vengo a retractarme, señora Censura.

—Confíaba en tu perspicacia.

—He descubierto que tiene Usted toda la razón del mundo.

—¿Y admites el Index?

—Respetuosamente. Además he redactado un proyectito de ley al respecto.

—Veamos.

—«Se permite la más absoluta libertad de expresión, pero al año de publicado un libro, éste será estudiado a los efectos de la repercusión producida en la mentalidad pública, prohibiéndose su reedición, siempre y cuando no haya contribuido a dejar al hombre más idiota de lo que es.»

CXLIV

El Diablo consiguió convencer a Dios de que su falta de éxito, en las últimas elecciones, derivaba de su aspecto de antigualla.

—La gente se ríe de ti.

Exclaman:

—Hay que archivarlo, es un tipo de Museo. ¡Qué ideas nuevas, qué audacia, qué empuje puede tener esa apolillada estantigua? Resuélvete a enviar al Museo las barbas, la calva y la dentadura postiza.

Y él que, como buen viejo, es un tanto avaro, indagó:

—Cuesta muy caro el rejuvenecimiento?

—No te detengas en minucias. Además, quien regentea la Casa de Belleza es una íntima amiga mía, doña Ilusión. . . Te va a hacer precio. En una de esas nos trabaja gratis.

Dios se transformó en un esbelto, garrido, sonriente y optimista mancebo.

Como en ese momento salían de su trabajo las empleaditas de las tiendas y las mecanógrafas de las oficinas, al Diablo se le perdió el amigo.

Al siguiente día, lo encontró de excelente humor. Le recordó, interesado:

—Che, está bien que te diviertas, pero tenemos que preocuparnos de nuestros negocios.

Sonriente, Dios le contestó:

—Hay tiempo para todo.

—Por eso has de destinarme un minuto.

—Déjame vivir la vida.

—Entonces me vas a permitir que redacte el discurso político, para la próxima asamblea de nuestros correligionarios.

—Tienes carta blanca.

—Me darás sus lineamientos.

—Pon lo que se te ocurra. . .

Y, confidencial, le rogó:

—Dime, se podría visitar a la señora ésa de la peluquería? Es muy bien, eh? . . .

CXLV

Cuando las palabras mondas y lirondas necesitan explicaciones, podemos tener la seguridad de que van a ser traicionadas.

CXLVI

Tras dilatados años de esfuerzo, el maestro de canto consigue que el asno imite a perfección al ruiñeñor.

Satisfecho y orgulloso de su triunfo, luego de expedirle la respectiva laurea, felicita a su aprovechado discípulo y le augura un merecido y brillante porvenir.

Este se va al campo y al disfrutar el encanto, la belleza y la poesía de la naturaleza, traduce sus sentimientos con un sonoro rebuzno.

CXLVII

Cuando la fuerza bruta, dominándote, te doblega, no conquista ninguna victoria, porque no hay triunfo que no sea afirmativo, como no merece el laurel quien derriba el árbol, sino quien lo planta.

CXLVIII

Siempre la innoble, grosera, impura materia.

Es verdad que se espiritualiza en el canto o en las bien combinadas piezas del poderoso motor, produciendo la energía fecunda, que hasta remonta el avión en el azul, por sobre las nubes.

Pero la música de la poesía y el vuelo o la fuerza fecunda, en el taller laborioso, tienen su raíz, tanto en el metal sin alma, como en el estómago sin nobleza.

En qué deleznales cimientos se apoya nuestro orgullo de seres civilizados.

Y qué inferiores agentes lo destruyen: el orín y el gusano.

CXLIX

Monarcas menesterosos, no poseemos sino el molde, la vacía cáscara de las palabras, que nos afanamos en colmar con ese inasible fluído del alma, que ignoramos cómo y cuándo se ajusta y le es factible alentar en tal domicilio.

CL

¡Escribir con sangre!, pero no tomar al pie de la

letra la sentencia, que esa, como toda materia viva, es sucia, corruptible y nauseabunda.

Y no olvidar que, con esa tinta cambiante, se firman los pactos con el señor Diablo.

CLI

La envidia es un reptil venenoso, que no terminamos nunca de matar y aunque en oportunidades podemos acabar con ella, tenemos que vigilar el fondo de nuestra miseria, para extirpar algún germen, que podría restarnos de ella.

CLII

Sodoma y Gomorra no fueron destruidas por un incendio.

Se repiten.

No tienes más que observar cualquier planisferio.

CLIII

Estamos a un paso del bruto.

Lo lamentable es que a menudo lo damos.

CLIV

Dios —el nuestro— se lamenta con su colega, que reina en Saturno:

—Jamás hubiera creído que el Hombre se volviera tan cínico!

—¡Hombre! ¿Y no lo has hecho tú, a tu imagen y semejanza?!

CLV

Trata de que no te comparen con nadie.

Y si alguien, equivocado, te regala el título de maestro, recházalo, ya que te puede ilusionar, moviénd-

dote a ofrecer lo que no posees.

CLVI

¡Los treinta dineros!

Justo es que se repudie y denigre a Judas, por vender al Justo por suma tan insignificante.

Si hubieran sido trescientos millones, vaya y pase...

CLVII

El Sueño le previene al Amor:

—No pases del primer beso.

El aludido le responde:

—Si siempre es el primero.

CLVIII

Lo criticable, tanto como pedantesco de Dios, es esa convicción de ser infalible.

De ahí deriva su carencia de humorismo, que lo obliga a tomarse demasiado en serio.

No se rectifica; orgullosamente, no vuelve sobre sus pasos, por tal razón, cuando hizo el mundo, no lo corrigió, no lo perfeccionó, no lo completó y, muy suelto de cuerpo, lo firmó y lo echó a rodar.

CLIX

No es recomendable que el Crítico moje su pluma en el corazón... ni en el hígado.

CLX

Buscamos una mujer lúcida, inteligente, sensata... Y luego le tenemos miedo.

CLXI

Entre estos dos extremos angustiosos ha de desa-

rrollarse nuestra existencia: entre la lástima y el desprecio.

Cuidemos de aplicar tales conceptos con justicia.

Y no olvidemos que ambos se ajustan, la mayoría de las veces, a nuestros actos.

CLXII

Quizás las mujeres debían manejarnos, dado que nos conocen.

No en balde nos tuvieron encarcelados nueve meses, antes de darnos vía libre.

CLXIII

Como es el gran crimen, la propiedad es el vicio congénito de los humanos.

También Dios expresa:—Mis criaturas.

Dirá también mi mundo, como el más miserable de los vagabundos, sin pan, sin techo, usa el posesivo para referirse a su hambre o a sus piojos.

CLXIV

Sin conseguirlo, los humoristas hacen lo posible por disimular que se están riendo de sí mismos.

CLXV

El error de habérsenos concedido la inteligencia, radica en el mal uso que hemos hecho del precioso don.

Es evidente que nos hemos superado y perfeccionado en lo pésimo, con el agravante de que lo sabemos y usamos de nuestra lucidez para disimularlo.

CLXVI

Me llama la atención las obras de caridad, el fervor de los retiros espirituales, la piedad de sus acciones,

el cumplimiento estricto de los ritos, su humildad, que llevo a interrogar al corredor de comercio:

—¿Qué te impulsa a llevar vida tan ejemplar?

—Quiero ir al Cielo y no sentarme a la diestra del Señor, sino ofrecerle mis polvos insecticidas contra sus parásitos.

CLXVII

—Entre la maravillosa Venus de Milo y esa pizpireta mucamita de tu vecina, cuál prefieres?

—Puntualizo que no soy hombre de plato único y luego dispongo de excelente estómago.

Me quedo con las dos.

Y comienzo por la segunda.

CLXVIII

Existen hojas frescas, suaves, aterciopeladas, como para construir muelles y aromados lechos o simplemente propicias a que las devoremos con fruición.

Se cuentan otras metálicas, duras y frías —aunque pueden ser muy bellas— que se dijera poseen cierta rigidez de muerte.

Las primeras cantan.

Las otras quizás sentencien, engoladas.

Entre estas últimas se enumera elpreciado, pero rígido laurel de la Gloria. . .

CLXIX

—Piensa que tienes que formular tu mensaje.

—¿Por ejemplo?

—Señalar hacia donde va o debe ir el mundo.

—Mientras la Política sea su timonel no irá a ninguna parte.

—Y sobre Dios, qué opinas?

—Que se le quemaron los libros y, como los jueces sospechan que existe una quiebra fraudulenta, no lo habilitarán para que reabra su comercio.

CLXX

• Cuando llegamos a viejos, lamentablemente, comienzan los olvidos.

Contamos nuestros años con los dedos, cual si fuéramos niños.

Entendemos al revés las señas que nos hace la Ilusión.

Perdemos la dirección de la señorita Esperanza.

Y no podemos comprender la razón por la cual las alas, los sueños y la brisa, no contestan nuestra solicitud de precios para participar en las excursiones que organizan. . .

CLXXII

Dios es el mal obrero.

Construyó el mundo y se jubiló.

Si tuviese responsabilidad, en vez de echarse a dormir, se preocuparía de mejorarlo.

CLXXI

Opinan que sólo construyes pompas de jabón.

Si tu caletre no da para más, trata, por lo menos, de hacerlas perfectas. . .

CLXXIII

El ideal de la inmensa mayoría de nuestros prójimos, es no hacer nada.

¡Y que bien lo consiguen!

CLXXIV

Protesta el Diablo:

—Yo fui el ayudante. (Se oponen a que me considere el aprendiz del Maestro). Intervine en todo, porque El, como ya era bastante anciano, se cansaba hasta el agotamiento y luego se les ocurre atribuirme todas las cosas malas a mí!

¡Es una injusticia!

(A Eva la fabriqué yo!)

Si yo hubiese trabajado solo, otro gallo cantaría.

CLXXV

El amor es una comedia de aficionados, que, tras pocos ensayos, nos rinde actores perfectos.

CLXXVI

Lo apremio a mi corazón:

—Pronto, lía tus bártulos, vamos!

Siempre donjuanesco, presumido, se mira al espejo, se atuzo el bigote, aunque sabe que va a la última cita.

Lo espera la muerte.

CLXXVII

Jesucristo, el barbilindo regente de la «Maison de Beauté» masculina, encomienda que cuando se acusa una bofetada en una mejilla, hay que exigir su repetición en la otra, en obediencia a razones de estética.

CLXXVIII

Eva se justifica:

—No existe tal volubilidad. Yo fui leal; jamás me

faltó consecuencia. La acusación de adúltera y hasta de coqueta, es absurda y ridícula. Cambiaba de vestido, según la planta útil que tenía a mano. A la luz del día me comportaba con la más absoluta corrección, ignorando las miradas incendiarias del mono o del oso y rompiendo, sin leerlas, las cartas del carpincho, del zorro o del macho cabrío. . . Pero llegada la noche, qué podía hacer una pobre niña, huérfana, indefensa, abandonada a la insidia de la sombra?

La caverna no tenía puertas ni ventanas; la luz eléctrica sufría continuos apagones y en la oscuridad, cuándo iba a saber una quien se acercaba, si era Adán o algunos de sus amigos.

Todos gruñían igual.

CLXXIX

Dícnle a la Verdad crucificada:

—Te calumniamos; te perseguimos; te traicionamos; te martirizamos, para que vivas.

En nuestro ideal sistema de gobierno existe la compensación del Paraíso.

Debías agradecernos nuestra resolución de enviarte, lo antes posible, a esa Arcadia feliz.

CLXXX

Si aportas mucho ingenio a tu obra, te expones a que no te vean tras de él.

Además, como no hay gozque carente de la pretensión de ser un potentado en la posesión de esa materia, a lo que se reducen es a escarbar, meticolosa, para descubrir alguna remota coincidencia con una magna idea que se les ocurre les transitó «per l'antica-

mera del suo cervello».

Y vuelven a dejarte de ver.

CLXXXI

—Señorita: como la estética deriva de la proporción y del volumen, en el mundo que me he inventado, los «Concursos de Belleza», poseen jurados a los cuales integran inspectores de pesas y medidas.

—Acaso utilizan balanzas, teodolitos y cintas métricas?

No. Se las mide con besos. . . Y se les toma el peso sentándolas sobre las rodillas.

CLXXXII

El excesivo amor a los perros nos hace pensar si no existirá una afinidad ancestral entre el can y el hombre, y una posible equivocación del señor Darwin.

CLXXXIII

En general, a la Democracia se la interpreta de esta manera:

El pueblo posee el sacrosanto derecho de elegir sus gobernantes.

No de gobernarse.

CLXXXIV

Todo es perfecto, oportuno y acertado en la Gran Comedia.

Y lo más interesante es que los actores, que se atribuyen personalidad y hasta genio, creen improvisar sus respectivos papeles y resulta que se los están dictando.

El personaje solemne, el sentencioso, la enamorada,

el mercader, el patriota, el disoluto, el incomprendido y así el que se ríe de todos ellos, hasta cuando se ríe de si mismo.

CLXXXV

El hombre experimenta el sagrado culto de la máquina, porque ésta constituye una perfección que él no posee.

La máquina no duda.

CLXXXVI

No hay duda que el genial comediógrafo que optó por la cruxificación, dejando de lado el fusilamiento, el degüello o la horca, poseía una gran visión del espectáculo.

CLXXXVII

A propósito de escritores:

—¿Qué le parece a Usted Sempronio?

—No dispongo de elementos para emitir un juicio. Jamás lo he visto tirando de un carro.

CLXXXVIII

Convencido de la justicia de los elogios que te prodigan y que pueden obedecer a intereses o a la leucemia de la cortesía, tu satisfacción se adormece en el individualismo del monólogo.

No olvides que el diálogo es la vida.

Invéntate un contrincante.

Hasta Dios se corrigió cuando, habiendo creado a Adán, descubrió que era imprescindible improvisar a Eva, para que su hijo predilecto tuviese con quien batallar.

CLXXXIX

Sé como el fuego, que ilumina, pero que, en opor-

tunidades, para purificar, destruye.

CXC

—Ustedes se reúnen, resuelven que se necesita una autoridad y un orden y eligen al que consideran más apto, más lúcido y más ecuánime para ese cargo.

¿Pero por qué le ponen un palo en la mano?

CXCI

—La culpa la tienes tú, niño mío. ¿Por qué no te conformas? ¿No es bonito el juguete e ingenioso su mecanismo? Funciona bien. A momentos parece ser una cosa viva.

—Si. Pero como ves, luego que lo he desarmado, descubro que no tiene nada dentro. ¡Está vacío!

—En tu mano está que lo rellenes con algo.

—¿Con qué?

CXCII

El hombre de Occidente es una microscópica chinche seca, aplastada por la Biblia.

CXCIII

Me impresiona ese hombre!, se espanta la púdica niña.

Me observa y experimento la sensación de que me desnuda.

—No te quita más que oropeles... Tal vez, después de ello no ve sino lo mismo.

Terrible es cuando el ojo indagador nos traspasa la carne y nos empieza a desnudar el alma.

CXCIV

Admito que Dios, en un momento quizás carente de lucidez, nos hizo el magnífico presente de la inteli-

gencia.

Como buen humorista trágico dispuso que nos sirviera para delimitar fronteras, crear el dinero y fabricar armas.

Además, para aderezar mentiras.

Y, como remate, —en demostración de que no le faltaba talento, —para que lo negáramos.

CXCV

La guerra es contra el bruto.

¡Qué suerte que no tenemos que ir lejos para encontrarlo!

El enemigo está en casa.

CXCVI

Que el escepticismo no se confunda con la desconfianza del zafio ni con el resentimiento de quien no se considera compensado como merece y que tampoco la sinceridad se traduzca en grosería de incivil desahogo.

En el anónimo o en la popularidad —a menudo sin raíces— que nuestro cristal mantenga su tersura y su pureza y que éstas sean el viático de nuestra conciencia.

CXCVII

De regreso del infierno de conocer al hombre,—comprendido el viaje por nuestro oscuro mundo interior,— que el escepticismo no sea, sino simple y natural coraje.

CXCVIII

La lógica es la negadora sistemática.

Si con ello alguien considera que delinque, que la denuncien, que la detengan, que la procesen.

CXCIX

La fe, esa mercadería averiada, que no sólo se vende, sino que hasta se da de «fiapa», en cualquier comercio del ramo.

CC

El rústico había ido por primera vez a la feria del pueblo.

Deslumbrado por las viejas novedades y embrollado en los encuentros con tanta cosa rara, —hasta lo inverosímil, —se confundió al narrar sus impresiones.

Al orador político lo definió como al hombre que come fuego; quien, con un serrucho divide y recompone a una mujer y es, al tiempo mismo, el domador de pulgas.

CCI

¡Hacerse un alma!

Bella frase que puede darnos el sentido de nuestro destino.

Pero lo grave consiste que a la que ya poseemos es preciso desalojar de nuestro interior y nos encontramos con el tremendo drama de las almas en pena!

Y enfrentamos otro problema, el de la insidia de quienes las fabrican y de aquellos que las falsifican con adecuado material plástico.

CCII

El hombre —materia que anda— es una hambrienta bestia, que intenta devorar cielo.

CCIII

Cuando canto, me visto con un traje prestado que

me ilumina y me reconcilia con las estrellas, a quienes
—en tal oportunidad— no tengo por qué envidiar.

CCIV

Si se pudiesen vender los sueños, algunos no andaríamos en cueros.

CCV

El primer error de Dios fué el no haberse casado, para dar el excelente ejemplo de buen padre de familia.

CCVI

Las primeras reuniones en el Paraíso fueron de lo más aburridas.

No se podía criticar a ninguna de las concurrentes. Todas vestían igual.

CCVII

Dios castiga y no se le ve el bisturí.
Observen lo que le hizo a Adán.

CCVIII

De los Tres Reyes Mayos, uno era negro.
De quién sería hijo el monarca de color?
Adán y Eva nos podrían informar sobre ese secreto de alcoba?

CCIX

Hacía turismo en la Tierra.
El guía me enseñó a los hombres:
—Son los animales más importantes que pueblan el planeta. Unos son buenos, otros son malos, otros pésimos.
—¿Y todos fueron fabricados por ese señor a quien llaman Dios?

—Exacto.

—¿Y qué razón tuvo para hacerlos diferentes?

—Cuestión de política... Para continuar en el Gobierno, le era menester esa heterogeneidad. Necesitaba una oposición... a la que él también maneja.

CCX

El amor no posee leyes, quizás en la misma proporción que las leyes no tienen amor.

CCXI

Fingir y ser consciente de ello y descubrir que es una necesidad.

¡He ahí la tragedia!

CCXII

—¿Y ese?

—Es el humorista.

—¡Ah! ¿Y por qué llora?

—Es su manera de reír.

CCXIII

Estamos —¡nada menos!— que ante el Tribunal de la Eternidad.

La señora Gloria, que preside la mesa examinadora, me reclama.

En ancho silencio, el Tiempo ha detenido el grano de arena en la clepsidra.

Por fin, desde la más densa sombra, me es menester contestar con la voz de la nada:

—No me encuentre...

CCXIV

Debemos parir nuestros dioses y no sacarlos del

hospicio o alquilarlos o adquirirlos de segunda mano.

CCXV

Eva, enfurruñada, lo increpa a Adán:

—¿Canalla! ¿Me has traicionado!

Sorprendido, el esposo le ruega le explique el delito que ha cometido.

Y ella le enseña un bebe simio:

—¿Y esto?

El ríe:

—Tonta. Es hijo del mono.

—Es tan parecido a tí.

CCXVI

—Aseguras que me comprendes. Te felicito. Si yo poseyese esa perspicacia, tal vez pudiera mejorarme.

CCXVII

—Mi querido cómico: si empiezas a seleccionar tu público, a estudiarlo, a pensar si merece que le dediques tus trucos y habilidades, te expones a terminar por producirte ante el teatro vacío.

CCXVIII

El libro de la vida posee el defecto de que debía empezar por donde termina.

CCXIX

Sin estrépito, porque mis construcciones eran de humo, asisto a su derrumbe.

Dispongo en abundancia de material para intentar rehacerlas, pero descubro que el arquitecto tiene manos de niebla.

Sufro la angustia de poseer una bandera, para la que no hallo mástil.

CCXX

No niego que el hombre, a través de milenios ha progresado.

Ha conseguido descubrir la Poesía y el Bien.

Lo único que falta es que los respete.

CCXXI

Los Dioses, que descendieron a la Tierra en nuestra búsqueda, de manos a boca dieron con una exposición de Arte Abstracto y no figurativo.

Uno gritó el consabido eureka:

—Por aquí pasó el Hombre.

Lo rectificaron:

—No. Aquí se escondió.

CCXXII

Eros se lamenta:

—Yo soy absolutamente desinteresado. No exijo nada. Y el dúo insiste en pagarme. Y si bien es amable que me dediquen suspiros y sonrisas, mis clientes bien podrían ahorrarme el sufrimiento de sus continuas entregas de ayes y de lágrimas.

CCXXIII

Se ensoberbece el crítico distinguido:

—Yo pertenezco a la aristocracia del talento. No le lustro los zapatos sino a la gente de pro.

¿Cómo me voy a ocupar de los de alpargatas y de los tipos de pata en el suelo?

CCXXIV

Bien puede sospecharse que quien, pudiendo evitarlo, —por disponer de innegables poderes sobrenaturales, —se dejó colgar en la Cruz, sabía muy bien cuánto iba a rendir el capital que destinaba a la operación.

Aunque los réditos fueran a parar a otros bolsillos.

CCXXV

No es que tú debas traérmelo.

No es que debas hablarnos de él y describírnoslo.

No.

Es preciso que tú seas el niño desnudo.

CCXXVI

Lloras por el tremendo impacto de un doloroso fracaso y el filósofo (dulce o cínico) concluye:

—Las lágrimas son sagradas y se prestan tanto para festejar las victorias como las derrotas.

Además de cumplir su función fisiológica, prueban que poseen su razón de ser.

CCXXVII

Dios atiende la oficina de la mentempsícosis.

Los animales que se han comportado correctamente, recibirán el premio de transformarse en lo que anhelan y prefieran.

Desfilan el tigre, el perro, el zorro, el cerdo, el asno, etc.

—¿Qué desea ser caballero?

Dios se confía con su secretaria:

—¡Qué raro! ¡Ninguno quiere ser hombre!

Y agrega, por lo bajo:

—¡Ni yo!

CCXXVIII

—Tu casa posee dos puertas desemejantes. Una grande y espaciosa; la otra estrecha, que da la sensación de ser difícil de abrir y sortear.

¿A qué se debe esa diversidad?

—Por la de fácil acceso transita la adulonería y esa risueña y cortés dama, llamada Quedarbiencontodos...

Por la menos aparatosa y no muy fácil de franquear, la Crítica... en serio.

CCXXIX

Agarrándome con las uñas que tengo, he llegado allá arriba.

Estoy en la puerta del cielo, frente a la cual pululan los revendedores de localidades.

El jefe de acomodadores, San Pedro, previo las respectivas coimas, cede los puestos de preferencia.

Pacientemente formo en la cola de los que puede ser que sean admitidos a cambio de vales de favor.

El Diablo se me acerca y me consulta, no sin cierta ironía:

—¿Insiste en entrar?

—Sí! ¡Estoy hambriento de Paraíso!

—Peor para tí! No te arriesgo la ganancia. Deseaba no abandonarte. Me proponía continuar dispensándote mi protección. ¿Hemos sido tan buenos camaradas! Pero, hágase tu voluntad. Trataré de darte una manita... Y me alcanza una tarjeta.

Es un pase libre firmado por Dios.

Pero allí reza que soy correligionario del Viejo.

Rompo la recomendación en las narices del Diablo y mientras éste se aleja, le grito:

—Che! ¡No tienen vergüenza! ¡Igual que en la tierra! Realmente no vale la pena la salvación eterna! ¡Me da asco! Prefiero tu compañía.

CCXXX

La servidumbre, —aún la más abyecta, —es la natural condición del hombre.

Siervo de sus apetitos, rara vez dueño de algún propósito elevado desperdicia su ingenio para disfrazar sus turbios manejos.

En la vana apariencia gasta un esfuerzo, que podría servirle para hacerlo mejor.

Esto, si fuese capaz de ello.

CCXXXI

Eva, naturalmente analfabeta, se ha dignado designarme su Secretario y me dicta su Diario Intimo.

A pesar de yo ser polígloto, no le entiendo su lenguaje celeste y ella debe recurrir a graciosos gestos —todos divinos, se sobrentiende— para que interprete su información

Cuando llegamos al capítulo de sus infidelidades, me obliga a realizar titánicos esfuerzos para seguirla en sus andanzas y se entusiasma de tal manera con su narración, que se me ocurre exagera e inventa múltiples aventuras.

Me obliga a rogarle:

—¡Basta, mi chiquita!... Continuaremos mañana. Déjame ir a tomar un fortificante.

CCXXXII

Rudimentario arte de alarife el tuyo, que recurre a herramientas tan primordiales, como tus brazos, tus manos, tus dedos y tus uñas —y, naturalmente tu alma, —para arrancar y labrar las piedras con que eriges tu fábrica. Me explico que sobre ese material derrames, con tu sudor, tus lágrimas, que quizás te ayuden a limar alguna arista y a volver menos áspera determinada superficie.

Tal vez sufras, porque hoy no has colocado sino solamente una piedra en tu torre.

Quizás lo consideres poco.

Pero, como con ella crece, triunfas!

CCXXXIII

Habría que vivir al revés, no cosechando experiencia, sino ingenuidad.

CCXXXIV

Las religiones no curan al leproso, cuando más, le ocultan o disimulan la enfermedad, previo adecuadas tarifas de oraciones o de dinero contante y sonante.

CCXXXV

En la fogata en que quemas mis libros, descubrirás que mis ideas son las legendarias salamandras inmunes al fuego.

Va a ser inútil el auto de fe.

CCXXXVI

El océano le ruega al pozo, que le dé lecciones para llegar a ser espejo de la luna.³

Y no consigue sino romperla en mil fragmentos en la incesante inquietud de sus olas.

CCXXXVII

Para que, como correspondía, sintiese los fascinadores encantos del Paraíso, cuando Dios creó a Adán, lo hizo poeta. Este, de inmediato, en una hoja de parra compuso su inicial poema.

Luego resolvió leérselo al Supremo Hacedor y éste se durmió.

Indignado el muchacho, lo despertó, gruñendo:

—Viejo, si no me oyes, te devuelvo la lira.

El papá comprendió que un poeta sin auditorio era un contrasentido y le fabricó a Eva.

Esta, cuando lo escuchó, encantada, le solicitó el original autografiado y con él se confeccionó su primer delantal.

CCXXXVIII

—Fulano me ha puesto por las nubes.

—Ah!... Y completó el asunto?

—¿A qué te refieres?

—¿Te regaló, también, un paracaídas?

CCXXXIX

La dicha es Leda.

La agonía el Cisne.

Y ambos, presumo, son felices.

CCXL

Aún la humanidad está por descubrir el humorismo del compañero Dante Alighieri, reflejado en el título, «Divina Comedia», de lo que se entiende como su obra maestra.

CCXLI

Somos los pequeños Dioses venidos a menos.

Oscuros, infectos, riñendo, hurtando, esclavizando, en bastardas funciones innobles...

De tarde en tarde, del lodo unánime, brota una chispa, una forma, un canto, una música!

¡Nos rehabilitamos!

Y no se extingue la esperanza de que readquiramos la majestad perdida!

CCXLII

La Severidad constituye la reja de la jaula, donde está encarcelada la Risa.

De noche, cuando nadie nos ve, abrimos la puerta de la prisión y entramos a regocijarnos en su compañía.

Pero hay días en que ella, incapaz de contener su sana alegría, nos roba la llave y huye. Y, cuando, el Empresario del Circo nos viene a reclamar para que divirtamos al público, la sustituimos llorando.

CCXLIII

Me duelen los sueños!

Y me resisto a creer que es lo que corresponde.

CCXLIV

Incorregible solterona, la Gloria es dama de equívocas costumbres y coquetea con más de un zascandil, que concibe desmesuradas ilusiones sobre su conquista y cuando la señora Academia le acondiciona prometedores candidatos, más de una vez les da a éstos con la puerta en las narices.

CCXLV

Me confiesan unas tímidas y púdicas almas:

—La señora Literatura nos invita a sus saraes,

que son tan brillantes como distinguidos, pero lo frecuentan tipos sospechosos y hasta se corre el peligro de que a una la lleven a un oscuro rincón del jardín y los críticos la manoseen.

CCXLVI

En mis últimas vacaciones en el Cielo, cuando ya había adquirido suficiente familiaridad con Dios, una hermosa mañana de enero fuimos a bañarnos al mar.

No llevábamos trajes apropiados al efecto, por lo cual le dije:

—Bah... entre hombres no vamos a andar con melindres.

El titubeó antes de quitarse la sábana con que anda vestido.

No era para menos.

Aquello me reveló su último secreto:

¡Usaba cintura de castidad!!

CCXLVII

«Napoleón», entre los cuatro muros del manicomio, comenta:

—El Papa imprime en sus tarjetas de visita: «Representante de Dios» y, sin embargo, no lo encierran.

CCXLVIII

—Manda decir la señora Eva, que lo espera mañana a tomar el te.

—¿Y el esposo?

—El señor Adán se fue de viaje.

—¿Hay que hacer cola?

CCXLIX

En la casa del proletario no se produce el mila-

gro de la multiplicación de los panes y de los peces, debido a que el infelice no dispone de materia prima sino para fabricar hijos. . .

CCL

En una entrevista íntima con el Cardenal, éste, paternalmente, me insinúa:

—A ver cuándo te dejas de calaveradas. El decreto de tu santificación ya lo tenemos pronto. Dios no aguarda más que tu conversión para firmarlo.

—Déjame divertirme otro poquitito.

—¿Tienes alguna cosa importante entre manos?

—Una cita.

—Las musas, eh? Te estás matando. ¡Son nueve!

—No.

—Suelta prenda. ¿Quién es? ¿O quiénes son?

—Las once mil vírgenes.

CCLI

Las dedicatorias de nuestros libros deberíamos renovarlas y rectificarlas de [tiempo en tiempo.

Habría que confeccionarlas de quita y pon, no tanto porque nosotros variemos, sino en razón de que nunca terminamos de conocer a Tizzio, a Caio o a Semponio.

CCLII

Las ventajas de que disfruta el hijo único, es una tradición inmemorial.

Viene de cuando Adán vivía él solo con su papá.

Nadie ignora que eso fue un tremendo error, que le acarreó al muchacho males irremediables.

Darle la llave de la puerta, facilitarle dinero, per-

mitirle las pésimas compañías del mono, del cerdo, del zorro, del tigre o de la gacela. . .

Y, de «ñapa», traerle el regalito de Eva!

CCLIII

Se contaban del Tirano, cosas horrendas, espantosas.

Determinó la alfabetización total del pueblo y luego se hizo traer cada una de sus cabezas, para averiguar qué leían sus poseedores.

Como lo satisficieron las inclinaciones y gustos de sus súbditos, ordenó que desalquilaran todos los cráneos.

Respetuosamente sus súbditos servidores, le objetaron:

—Estos ciudadanos quedan con las cabezas vacías.

—Lo mismo que antes, cuando estaban rellenas de nada. Ahora disponen de la ventaja de poseer sitio para algo.

CCLIV

Esa montaña de prejuicios, está estorbando.

Es una rémora.

Anulándola se podría dar más espacio, más luz y más vida a la humanidad.

No te pongas a llorar porque no puedes apartarla del camino.

Tampoco pierdas el tiempo en proyectar destruir el obstáculo.

Sácale un puñadito de tierra.

El que puedas.

Tu mano es pequeña.

Pero es una mano, capaz de algo.

CCLV

La duda es una madre que tiene la leche amarga, pero substanciosa.

CCLVI

Dios nunca fue joven.

De ahí que la Sabiduría se la reserva para sus coetáneos.

Sin embargo, me aseguran que es el autor de la frase que afirma que el Diablo sabe más por viejo, que por diablo.

CCLVII

Los retratos, que miran con imperturbable atención, contemplan el dramático huir del tiempo y se quedan amarillos de envidia, porque, —sujetos por el grillete de un instante fugaz, —no lo pueden seguir, como desearían.

CCLVIII

¿Con qué generosa vara me miden estos cordiales amigos, que me dan una desmesurada estatura?

La mía es exacta, por construída con una vieja rama seca, erizada de espinas que, en consecuencia, no me invita a usarla a menudo, porque siempre termina por herirme las manos.

El amor —la amistad— hace quizás que ellos usen un vástago fresco, vivo y florido, que crece sin que ellos se aperciban y contribuye a que siempre dé mayor altura que la que poseo.

Mi medida —de la cual me sirvo para mensurarme— es una disciplina que se colora con la sangre de

mis defectos y limitaciones, a través de las cuales aprecio cuánto se reducen los ajenos cálculos.

CCLIX

El viento le dice al hombre:

—¡Cuánto te compadezco, lodo que andas!

CCLX

Habría que hacernos de nuevo.

Darnos otros alimentos, otro aire, otra luz, otros sueños!

Otra carne que contuviera otro espíritu.

Otra materia, que no fuese materia.

CCLXI

Escribir no es para mí un ejercicio vano ni una ambiciosa ansia de persistir. Es sólo cumplir un deber, el de concretar una natural realidad existente.

Obedece a la palpitación vital del pensamiento de Descartes.

Dando forma a mi sentir, fijándolo, enraizándolo en una concreción, me manifiesto y, simultáneamente, me individualizo.

Este acto es lo que nos diferencia de los demás animales de la creación, que se reducen a la oscura y natural urgencia de vivir y reproducirse.

CCLXII

Cuando crees que no te equivocas es que ignoras que puedes corregirte.

CCLXIII

Está ocupadísimo en orar, sirviéndose un vino inexistente, en un vaso roto.

CCLXIV

Dios es un lugar común, que está estudiando para nombre propio.

CCLXV

En el viaje al cielo, el avión pierde altura.

Es imprescindible desembarazarnos del mayor lastre posible.

Arrojemos al vacío nuestras almas.

CCLXVI

Naturalmente que Dios existe, si no cómo se explicaría que todo el mundo lo tiene a su servicio.

CCLXVII

Opina el Doctor Pitecantropus, que se da una vueltecita por la Tierra:

—Demasiado conservaturismo! Se continúa haciendo los hijos como antes... Se explota, se roba, se asesina, se muere, como siempre.

CCLXVIII

Le traen el laurel al Poeta.

—No lo necesito. Yo vivo a pan y agua. Mi comida está suficientemente sazonada.

CCLXIX

Como el Hombre no puede creer en sí mismo, inventa a Dios.

CCLXX

El drama, en el Paraíso, empezó así:

—Adán, poeta, subyugado por los encantos de Eva, le improvisó un maravilloso madrigal.

Ella le suplicó:

—Lo quiero conservar para recuerdo. Escríbemelo.
—Si yo tuviese una hoja donde garrapatearlo!
Y Eva, qué iba a hacer...

CCLXXI

El alma, el espíritu, esencia libérrima, está condenada a las cuatro oscuras paredes de la miserable cárcel de nuestro cuerpo y pende sobre ella el martirio de nuestras malas acciones.

Ahorrémosle algunas!

CCLXXII

Deducimos que el señor Dios, cuando amasó nuestro celeste barro, dispuso de tan perfectas y eficientes batidoras y licuadoras de mezclar lo divino y lo terreno, en tal cabal medida, de hacernos imposible descubrir donde termina lo angélico y donde comienza lo animalesco —no lo demoníaco— en nuestra vil materia.

Eso propende a que el amor no posea ni límites ni leyes y que, posiblemente, lleguen a su divino oído, por el mismo camino de la adoración, la plegaria de Santa Teresa y el canto de Safo; la dichosa risa de Dyonisos y los desmayados trenos de San Juan de la Cruz.

CCLXXIII

La vida es un azar.

Es más, un juego de azar.

La voluntad, factor que a veces parece importante, en oportunidades se ve reducida al jugador que, frente a una partida, medita y no apuesta.

El misterio la tienta:

—Puedes ganar. Hacerte rica de conocimientos y

sabiduría!

Ella resiste. Se hace fuerte, pero termina por quebrarse y ceder ante la falaz tentación.

Y se aventura en la sombra.

Y lo terrible es, que se juegue o no se juegue, ya se alterne abstención, pérdida o ganancia, igualmente siempre se termina por perder.

CCLXXIV

Le pregunto al fraile, que insiste en querer administrarme la extrema unción:

—Pero dígame, compañero: no me asegura Usted que voy a comparecer ante el señor Dios.

—Exacto.

—Bien. Entonces no quiero saber nada con su servidumbre. Me arreglaré personalmente con él.

CCLXXV

La venganza es mezquina e inferior.

La ira ciega.

Dios es víctima de esta última desgracia.

Lo prueba su creación del Infierno, que no se resuelve a clausurar.

CCLXXVI

Huelga de santos.

En una interminable caravana, una procesión de imágenes sagradas ascienden al cielo a solicitarle a Dios, que los reintegre a su antigua vida de árboles.

El comprende.

Sentencia: así sea.

Prohíbe que los hombres les apliquen las prontas

medidas de seguridad.

Los santos pomen, gozosos, los pies en el barro.

Como aún poseen bocas, llaman a los pájaros.

Se cubren de hojas, de flores, de frutos.

Se llenan de nidos y de cantos.

A su sombra ríe la ronda de la desnuda candidez
de los ángeles.

CCLXXVII

Los cerebros electrónicos.

¡He ahí el enemigo!

Empiezan a contar con los dedos, continúan con
la raíz cuadrada y las matemáticas superiores y va a
ver Usted como terminan haciendo versos, componiendo
novelas y obligándonos a lubricarlos y pulirles las piezas.

CCLXXVIII

—Usted merecería que las mujeres lo devorasen
vivo!

—Es lo que busco.

CCLXXIX

—¿Quién le ha colocado a la Verdad esa cintura
de castidad, de la cual se ha perdido la llave?

CCLXXX

—¿En concreto, qué significa el baile?

—¿Es una gimnasia, un simple ejercicio físico o una
disimulada forma de acercamiento de los opuestos sexos,
para iniciar un diálogo cuya crudeza se atenúa con la
celestina decoración de una bella plástica y una música
que marea y embelesa?

Es el primer acto de un idilio, una comedia o un
drama con dos personajes y puede desdoblarse en otro

o en varios?

La superficialidad puede, también, transformarlo en
un sudoroso deporte.

CCLXXXI

Cuando conquistes a una mujer no hagas flamear
tu bandera de triunfo sobre tu fortaleza.

Festeja la victoria, poniéndola a media asta, pues,
casi siempre has asesinado a un sueño.

CCLXXXII

—¡Me dejan solo!

—Congratúlate. Puedes tener la oportunidad de en-
contrarte.

CCLXXXIII

Mientras en la audiencia de Dios, sus adorado-
res, de rodillas, con la frente en el suelo o dándose
golpes de pecho, salmodiaban sus oraciones o gemían
sus arrepentimientos, El notó que yo permanecía de pie
y, aburrido del desgraciado espectáculo, me ponía a
silbar.

Ordenó a dos de sus distinguidos gendarmes —una
yunta de Papas— que me condujeran a su presencia y
con aparente voz apocalíptica— aunque evitando que se
la comprendiera —me confió:

—No sé por qué me pareces un hijo mío.

CCLXXXIV

Nada de prosa matrimonial.

Para las mujeres, siempre debemos ser la poesía
del probable amante.

Aún para la Vida y para la Muerte, que pertene-
cen al género femenino.

CCLXXXV

Cuando Dios nos construyó a todos los animales, recalcó nuestra importancia al confeccionarnos las manos.

Nuestros hermanos zoológicos no están capacitados para acariciar ni para asesinar, con la finura, el arte y el refinamiento de los cuales nosotros somos capaces.

Además nos regaló el aplauso hipócrita y el gesto untuoso y mendicante de las manos unidas, para la súplica de la oración, que miente el arrepentimiento e intenta conquistar la gracia.

CCLXXXVI

Pero Grullo es un ciudadano normal, sano y bien pensante, a quien jamás se le ha ocurrido imaginar que puede ser el héroe de una aventura, de esas que se denominan galantes.

Resuelve escribir en un diario sus pensamientos, que se remontan por los aires, con la gracia y elegancia de un hipopótamo con alas de colibrí.

Consiguen sus cogitaciones tanto éxito, repórtanle tan innúmeras felicitaciones, le surgen tantos millares de admiradores, que el hombre termina por considerarse un genio.

Ahora con una flor en la solapa y un conquistador aire de don Juan, que impresiona, pasa y repasa el bajo el balcón de la señora Filosofía, seguro de su conquista.

CCLXXXVII

¡Qué fatiga de Hércules el dilatado y lento construirse de las religiones!

El Bien, el Mal, las culpas, los perdones. . .

El Gran Juez, el negro hormiguero de los peque

ños jueces. . .

Los ritos, los mandamientos, las leyes, las moji-gangas. . .

Los premios, los castigos.

El Cielo; el Infierno. . .

—¿Y el Hombre?

—Siempre peor.

CCLXXXVIII

¡Gran escritor! ¡Gran poeta! ¡Gran dramaturgo! y aún le resta tiempo para rendirle culto a Orfeo.

—Estudia música?

—¡Es un maestro! ¡Se toca unos solos de bombo estupendos!

CCLXXXIX

Don Juan tuvo la suerte de que no lo enviaran a la escuela, lo que le permitió no escribir malos versos ni dejar ninguna cartita o autógrafo, de esas que encuentran los maridos o les sirven a los abogados para fabricar hijos naturales.

CCXC

El hombre es un animal tan miope, pequeño y pedante, como carente de imaginación, de no haber podido construir a Dios, sino a su imagen y semejanza.

CCXCI

La insignificante diferencia que existe entre el pájaro y el poeta, es que aquél no necesita auditorio para cantar.

CCXCII

Cómo vamos a expulsar del Templo a los merca-

deres, si ellos son sus dueños.

CCXCIII

Caín le dice a Abel:

—Te necesito para mi fábrica de armamentos.

El aludido reacciona, irritado e indignado;

—¡Yo contribuyendo a preparar el crimen, asociándome a esos ignominiosos asesinatos colectivos!

—No. Recorro a tí solamente para que lo decores.

CCXCIV

El avión se detiene en el Paraíso:

—Pasajeros, a desembarcar.

Yo no descendo. Continúo para el Infierno.

Aquí «recala» demasiado gente bien...

CCXCV

El Hombre es el animal con miedo.

Teme al vacío, a la nada, a lo que él denomina «el más allá».

Cuando es poeta lo puebla con bellos mitos.

Cuando su cacúmen no le da para tanto, lo rellena con burdas teorías infantiles y fábulas desconcertantes.

CCXCVI

El primer error del hombre consistió en la destrucción de la pureza de su sagrada inocencia.

Constituyó el querer saber.

Si se hubiese conformado con la sublime gracia del admirar, no hubiese destruído el Paraíso.

Pero fue descubrir a Eva e interrogar:

—¿Y eso qué es? ¿Para qué se usa?

Investigar... ahí está el mal.

CCXCVII

Se arrepiente don Juan e instituye una cátedra sobre la fidelidad.

No se inscribe un discípulo.

Se muere de hambre.

Cambia el tema: «El arte de conquistar mujeres».

Concurre un único interesado, un decrepito solterón, el señor Dios.

—Tendré un émulo, se restrega las manos el Profesor.

Pero como, tras su disertación, el espectador se duerme en su poltrona, cuando intenta despertarlo, descubre que es sordo...

CCXCVIII

—Me he enterado de que te has recibido de genio. Te felicito.

—Y... te agradezco... Uno hace lo que puede...

—¿Demanda demasiado esfuerzo eso?

—No. Es cuestión de afrontarlo. Natural se ha menester de un sólido y persistente coraje... Y lo otro... Y confianza, que a mi me sobra.

—Se te nota.

CCXCIX

El árbol de la Gloria reserva sus frutos para sus elegidos.

Si te es posible, si alguno está al alcance de tu mano y no lo debes disputar a un colega más hambriento que tú, legítimamente hazte dueño de él.

Si no los alcanzas, no caigas en el mal gusto de descalificarlos, o manifestar que no te apetecen.

Jamás te encarames, subrepticamente, a hurtarlos.
Y, sobre todo, no les arrojes piedras ni para des-
trozarlos ni para conseguirlos.

CCC

Se me ocurre abusivo que el matador de la corri-
da (de la Fiesta Española) se persigne antes de marti-
rizar y despenar al «bicho» y no se haya enseñado al
toro a hacer lo mismo.

CCCI

—¿Has hecho mucho mal?
—¿A los demás o a mi mismo?
—Te lo haces a ti, cuando lo efectúas a los otros.

CCCII

Me acuso de un crimen:
—He oído ofertas por mis lágrimas.
—¿Pero hiciste negocio?
—¿No! ¿No faltaba más! Me las cotizaban a muy
bajo precio.

CCCIII

Levantas tu torre con sin par esfuerzo.
Los días turbulentos y las noches baldías, te ven
curvo sobre los cimientos o los muros.
Cuéntase quien hace correr la leyenda de que ama-
sas con lágrimas, el cemento con que unes las piedras.
Entretanto tu fábrica crece y llega el momento en
que tu bandera la culmina.

Cuan facilmente luego, las horas y los hombres la
destruirán.

Más éstos que aquéllas

El tiempo la transformará en ruinas.
Tus prójimos, con la crítica, en polvo.

CCCIV

Destruir, iluminando.
—Si, porque si no te expones a darte con la pi-
queta en el pie.

CCCIV

No es que la verdad no viva y cante y se anun-
cie a los hombres.
Es que éstos son sordos.
Unos por mutilados.
Otros porque poseen tapiados los oídos con pre-
juicios, con monedas, con intereses de una u otra
índole.

CCCVI

Existe una sola mujer.
Las otras son imitaciones.
En oportunidades excelentes.

CCCVII

El error del que inventó a Dios, consistió en que
no patentó su descubrimiento.
Y ahora cualquiera se aprovecha de su creación y
lo utiliza, —es el colmo!— hasta para ganar dinero.

CCCVIII

En el Congreso de las Evas, se formula una pro-
testa contra las hojas de parra, que se levantan en huel-
ga en invierno, que es cuando más se las necesita.

CCCIX

Este señor me sostiene que los libros se dividen en tres clases: los que merecen ser leídos; los que reclaman ser meditados y los que poseen acabados merecimientos para continuar siendo inéditos.

Olvida los que son dignos de ser condenados al auto de fe de la hilaridad.

CCCX

No atribuyas a un juego la función del eco.

Está repitiendo tus palabras para que las pienses dos veces.

CCCXI

—¿Acaso nuestra existencia es la repetición del craso error de mezclar torpemente el Bien y el Mal y darles —desaprensivamente— vigencia?

No nos preguntará la rosa:

—¿Para qué me dieron espinas?

No estará convencida la serpiente que obsequia su veneno, como el manzano sus frutos?

CCCXII

En mi Agencia de Empleos he confirmado la volubilidad e inconstancia de muchos personajes.

Días pasados se me presentaron el Payaso y Dios. El Supremo Hacedor, desarmando su grave composición, insistía en hacer reír. . .

(La alegría es salud)

. . . y lo conseguía.

El Payaso pretendía que lo tomaran en serio.

CCCXIII

La nada no existe, porque no se puede concebir ninguna pregunta sin respuesta.

CCCXIV

¡Qué cantidad de distintivos y decoraciones ostentas!

El menos avisado te supondrá uno de esos caballeros de la guerra, que luce el legítimo orgullo de sus múltiples crímenes.

Se me ocurre que la solapa debe aguardar una sola flor, digna de ella y de ti, además, si es posible, cultivada en tu propio jardín.

La Fraternidad, por ejemplo. . . y hasta admitiría a la Poesía, que persigue una comunidad sublime.

CCCXV

Ese vino que me negaste se te va a agriar.

Era para ser bebido.

Para transformarse en canto.

Con los años, se cambiará en lágrimas y tan amargas!

CCCXVI

Separar la paja del grano no es tu oficio.

Sólo debes colmar la espiga.

¡Canta!

CCCXVII

¡Qué directora magnífica para la oportunidad de las escenas!

Qué exactitud, para, en el momento preciso, darle vigencia a la paloma o al buitre; a la indiferencia o a la concesión; a la crueldad o la caricia.

Entre mis lágrimas, no podía evitar el aplauso.

CCCXVIII

—Te encuentro serio, solemne.

—Los años. . .

—¿Cambia tu humor?

—No. Estoy economizando; estoy ahorrando risa. Voy a necesitar mucha para saldar mis deudas y alquilar un terrenito en los suburbios del Cielo. . .

CCCXIX

Tu generosidad consiste en que me visas el pasaporte para que entre en tu alma, siempre que lo haga de rodillas, golpeándome el pecho y recitando de pe a pa todas tus oraciones.

CCCXX

Como experto en radios se solicitaron mis servicios desde el cielo.

Mi cliente me envió un avión a chorro y en unos segundos, heme en el empíreo, en el dormitorio de Dios, estudiando y manipulando el aparato de su pertenencia.

Descubrí graves y serias perturbaciones, interferencias y ruidos parásitos, imposibles de evitar.

Los puros, los simples, los limpios de corazón, elevaban sus preces sencillas, diáfanas, desinteresadas, las cuales no llegaban a destino.

Sólo tenían vía libre la de los poderosos, de los soberbios, de los mercaderes, de quienes detentaban las radio-difusoras, ostentando una cruz de oro sobre sus majestuosos edificios.

La cuenta, que me la tenía que pagar el Papa, porque allá arriba no se conoce el dinero, fue cancelada con mi excomuni6n.

CCCXXI

Ten confianza.

Escribe.

. . . Aunque sea para las polillas.

CCCXXII

El vivir muchos años nos proporciona la ventaja de disponer de la oportunidad de arrepentirnos de nuestros errores.

Lo único que falta es que los descubramos.

CCCXXIII

Crees.

Eres el cerdo harto, despreocupado de la sabiduría del ayuno.

CCCXXIV

Estoy lleno de hijos desobedientes y voluntariosos. No me atrevo a pedirles razones de sus actos, seguro de que todos me convencerán.

CCCXXV

No confundas la originalidad con la mala digesti6n de algunas lecturas.

CCCXXVI

Se anuncia una guerra. . .
¡El hombre da pasos tan cortos, que en veinticinco mil millones de años, apenas ha terminado de salir de la caverna!

¿O está aún en ella?

CCCXXVII

Aunque no seas signado por el luminoso y dolo-

roso destino del artista, consciente obrero de cualquier labor, realízala con la amorosa perfección, de quien, a poderlo —desnudándose del ciego raptó del instinto— creara un hijo.

CCCXXVIII

No me coloques en la posición de quien perdona.
No me obligues a humillarte.

CCCXXIX

Existen hombres libres, cuya única libertad consiste en cambiar de amos.

CCCXXX

—¿Luego de más de cincuenta años de perseverante labor, no has triunfado?

—No.

—No lo merecerás.

—Como no me han puesto tope, continuó marchando.

—Y, por lo menos, te han dado un plazo y sabes a donde te diriges?

—Sí.

—¿Cómo se llama el país hacia donde vas?

—Más allá.

CCCXXXI

Balbucea la sensitiva:

—¡Ay, me muero de rubor! Te espero luego. . .

CCCXXXII

Dios está leyendo un tratado de higiene titulado: «Contra el olor de santidad».

El frailerío, del Papa abajo, —que son los habitan-

tes de su cuerpo y pelambre,— tiemblan en el temor de que el Padre Eterno resuelva bañarse y afeitarse la melena y la barba.

CCCXXXIII

—Sí, compañero gusano. Efectivamente soy el caballero que usted nombra.

—«A tout seigneur», . . . Me honraré, haciéndole algunas concesiones. Opta Usted por resolver si debo comenzar por el cerebro o por el corazón?

—Conmigo no hay negocio. . . No se moleste. . .

—¿Por qué?

—Mi inmortalidad es invulnerable.

—¡Ah! ¡Haberlo dicho! Su caso corresponderá al renglón polilla. O se encargará de eso el amigo tiempo. . . Que le dure.

CCCXXXIV

Designaban a Dante: el hombre que volvió del Infierno.

Sin embargo, todo lo que nos cuenta lo extrajo de su genial imaginación.

Cuando yo ocupe la hermosísima y confortable residencia que, expresamente para mí, se ha construido en el Cielo, podré enorgullecerme de usar, con todo derecho, el equivocado título.

A efectos de que no se ponga en duda mi afirmación, me voy a llevar un documento vistado por las autoridades competentes, comprobando mi residencia en la Tierra.

CCCXXXV

Los cocineros de la Verdad somos demasiados pocos

para preparar la comida para tanto hambriento.

De ahí que a la larga fila de los menesterosos de cacumen, nuestros queridos adversarios los alimentan con la sopa boba de las patrañas cocinadas en agua bendita.

CCCXXXVI

El hombre es el gran paciente incurable.

Se han probado todos los tratamientos y todas las medicinas con el pobre enfermo.

Se le ha aplicado el alfabeto, la democracia, la religión, la cárcel y no se le descubre la más mínima mejoría.

Cada vez está peor.

CCCXXXVII

No asesines a los Dioses.

Ponlos a tu servicio.

Observa que a otros les son muy útiles.

CCCXXXVIII

El amor me confiesa:

—Como tú, yo también soy un lírico.

La vulgaridad de la mecánica me mata.

CCCXXXIX

—No te olvides de mantener vivo el fuego.

¡El fuego sagrado!

Y, si intenta apagarse, piensa que no le darás larga vida, recurriendo a charamuscas.

No se consumirá, mientras tengas tu corazón para alimentarlo.

CCCXL

—Me enteras que tienes a la egolatría encerrada bajo siete llaves.

No es suficiente.

¡No me vas a negar que está siempre en disposición de morderte!

¿Por qué no tiras las llaves al mar?

CCCXLI

Para admitir que existe alguien original, es preciso comulgar con la leyenda de la Creación, que en vano emulamos, entendiendo que, desde el más remoto fondo del tiempo todo está dicho.

CCCXLII

El Bien y el Mal consisten en una sola cosa con dos caras, que se asemejan tanto que, en oportunidades, nos es difícil identificar.

CCCXLIII

—¡Bueno!, menos jugar con el amor.

—Queremos tomarnos el desquite.

El ha jugado tanto con nosotros.

CCCXLIV

Maravillosamente canta un sabiá, con la enorme melancolía de una dulce pregunta, que ignoramos si tiene respuesta; gime un chingolo, dulce y triste; no se sabe si interroga o se queja un chajá; en una flauta, de fino cristal, se ensaya una calandria armoniosa y de pronto, en el escondido corazón del monte, irrumpe el vocinglero escándalo de las desafinadas pavas del bosque...

Es la vida...

CCCXLV

Me cita la Muerte y me somete a unas antesalas interminables y a esto se debe sumar la compañía de un concurso de sujetos, con unas espantosas caras de miedo.

Si se habrá contagiado mi amiga de que nos debemos arrepentir antes del impreciso viaje, para que nos den alojamiento de primera!

En efecto, me comunican que es necesario pecar para estar en condiciones de aspirar a tal privilegio.
¡Háberme lo dicho antes!

CCCXLVI

Los saltos mortales los efectuamos nosotros, pero el que entra al Circo sin pagar nada, en oportunidades intenta acapararse los aplausos.

CCCXLVII

El cornudo consciente es la bellísima persona, superior, espléndida, manirrota y desinteresada.

CCCXLVIII

Comedia o drama, los dos ángeles, habiendo agotado sus entretenimientos, bastante aburridos, se interrogan:

—¿A qué jugamos, a mentirnos o a engañarnos?

CCCXLIX

Mi imaginación es una peligrosa delincuente, tan débil que, cuando va a robar al País del Sueño, apenas si se apropia de algo tan minúsculo, que da de ello una débil visión.

CCCL

La Vida, a don Juan valetudinario:

—Caballero, le falta alguna cosa para completar su banquete?

—Si, señor... apetito.

CCCLI

¡Hermanos?

Y despreciamos al lodo, al abismo y la espina!

CCCLII

En el Paraíso claro, puro y transparente, Adán no pudo evitar su curiosidad, frente a Eva, engalanada de tan singular manera.

Sin perjuicio que, en ese universo de magia, el leve y travieso Viento le prestara a la bendita Hoja de Perra, una especie de invitación al baile.

CCCLIII

La bomba de Hiroshima no es imputable.

Fue una infante juvenil bélica.

No tuvo conciencia de lo que hacía, porque la guerra no la posee.

CCCLIV

¡El idioma interior!

Intuírlo ya puede constituir nuestra superación.

CCCLV

El escultor sentencia:

—La piedra no se anima por mi habilidad y maestría, sino por mi espíritu.

De ahí que me preocupa la consecución de la forma armoniosa, que propicia la encarnación de la mía, en su alma.

CCCLVI

Conocí a un Rey, cultor del Teatro, a quien le producía irresistible violencia ver a sus actores hoy en uno y mañana en un contrario papel, no agradándole —en consecuencia— la farsa en la farsa.

Por tal circunstancia hacía decapitar al cómico que pretendía ser trágico o la fiel amorosa, vuelta impura hetaira.

Hasta que se le agotaron los artistas profesionales. Entonces estimuló a los filodramáticos, imponiéndoles que fueran lo que correspondía.

Que el candoroso fuese ingenuo, virtuoso el honesto, cruel el malvado, simple, el tonto de capirote.

Había descubierto que es un título el ser lo que se es.

CCCLVII

Sostiene alguien que el humorismo posee sus raíces en la angustia.

CCCLVIII

Mi contrincante, con su andanada final, me pulveriza.

—Usted, don Juan Nadie, continúa en el anónimo. No significa nada. ¿Quién lo conoce o le presta importancia? Por lo contrario, nosotros somos millones.

—¡Sfido ío! Con un negocio tan productivo y una propaganda tan eficaz. Deme Usted un afiche, como el de Jesucristo en la Cruz. Permítanme levantar esos templos teatrales y espectaculares. Concédanme el privilegio de extender mi jurisdicción hasta el cielo. Y préstennme la vocinglera música de sus campanas reclamísticas. . . Y,

además, esa ganzúa de oro, que abre todos los cerrojos y esa escalera mística que escala todas las alturas:

—«E dopo riparlaremos».

CCCLIX

La insuperable limitación del juicio —de la apreciación sobre una obra— radica en la casi imprescindible necesidad de la comparación.

Por eso es difícil descubrir la originalidad.

No digamos sentirla.

CCCLX

Pese a algunos arrebatos de protesta airada, que no me es posible evitar, en mí, continuamente, prevalece la gloriosa dicha de vivir.

Es que corresponde disfrute hasta el último adarme de risa con que mi sino me ha obsequiado.

No debo llevar al cielo ni una pizca de ella.

En las alturas, todo lo debo tomar en serio.

Imagínense el escándalo que produciría mi carcajada en tal solemne sitio!

Dios, que —indiscreto— lee por sobre mi hombro lo que escribo, con excelente buen humor, exclama para sus barbas.

—¡Loco bravo! Qué raro que no esté enterado de que disponemos de un manicomio celeste, donde albergamos a los hombres graves, a los prosopopéyicos, a los que se creen genios y a los que admiten los milagros o los mistifican, como a ese deschavetado de Jesucristo, la señora Virgen María, sus colegas y todos los santos.

CCCLXI

El trabajo sangra oro.

El oro suda sangre.

CCCLXII

El pecado:

—Caballero, esa manzana no le pertenece.

—Cuando hay hambre no hay propiedad.

—Pagaré Usted muy caro su anárquico concepto.

—Entretanto me proporcione el inigualable deleite de devorármela.

—Comete Usted un grave delito, por el cual, en nombre de la moral, está detenido, bajo la acusación de robo.

—Muy bien, pero para que no haya dudas sobre mi sabroso acto ilícito, permítame terminarla. ¡Es deliciosa!

CCCLXIII

Fuimos protagonistas de un grave accidente con la damisela.

El choque tremendo estuvo a punto de ser cruento.

Ella es pálida, ingrávida, casi traslucida, como un fragilísimo cristal.

Por lo contrario nosotros estamos constituidos por un organismo de tanque de guerra.

De la colisión, ella salió tan campante.

A nosotros, la Asistencia Pública nos recogió en una camilla.

CCCLXIV

Lo peor que le puede suceder a Diógenes, es que encuentre al hombre. Y a nosotros que hallemos la Verdad.

CCCLXV

El habitante de Saturno, becario de la Universidad

Católica de la Tierra, regresa al planeta con la novedad del maravilloso descubrimiento de un sexto sentido —de quita y pon— que poseen los terrícolas. Es el que les permite creer en un ente sobrenatural, que se llama Dios y que gobierna el Universo.

Allá se proponen fundar una Sociedad Anónima para tratar de adquirirnos —o por lo menos alquilarnos— ese portento.

Ignoro si corresponde felicitarlos o compadecerlos.

CCCLXVI

Innegablemente los suicidas son unos cobardes. Se equivalen a quienes, por miedo, no se eliminan.

CCCLXVII

Si se me designara, —no para corregir al mundo, dado que éste, en el cual alentamos no tiene composición, —sino para crear otro, confío que superaría al actual.

Dejaría en pie lo que está discretamente realizado: la tierra, el árbol, el agua, las bestias, la flor y la estrella.

Modificaría lo peor que poseemos: Eva y su réplica masculina. (Sin perjuicio que subraye que, en el primero de los animalitos que he citado existen encantos «indovinati»).

Pese a ello, transformaría a estos dos sujetos en alados animales ovíparos, que se alimentarían como sus hermanos menores, las aves.

Aún los dotaría del don del canto, pero sólo a las hembras, para que les recordaran sus dulces obligaciones a sus compañeros.

CCCLXVIII

Llaman a mi puerta.

Varias voces se anuncian.

—Semos el Amor, el Exito, la Amistad, la Religión, la Solidaridad.

—Perdonen que no los pueda recibir. Estoy conmigo mismo.

CCCLXIX

En casa del médico:

—Necesito nuevas energías, fe, entusiasmo, confianza, optimismo.

—Le voy a recetar a Usted un excelente fortificante. Le vigorizará el cuerpo y le vigorizará el alma.

—En qué consiste, doctor.

—Es un elemento indispensable del cual me olvidé de munir a Adán, cuando lo fabriqué.

—¿Por qué razón sufrió semejante descuido?

—Mi inicial propósito era poblar el mundo sólo con él. En consecuencia no era menester semejante elixir.

—Cómo se llama el menjurge?

—Vanidad.

—Y cómo se usa?

—Eso debe regularlo el paciente. Una gota del mismo en un decilitro de agua, basta. Y si no se bebe en muy moderadas dosis, marea.

CCCLXX

—Eres una pecadora muy desabrida. Eso, cuando pueden, lo hacen todas.

Tengo que absolvarte sin castigarte con penitencia alguna.

Hija, tienes que inventar algo nuevo.

CCCLXXI

—Su creencia en si, su pedantería, su orgullo, su petulancia, hacen de usted un ser insoportable.

—Señora, me permito invitarla para fundar una Liga contra mi.

—¡No le digo! Hasta con eso se está dando importancia!

CCCLXXII

Reflexiona la máquina de calcular:

—Realmente yo no puedo comprender para qué le dan al Hombre voluntad y ojos y alma, si se reduce, —casi exclusivamente, —a realizar, equivocándose, lo que yo realizo con impecable exactitud.

CCCLXXIII

No es exacto que Dios, para poblar al mundo, creara a Eva y Adán.

Los iniciales inquilinos, de lo que más tarde se transformó en el conventillo del mundo, fueron el Ángel y la Bestia.

Por tal razón poseemos algo del uno y de la otra, pero la proporción no se equilibra, porque, a menudo, alguno de los muchachos trabaja a desgano.

CCCLXXIV

Yo no me explico cómo las mujeres no reaccionan contra el ofensivo concepto que de ellas tiene la religión católica.

No pasan de ovejas del Señor.

A ninguna se le permite otro balido, que no sea la loa del Ave María de Schubert o cosa por el estilo.

Es verdad, que muy aleatoriamente, pueden llegar

a Santas e Iluminadas, pero no se les permite cargos de jerarquías y ni pueden soñar con ser Arzobispas, Cardenales o Papas.

¡Qué carencia de galantería!

CCCLXXV

Por comodidad, en diversas regiones, los hombres han reducido la suma de los Dioses, a uno solo.

Craso error.

El inmenso trabajo se realizó por la íntegra comunidad de tales caballeros.

Como ellos son innumerables, cada uno pudo ocuparse de una ilimitada especialidad, sin perjuicio que muchos de ellos, por carencia de originalidad, se imitaron o cometieron evidentes plagios.

(De ahí el error de Darwin.)

Así los elementos y las cosas: el halcón, la paloma, —por aquí descubrimos otro absurdo de Rubén Darío, —cada animal, el viento, el árbol, cada flor, la vibora, la hiena, el escorpión, la cucaracha, etc., fueron contruidos por un sujeto divino, en honor del cual el favorecido fabricó una religioncita.

Por eso éstas, también, son innúmeras y ya, para dar algún ejemplo, téngase en cuenta el vuelo de la pulga o del elefante.

Entre paréntesis, quien realizó más mal las cosas, fue quien creó al Hombre y lo munio de la inteligencia y de la lágrima y de la risa, con las cuales El, soñó, dudó, sufrió y destruyó!

CCCLXXVI

Construye la torre.

Bien o lo mejor que puedas.

A quien te la critica, ofréctele de peón y ayúdalo a levantar una que la supere.

No malgastes el tiempo escuchando al que te elogia. Erige otra.

CCCLXXVII

La Biblia ha sido manipulada «ad usum Delphinis». Se impone se escriba otra para el pueblo, diciéndole la verdad.

Y hacer una versión tipo novela policial, dado que el mundo pulula de analfabetos espirituales.

CCCLXXVIII

Me confía Dios:

—El oficio es más o menos llevadero... Pero lo que me revienta es el protocolo: este continuo estar en pose, cuidándome, haciéndoles cumplimientos a las visitas, disimulándoles los negocios sucios a los banqueros, lavándoles la ropa sucia a los políticos, quitándoles los años a las solteronas... El no perder la línea, atento a los imprevistos fregonazos de los fotógrafos de los diarios!...

¡Y el no poder ponerme en paños menores, como don Quijote en la Peña Hermosa y dar unas alegres zapatetas!...

¡O comer unos chinchulines con las manos y chuparme los dedos!

CCCLXXIX

¡Qué criticable ejemplo nos ofrece el primer matrimonio de la Creación!

No sabemos si vituperar la debilidad del marido o la inconsciente imprudencia de la esposa, induciéndolo

a desobedecer al patrón.

Menos mal que el hombre se reabilitó, dado que luego de comer la manzana, salió despavorido, de estampía, en procura de un abogado para entablar demanda de divorcio.

CCCLXXX

El religioso puro, respetabilísimo, es el contemplativo.

El poeta, de música interior que, en silencio, canta sólo para él.

Ignora el teatro.

Y, se descuenta, que no cobra la entrada al espectáculo.

CCCLXXXI

Por tierra, abandonada, la hoja de parra protesta:

—¡Qué venida a menos que estoy! ¡Y la culpa la tiene ese ignorante de Dios!

—¿Te atreves a insolentarte de esa manera con el Todopoderoso?!

—Hijo, él ignora nada menos que la botánica y la meteorología.

—Explícate.

—Primero no íbamos a tener Paraíso primaveral a perpetuidad y luego la hoja de la vida es caduca.

Y, creo que me entiendes, está la decencia de por medio...

CCCLXXXII

Los elogios inmerecidos, a los cuales -vanidosamente- prestas tanta importancia, aumentan tu estatura, como los tacos desmesurados que algunos ilusos enanos, hacen aplicar a sus zapatos.

CCCLXXXIII

¿Hasta qué punto se cree y hasta qué extremo se cree que se cree?

El no averiguarlo es conspirar contra el natural razonamiento.

Y la prohibición de esclarecer esa situación, es un atentado contra la lógica.

CCCLXXXIV

Fuente inagotable, el paisaje se nos entrega a la avidez de color, de forma, de gracia y de belleza de las pupilas realizando el repetido milagro de una virginidad inhallable, similar al sentir del corazón, al cual halla intacto, cada nuevo amor que lo florece.

CCCLXXXV

El viejo poeta le compone bellos versos a la jovencita.

Le pone una hermosa música a un tango, que ella va a bailar con otro.

CCCLXXXVI

El error consistió en el absurdo privilegio de crear los ángeles y luego en nuestra carencia de memoria, que nos impide descubrir dónde los escondimos.

CCCLXXXVII

El ladrón al can:

—No me muerdas. No seas servil. Todo el día te tienen encadenado. En oportunidades, con hambre.

—Es mi oficio.

—También yo tengo el mío. Además lo ejerzo libremente.

CCCLXXXVIII

Me apremia la Muerte:

—Presto. Arregla tus bábulos y vamos.

—Partir... morir... Siempre estoy pronto.

—Y a último momento, no me salgas pidiéndome tiempo para corregir tus faltas de ortografía... que hasta yo las tengo, llevándome prematuramente a gente que aún tenía algo que decir.

Que, comprenderás, no es tu caso.

CCCLXXXIX

—¿Qué criatura superior quiere Usted que sea el hombre, prisionero de la vida con el grillete del hambre y acosado por las mordeduras de todos sus bajos apetitos?

Si fue un Dios quien lo fabricó y, según lo afirman, a su imagen y semejanza, valiente menestral que no sabía su oficio y ayuno de imaginación para ofrecer esta lamentable caricatura, que mendiga, que llora y que traiciona.

Se explica que el Diablo, aprendiz genial del maestro ciruela, contrahaga el fracasado modelo y construya los robots, que no aguardan sino el descubrimiento del movimiento continuo, para, a puntas de pie, expulsarnos de este mundo, que hemos terminado de echar a perder.

CCCXC

Yo no soy nada más que una bestia que siente, que sueña y que —hasta en algún breve instante— hasta piensa.

CCCXCI

Está bien que pases por el mundo con los ojos

en las estrellas, —aunque te trague un abismo, —pero cuida que tu pie, ciego, no holle la rosa.

CCCXCII

Ama y odia, ya que te lo exigen tus instintos y tus gustos.

Pero ni por uno ni por otro de esos ejercicios, ahogues o pulverices a tus víctimas, que pueden fenecer de indigestión de gloria o asfixiadas por la amargura.

Conserva los objetos de tu pasión, aunque no los colecciones.

Es útil para que continúes existiendo y te den lugar a corregirte, si es preciso.

CCCXCIII

La risa es la libertad.

Esto es, la superación.

Sólo el hombre sabe reír.

Los animales —y Dios— no poseen ese privilegio.

CCCXCIV

Este bello ser, fuerte y salvaje, límpido como una piedra preciosa; duro como ella en su majestad y su luz irradiante, que me permitió vivir a su lado y hasta que reclinase en su pecho mi cabeza afiebrada, fue cercado por los hombres, con una espesa muralla de libros y de bayonetas.

Intentaban domesticarlo.

Cuando lo vi la vez postrera, de tal manera lo habían agobiado con oropeles y perendengues, que me fue difícil reconocerlo.

Pero, descubriendo tras esa muralla la fuerza y la

claridad de su sonrisa, me tranquilicé, esperanzado.

Sé que es inmortal. Un día, como la mariposa de su involucro de gusano, se liberará de su disfraz, de su opaca mortaja y, desnuda y diáfana, resplandecerá.

Supongo que han adivinado que me refiero a la Libertad.

CCCXCV

A los veinte años pretendemos reformar el mundo.

A los setenta, intentamos modificarnos a nosotros mismos.

Con igual resultado.

CCCXCVI

Observa cómo la pobreza, —¡tan generosa!— te regala el preciado oro del tiempo.

Bendícela.

Piensa que los ricos lo pierden en tanta cosa vana.

CCCXCVII

La gacela «herida», al león que, antes de retirarse, le va a dejar su tarjeta de visita.

—No. No es preciso. Sé quien eres. Te sentí la garra.

Y agrega:

—Te espero.

CCCXCVIII

Duro hueso de roer, este del escepticismo. Y peligroso, porque puede inducir a que se nos suponga inflados de soberbia y desprecio por nuestro semejante.

Pero, ahora, lo que se nos atraganta nos impone silencio.

—¿Qué paso firme se puede aventurar en este in-

sidioso tembladeral, que, de nuevo, nos permita desplegar la bandera entre cuyos pliegues se ha dormido, cansado, el viento.

¿Si pudiéramos en el asta nuestro corazón?

Lo hacemos.

Y nos preguntamos:

—¿Es que aún existen quienes creen que el corazón es una bandera?

CCCXCIX

Existen hombres libres, cuya única libertad es cambiar de amos.

CD

Ni aún muerto me perdonan.

Mis tremendos delitos han de ser castigados.

El clero, la policía y la ley, se reúnen para condenarme.

Na tengo salvación ni escapatoria.

Sobre el escritorio, alrededor del cual están reunidos mis jueces y verdugos, el cuerpo del delito, mi humorismo —desaprensivo niño desnudo— continúa jugando con la Cruz, la Balanza y el Sable, sin preocuparse del Herodes de tres cabezas.

CDI

La Fe, me argumenta mi contrincante, —cabe en la definición de un sexto sentido.

Es admisible esa afirmación, siempre que la creencia en lo divino, lo sobrehumano, constituya una experiencia personal y no un fenómeno del cual nos enteramos por ajena referencia.

Cuando a un alucinado se le aparece un ente ex-

traterreno, el suceso no atañe a lo razonable.

Posee relación con nosotros y con la lógica, cuando lo sentimos, lo vemos, lo tocamos físicamente y si lo admitimos, espiritualmente.

El sexto sentido debe funcionar para que experimentemos y no para que creamos lo que nos cuentan.

Y si, infortunadamente, damos audiencia a esto último, lo que corresponde es iniciar relación con un psiquiatra.

CDII

De vez en vez es necesario colocar en el mercado social —comprendida la literatura— ese cúmulo de malas palabras, que no sé como se nos han ido estibando en el desván de la memoria y que si no las aereamos oportunamente nos amenazan con envenenarnos, como los malos humores.

CDIII

El carozo nunca es tan bello como la fruta, siendo, sin embargo, lo perdurable.

Acontece lo contrario con ciertos seres humanos, pero la superficialidad pública no ahonda en busca del alma y se queda con su envoltura.

CDIV

En el mundo de las pudibundas señoras de la Sagrada Orden del Poroto Verde, los niños, que se conciben por correspondencia, nacen vestidos.

Con traje de primera comunión los de las familias distinguidas y de overol o de uniforme, los que van a ser obreros, guardiaciviles, porteros o lustrabotas.

Las estatuas femeninas de las plazas, gastan fal-

das hasta el tobillo y los faunos, además de sus castos taparrabos, disimulan sus cuernos bajo una galera de felpa y se lustran las pezuñas y se recortan la barba en punta semanalmente.

En sus redomas, las vírgenes pasean por la Avenida.

Los angelitos usan calzoncillos largos.

Y el caballero Jesucristo, traje de medida, zapatos de charol (góndola) y camisa descotada para lucir la cadenita de oro, con la imagen de Nuestra Señora.

CDV

Los milagros —¡que maravillan a los papanatas!— son simples precocidades de Dios.

CDVI

El hombre es el único animal, que inventa lo absurdo y se lo cree.

CDVII

Cuando no trabajo o cuando no siento, me traiciono.

En el ocio o mientras me hallo dormido, el corazón o el cerebro están confeccionando sus borradores.

La deficiente invención llevada a cabo por Dios, se hubiera completado si a su actividad creadora y a su necesario descanso, hubiera agregado un espacio para soñar.

Realizó una tarea y, según afirman, lo encontró todo muy bien.

Y tomó la absurda resolución de descansar.

Quien vive no descansa.

Ni quien sueña.

CDVIII

Ignoramos si hacemos bien o mal violando nuestro candor, pero ¡guay! si no lo hacemos. Y lo más pronto posible.

CDIX

Los niños:

—¿A qué jugamos?

—Vamos a arreglar el mundo.

—No. Prefiero robarle los dulces a mamá. Es un poco más fácil.

CDX

La guerra de clases.

La lucha por la vida.

El instinto de conservación.

Existen quienes se comportan como unos brutos, en lo que se denomina la ley de la selva y cuéntanse quienes lo llevan a cabo «respetando» todas las formas civilizadas y hasta con exquisita cortesía.

Para esto se dispone de leyes, decretos y reglamentos adecuados y hasta el mismísimo Dios, en su cartilla, ordena y manda:

—Ganarás el pan con el sudor de la frente.

—¿De la frente de quién?

CDXI

—¿Tú predicas?

—Vivo.

CDXII

Hasta en las alturas reina el nepotismo.

La Muerte lee en la «Gaceta Oficial del Cielo»: «Captura recomendada».

Yo tiemblo.

Pero interviene el Diablo, previniéndole a la señora de la guadaña:

—Che, a ese no me lo toques! Sobre su destino «lo penso io».

CDXIII

El accionista máximo de la «Sociedad en Comandita Fundiaria Celeste», pasa una minuta al Gerente General (a) el Papa, solicitándole un balance del último ejercicio económico.

El correcto y hábil funcionario, cree deslumbrar a su superior, con los guarismos millonarios.

Dios se calza las gafas y, al examinar el documento, indaga:

—¿Estas cantidades son sumas de almas?

El Diablo le guiña un ojo al Papa:

—Engáñalo. ¡Dile que sí! Dile que sí!

CDXIV

Ingenuo de Diógenes con su inútil linterna.

¡Si el Hombre era él!

CDXV

El misterio es una broma pesada, que, definido en una lengua desconocida, quizás inventada por él mismo, es inútil que nos devanemos los sesos, atormentándonos en traducirla.

CDXVI

El tremendo suplicio de la realización de una labor inútil, que nos pinta Dostoiewski, de cavar y volver a rellenar una zanja hasta el infinito, es el pan nuestro de cada día.

Nuestra labor nos ilusiona por la mañana y termina por defraudarnos al atardecer.

Insistimos en nuestro espontáneo trabajo forzado.

Esperanzados, levantamos la torre, que demuele nuestra propia duda, sin siquiera ostentar el privilegio del alado hornero, que, sordo a la vanidad que puede recordarle el haber realizado otros, construye —icantando!— el nuevo nido.

CDXVII

Entre caníbales:

—Dime: por qué prefieres los misioneros.

—Porque están llenos de Dios.

CDXVIII

—Niña, en algunas materias, como el Amor, no hay que saber ni mucho ni tanto, como para que no quede ningún resquicio, por el cual se deslice la sorpresa o puedas descubrir alguna deliciosa picardía.

Las maestras ciruela y las bachilleras sobran.

No tomes lecciones.

En esto, la práctica es lo esencial.

CDXIX

Escribo lleno de fe.

Ni me niego ni dudo de mi.

Es más, me reconcilio conmigo mismo en este alinear de sueños vanos, de oscuras angustias, de torpes rencores; al confesarle al papel mis pecados, mis miserias, mis frustraciones, mis sueños.

Cumplo con el deber de constituirme en mi implacable juez que empieza por no perdonarme, quizás para ganarme el derecho de no perdonar!

CDXX

Toma posesión de este palacio.

Es de tu propiedad.

Posee todo lo que tu ambición puede soñar.

Disfrútalo.

—Descubro que en él existe una habitación cerrada, de la cual no me has dado la llave.

—Se ha perdido.

—¿Llamaré a un cerrajero?

—No conviene. Está prisionera ahí la Curiosidad. Si abres la puerta puede escaparse. Es recomendable que la poseas siempre.

CDXXI

¡Qué falta de inteligencia! ¡Qué carencia de perspicacia!

Necesitar setenta años para obtener el hermoso premio de descubrir que te encuentras solo.

Te merecerías ignorarlo, como les sucede a las puras, dulces e inocentes bestias.

CDXXII

La pequeñez del hombre se evidencia en su concepción de Dios.

De acuerdo con su reducida capacidad, lo ajusta a su escala.

Y hay que ver lo que mide y lo que significa ésta.

CDXXIII

Nuestra superioridad reside en nuestras diferencias, difícilmente puestas al servicio del bien.

CDXXIV

Cuando la cabeza se entera de lo que se invierte en el juego, en las carreras de caballos, en las justas de football, el boxeo y demás deportes inferiores, me confía:

—En realidad no me explico para qué me han creado.

CDXXV

El indecible encanto, la maravillosa gracia, la pureza sin par de la edénica inocencia de la infancia, son tan fugaces... Y en tal forma nos la cambia y mezcla la vida, con la turbulencia juvenil y la angustia y el tormento de la madurez, que caemos en la torpeza de soñar con paraísos que suponemos legendarios, a pesar de haberlos vivido.

CDXXVI

Sin dejar de rendirles el homenaje que merecen su encanto, su gracia y su belleza, sonreímos de la versatilidad del sexo femenino, que rinde ciego culto a los caprichos y a las extravagancias de la moda.

Los artistas no deben someterse a lo que se usa, a menos que se embarquen en una rebelión de eunucos, que resuelva desvirtuar la incontenible, prepotente, impulsiva ansia creadora, que reclama una paternidad, que, cual la de la sangre —como nos lo enseña la Naturaleza— no puede ser compartida.

CDXXVII

Lo fabrican mono y luego le piden que no imite.

CDXXVIII

Amas, trabajas, luchas.

Son las formas de evasión que te consiente la vida.

Escapatoria de forzado con la cadena al pie, pues no haces otra cosa que huir, no de ti mismo —que, infortunadamente nadie lo logra,— sino de la soledad.

Sin embargo, ese milagro de, conscientemente, sentirte solo —signo de ser superior— no es experimentado por los animales, porque en ellos, que no temen nada, es lo normal y quizás lo sublime.

CDXXIX

—¿Ateo yo?, si no hago más que ocuparme de Dios.

—¡Pero de qué manera!

—¿Y acaso El me trata mejor?

Estamos a la recíproca. No digo de igual a igual, porque en una de esas a El se le ocurre que expreso una irreverencia.

CDXXX

Lamentablemente la Gloria es un higo de tuna que, cuando a ti te ofrece una millonésima parte de su dulzura, inadvertidamente, con sus inevitables espinas, está hiriendo a infinidad de colegas, que —¡ay!— poseen epidermis muy delicadas.

CDXXXI

Uno no encuentra fuera, sino lo que tiene dentro.

CDXXXII

—Usted no cree en el hombre?

—¡Vaya si creo!

Y el interrogado se aparta la túnica y me enseña el flanco, en el cual sangra una herida:

—Se imaginará que este lanzazo no me lo he inferido yo.

CDXXXIII

Esas aves extraviadas, que, cuando sus migraciones, cruzando por sobre el océano, en el sitio en que imaginan se hundió la fabulosa Atlántida, revolotean en grandes círculos, atraídas por el imán maravilloso de ese paraíso perdido, están apurando el milagroso vino del sueño, que a nosotros, difícilmente nos es dado gustar.

CDXXXIV

Sucio, maloliente a rancio sudor, resollando como un animal extenuado, el obrero duerme su cansancio.

El caballero, que lo reclama, lo despierta con el pie:

—Juan!

El yacente murmura:

—¿Qué? ¿Acaso es hora de volver al trabajo?

—No. Hoy es tu día. Tu fiesta democrática. ¿No recuerdas? Se realizan las elecciones. Se te ofrece la oportunidad de que elijas tus amos. Levántate a votarme. No olvides que somos compatriotas y, sobre todo, correligionarios!

CDXXXV

La génesis de «tutti l'imbrogli del mondo», palpitaba en la contestación de Eva, cuando, a la apasionada demanda de Adán:

—¿Me quieres?... contestaba:

—¡Eres el único hombre que he amado!...

...Y se quedaba pensativa.

Como no había otro...

Dicha respuesta se laureó de lugar Común.

Se la saben de memoria todas las nietas de la abuela.

CDXXXVI

Cuando se inventó la mentira, valorándose su importancia, tanto como su peligrosidad; teniéndose en cuenta los inconfesables fines para los cuales se la podía utilizar, se resolvió no expenderla al público, sino bajo receta del señor Dios.

Pero designaron al Diablo su jefe de ventas.

CDXXXVII

La niña me informa:

—¡Estoy enamorada de nuevo!

La rectifico:

—No. No es otra vez. Es la misma. El amor es uno solo.

CDXXXVIII

Una de las glorias de la virginidad es el dejar de serlo.

¡Qué enseñanza la de la semilla!

¡Cómo no se ha de creer en la resurrección!

CDXXXIX

No te preocupes de llegar primero.
Llega.

CDXL

El fracaso de Cristo —el auténtico— consiste en que continúa negándose a cobrar la entrada a su espectáculo.

CDXLI

Las aves huyen de los indeseables hombres.
Los animales las imitan.
Harían lo mismo los árboles, si no los hubiesen

atado, con sus raíces a la tierra.

Y las estrellas se felicitan de domiciliarse tan lejos...

CDXLII

El «todo el año es carnaval», de Larra —que lo encontramos en Séneca— sería un encanto, si realmente lo tomáramos al pie de la letra.

Si nos riésemos a mandíbula batiente los unos de los otros; si utilizásemos nuestra fantasía para vestirnos de lo que somos; si relinchásemos, en cuanta oportunidad se nos presentara; si nos revolcásemos placenteramente en parques y paseos...

Si las damas vistiesen sus trajes de Colombineas y los caballeros sus atuendos de Arlequines, de magos, de sabios, de Pantalones... O se adornaran con orejas de asnos, con colas de zorros, con cuernos de cabrones, con antifaces de asaltantes.

La vida actual está enferma de pedantería, de neurastenia y tontería y su conato de carnaval se vuelve idiota, cínico y tonto.

CDXLIII

El soñador es el personaje al cual, diariamente, la ilusión le coloca una moneda de esperanza en la faltriquera.

CDXLIV

Dios está en todas partes.

Pero escondido.

No se deja ver.

Está al cabo de que la Verdad ha emitido la orden de su captura.

CDXLV

La estética nos ha perdido.

Deberíamos ser inmortales.

Contemplando en las grutas de Altamira estos esqueletos que cuentan con miles de años, confirmamos que Dios nos había construido para la eternidad.

Adán no provocó problema, pero la vanidosa de Eva, cuando se contempló la estructura ósea en un espejo, dió un chillido:

—¡Horror! Este modelito de huesos es espantoso! Con esto no conquisto a nadie!

Y se encargó todo lo que ustedes conocen... y que es tan fugaz y perecedero.

CDXLVI

La experiencia es nuestra riqueza y nuestro castigo.

Los años, con sus indeclinables aportes de vejez, nos entregan su oro.

Y cuando somos expertos catadores de los más sutiles encantos y de las más deliciosas sensaciones, el tiempo nos ha concluido y gastado la capacidad para sentirlos y, lamentablemente, terminamos por asemejarnos a los avaros, que no dan ninguna utilidad a sus fortunas.

CDXLVII

Cuando vayas a comprar inteligencia, cuida que el químico que te la despacha no se olvide de ponerle su adecuada proporción de duda.

CDXLVIII

Instaló una fábrica de coronas de laurel y le «llovieron» los interesados, que no poseían con qué adquirirlas.

CDXLIX

Correspondería contemplar la vida a través de una sonrisa o una lágrima.

El hombre es tan doloroso como grotesco. En consecuencia, frente a su drama —¿o a su comedia?— que en oportunidades se reduce a la satisfacción de un apetito o de una vanidad, es aconsejable adoptar la actitud del niño, que une el llanto con la risa, pero sin olvidar —como podría hacerlo el pequeño— las causas del uno y de la otra.

CDL

Nuestra inhumana indiferencia, sumada a nuestra bárbara crueldad, —¡en tantos siglos!— no nos han permitido descubrir que a Jesucristo es preciso ahorrarle el tremendo suplicio de la cruz, descolgarlo, conducirlo al hospital y una vez curado, procurarle una ocupación decorosa.

CDLI

La vida es una maravillosa ama de casa, maestra en el arte social, que nos brinda una mesa magníficamente puesta: mantel de encaje, servilletas de lino, porcelana y cristales finísimos, cubiertos de plata, flores!

Y nos sirve un precioso plato vacío.

CDLII

—Pensar que el celestinaje no sólo es uno de los oficios más antiguos del mundo, sino que es de proge-
nie divina.

—¡Tamaño sacrilegio! Sin par ofensa! ¡Desmesura-

da contumelia!

—Calma, señora. . . ¿Quién provocó el atentado inicial contra la casta desnudez de Eva?

No fue Adán, por cierto, pobrecito inocente. Es público y notorio que fue la Hoja de Parra, la cual, creando el misterio, llamó a gritos la atención del ignorante muchacho.

Y lo peor fue que hasta señaló precio, como en un vulgar meretricio.

—¡Caballero, eso es monstruoso!

—Señora, el incidente tuvo la consecuencia de la imposición del trabajo para mantener a los rorros que, sin que nadie los llamase, vinieron después y no por gracia divina.

CDLIII

El mono:

—Tengo unos locos deseos de ir a veranear al Paraíso. Me resuelvo a enviarle un telegrama a Eva.

Me contesta:

—No tenemos más que una cama. Aguarda a que Adán salga en gira de negocios. Chau. Besos.

CDLIV

Cuando don Juan le robó la hoja de parra a Eva, Casanova le envió los padrinos, previo a una visita a la damnificada.

CDLV

Los religiosos son unos animales, que conocen las respuestas a sus interrogaciones y se autoengañan, fingiendo que se las han olvidado.

CDLVI

En la consciente certeza de nuestra pequeñez, reside nuestra grandeza.

CDLVII

—Hay que poseer carácter, energía y hasta mano dura!, me alecciona el árbol. Ya ve: yo doy la flor, el fruto, la sombra, el refugio del nido, la madera útil y el garrote.

CDLVIII

La filosofía adquiere su verdadera importancia, cuando el prójimo es filósofo sin saberlo.

CDLIX

El hermafrodita resuelve que lo que se ha realizado con él es que no se ha hecho economía.

CDLX

—Con un pie en la sepultura, dudo.

—Nunca es tarde.

Puedes llegar a ser algo.

CDLXI

Qué construcción tan frágil y tan mínima la nuestra, si con la sombra de una insidiosa crítica, se eclipsa —tan fácilmente— la luz que hemos sido capaces de encender en toda una vida!

CDLXII

Dios, bastante desconsolado, se lamenta:

—Feliz de tí, que puedes corregir tu obra.

—Y tú, por qué no te decides a imitarme?

—Lo intenté. Resolví hacer de nuevo a un poeta; refaccionar a un político; rectificar a un sabio; y perfeccionar a un fraile.

Todos se resistieron; me echaron con cajas destempladas.

Sin excepción, se creen perfectos.

CDLXIII

—Aparta de mi paso ese sólido y opaco muro, ante el cual terminan todos los caminos.

—No me castigues con ese bajo cielo, huérfano de estrellas, impenetrable al vuelo.

Esa hacha brutal me troncha las piernas; esa espada de hielo me cercena las alas.

Mátame de una vez, antes que prohibirme que el misterio le acarree sueños a mi corazón hambriento.

CDLXIV

Eva, luego de recibir de la modista, señora Vida una nueva hoja y ajustársela, suspira:

—Soy una infeliz, una desgraciada! Estoy de estreno y sufro el martirio de que nadie me tenga envidia!

CDLXV

No aseguro que sea un mérito ni que constituya una virtud lo que me acontece.

Como a cualquier hijo de vecino, me construyeron con todas las piezas necesarias, cuando de pronto el obrero le informó al capataz:

—Me sobra esto.

—¿Qué?

—Dios.

—¡Ah! ¡Eso es muy importante! Introdúzcacelo de cualquier manera; métaselo en cualquier sitio.

—No cabe.

Y ahí lo tengo al personaje, a la intemperie, aguardando que se desocupe algún cuchitril en el laberinto de mi conventillo.

CDLXVI

La «comedia italiana» es una genial manifestación del humorismo.

Con ella podemos absolver del énfasis, a un pueblo que se persigna antes de dar la puñalada y vive el amor a través de una lágrima puesta en música.

CDLXVII

Se dan en la vida sentimientos sagrados, instantes inefables, momentos estelares.

Lo lamentable consiste en que, como nacen del barro, en oportunidades nos maculan.

Lo inefable y lo humano, constituyen los hermanos siameses, que no existe sabia ni experta cirugía capaz de separar con éxito.

CDLXVIII

Dios, al Tiempo:

—¡Deténgase!

El Tiempo, riendo:

—Respete la edad, compañero. Y apártese del paso, pues en caso contrario se expone a que lo arrolle.

CDLXIX

No podemos creer que hemos llegado, cuando aquí no termina el camino.

Existen alturas que no han hollado nuestras plantas, que tienen la fiebre y el hambre de las sendas inéditas.

CDLXX

Como la sal, la vanidad es el producto más abundante de la tierra.

A pesar de poseer océanos de ambas y ser imprescindibles para sazonar las viandas y las humanas existencias, hay que usarlas con extrema moderación, para que no nos endurezcan las arterias y el «cogote».

CDLXXI

Existen escritores pegadizos al oído, como ciertas músicas fáciles.

Constituyen la aristocracia de lo vulgar.

CDLXXII

Las rectificaciones que, desinteresadamente, hago a la Biblia, no me van a negar que tienen su sentido y su lógica.

La creación tuvo lugar en seis días, no en seismil años y se hacen lenguas de la laboriosidad del Padre Eterno, pero, criticablemente, se olvidan de su inteligentísimo ayudante.

Este, como todos los discípulos que se respetan, superó al Maestro.

Dios era el hombre de faena.

El, el artista.

Como inventaba, el Creador modelaba en grueso, su cooperador agregaba la gracia, la finura, la elegancia. Daba el último toque, la terminación.

Por ejemplo: el gran Repostero, creó la torta del Amor. Pero la decoración, el suspiro, el lirismo —la verdadera Poesía—, corrió de cuenta de nuestro amigo, cuyo nombre no doy por no herir su modestia.

CDLXXIII

Llaman.

—Es una señora.

—Hazla pasar. Que tome asiento. Y ruégale que tenga la bondad de aguardarme un instante: me visto, me adecento, me afeito.

—Mira que es la muerte. Sal como estás.

—No. Un caballero cuida las formas. Al fin y al cabo es una dama. Quien te dice...

CDLXXIV

En el Congreso de Dioses, todos declinan la culpa de haber realizado tan mal al mundo.

CDLXXV

Un adarme de ignorancia en tu sabiduría, quizás te obligara a utilizar el reactivo del instinto, de cuya posesión a menudo te olvidas y con el cual es muy posible descubrieras nuevos nortes y encontraras inhollados caminos.

CDLXXVI

Al grande hombre —ignoro si era pensador, adivino, inventor o poeta— sus conciudadanos resolvieron realizarle un homenaje en vida.

Como una estatua resultaba excesivamente costosa optaron por construir en la plaza pública un sólido pedestal y le regalaron una escalera, para que se encaramase a él todas las veces que se le antojara.

Pero como los autores de la acertada iniciativa eran muy prácticos y se descubrieron otros genios en el lugar, legislaron sabiamente para que la consagrada base fuera ocupada, —por riguroso turno,— por los compatriotas merecedores de tal distinción.

CDLXXVII

Que se nos pierda siempre el capítulo último de la novela del amor, para que, nuestra ilusión y nuestra

fantasía, continuamente la estén terminando con los más bellos finales.

CDLXXVIII

El examen de conciencia de una criatura superior, debería consistir en una simple pregunta:

—¿A quién he robado lo que me sobra?

CDLXXIX

Nada nos puede calar hondo, si ya en lo profundo de nuestra alma no hay un espacio con la intuición de que ese mensaje debía llegarnos.

CDLXXX

Como la experiencia nos alecciona, prestándonos su binóculo, para que no confundamos las señas amorosas que nos hace la ilusión, la Filosofía nos regala un peine, precisamente cuando estamos completamente calvos.

CDLXXXI

Tal es todo uno y lo mismo, que cuando el maestro señor Dios, reprendió a su discípulo, el joven Diabolo, por lo mal y lleno de defectos que había realizado a ese monigote que llamamos Hombre, su ayudante le respondió:

—Con todos los respetos debidos, te desafío a que lo hagas mejor. Entretanto debo manifestarte que, con esa porquería de material que pusiste a mi disposición, para llevar a cabo tal labor, qué otra cosa querías que me saliese?

El patrón suspiró y no dijo oste ni moste.

Luego, en secreto, intentó corregir el «capolavoro».

Alguien asegura que está en eso.

Aún existen optimistas o cándidos en la tierra.

CDLXXXII

Si no abandonas a esa amante, con la cual se te ve por todas partes, con la que —continuamente— andas llamando la atención, terminarás por quedarte sin un amigo...

—Confío que ella me consuele de tal sinsabor.

—Además, no olvides que la Verdad es muy exigente y no se casa con nadie.

—Eso me tranquiliza. Nadie me va a impedir, que mientras sea digno de ella continúe concediéndome sus favores... y hasta sus escándalos.

CDLXXXIII

Interrogo al pintor abstracto:

—¿Qué significa tu cuadro?

Me deja absorto con su respuesta:

—¿Y si representase la nada?

Jamás se me había ocurrido que la nada pudiera ser algo.

CDLXXXIV

—Hasta las matemáticas nos presentan enigmas extravagantes.

Se nos ocurre que el cero, como entidad aislada, concretándose en un valor nulo, hasta en la forma adopta la pueril simplicidad de su insignificancia.

Pero el acto de magia de que un guarismo capitaneé un grupo de ellos multiplica astronómicamente su

importancia.

Vuélvese, entonces, potencia, fuerza, avalancha, pueblo! Transfórmase en falange, en multitudinario tropel, que puede llegar a cambiar la faz de la historia.

Pero lo tremendo y curioso es que esos ceros —lamentablemente— no dejan de ser ceros.

CDLXXXV

La fe es el más apropiado de los alcaloides para fabricar paraísos artificiales.

CDLXXXVI

Parodiando la manoseada frase de la propaganda antialcoholista, se podría recomendar:

—¡Cuidado con el primer verso!

—¡Cuidado con el primer beso!

—¡Cuidado con la primera adulonería!

CDLXXXVII

—Me voy a morir.

—Paciencia. Es ley de la Naturaleza.

—No protesto. Me desespero porque aún tengo mucho que decir.

—Dilas allá, en el otro mundo.

—Imposible. Allá tampoco hay libertad de prensa.

CDLXXXVIII

Le entregan al Tigre el Premio Nobel de la Paz.

Ante el inesperado regalo, resta, más irresoluto que sorprendido.

—¿Te falta coraje para recibirlo? ¿No crees ser su mejor destinatario?

—En realidad, los escrúpulos me roncan, como el

Diablo en las tripas... Me avergüenza un tanto que se entere de ello mi amigo el Conejo, paradigma de pacifista, que, por amor de la sagrada virtud, se deja pegar por su mujer.

CDLXXXIX

Cuando están fundiendo mi estatua, ésta me sopla:

—Soy un grito de bronce, que sufre la enfermedad del miedo de que te olviden.

CDXC

Ante la golosa mirada del Fauno, la Ninfa se arrebola, tiembla, se agita y siente la ineludible intención de huir.

Nuestro antecesor indaga la razón de tal actitud. La interesada explica:

—Creo descubrir un fuego que me quema en tu mirada; presiento en tu mano una amenazadora intención de atraparme.

—Y en vez de parlamentar y extender sobre la fresca y perfumada hierba la blanca bandera de la paz, huyes?

Ella, cubriéndose el rostro con ambas manos, mientras lo espía, sonríe, confidencial:

—Escapo para que me persigas.

CDXCI

Shakespeare, Esquilo, Cervantes, Tolstoi, Homero, Walt Whitman, Dante, alrededor del fogón del Cielo, después de comer unos chicharrones con fariña, toman mate y prosean, cuando el chumbar de los perros, anuncia la llegada de unos forasteros.

Misia Gloria, la dueña del rancho, se cuchichea

con sus huéspedes:

—Son Wilde, Gide, Benavente, Proust, etc... ¿Pa qué los v-i—hacer dentrar, no les parece? En una d'esas piden que l'eche azúca, hojas de cedrón y cascaritas de laranja al mate...

Dante muy cumplido, opina:

—Son gente flor... No se les puede dar con la puerta en las narices... El tata del «Quijote», muy diablo él, con una risita pícara, explicó:

—Si han entivocau de dirección... Buscarán a su marido, misia...

CDXCII

El lugar común del «Valle de Lágrimas», no constituye sino una fábula.

Existe exclusivamente para los que ganan el pan con el famoso sudor de la frente, que los privilegiados conocen en sus deportes y sus bailes.

Quizás también cuando las alternativas del juego los angustia.

A los otros pertenece la tortura de la injusticia.

—Sin embargo, tú no te debes quejar, porque los dioses no te olvidan.

Te han favorecido con el aguijón del sarcasmo, para punzar a los fariseos y la miel de la risa, para que se atenúe el acíbar de tu amargura.

—Pero ni eso me alcanza, porque los felices tienen la piel dura y, en ocasiones, cuando me río, siento en la boca la sal del llanto.

CDXCIII

¡Qué extraño animal el hombre!

Debe resultar una fruta no apetecible e indigesta.
Cuando una fracción suya llega a la plenitud, otra
aún anda por las cavernas.

Artistas existen que piensan con los pies y sa-
bios ayunos de libertad o nostálgicos de las cadenas.

Se dan camellos lógicos, hipopótamos lúcidos,
águilas sin cerebros, soldados rasos que esconden Napo-
leones y hasta políticos con vergüenza.

¿Es el hombre un ensayo?

¿Una prueba frustrada?

¿Una posibilidad?

CDXCIV

El genio nunca balbucea.
Tal vez hable otro idioma.

CDXCV

Lo que noto estúpido y bestial en los animales
—en los inferiores— es la indiferencia que demuestran
en sus relaciones, que no sé si ennoblecerlas, conside-
rándolas amorosas.

Nosotros, demostrando nuestra aristocracia: las can-
tamos. . .

CDXCVI

No pienses en voz alta, porque te fusilan.

CDXCVII

La Naturaleza es sabia.

Si no hubiese repartido en billones de cabezas la
niebla primordial en que, remotamente, estuvo sometido
el universo, continuaríamos en su densa e impenetra-
ble penumbra.

Lo malo es que, de pronto se producen escapes de

sombra de una multitud de cráneos y nos apercibimos
que anchas regiones del planeta retornan (¿o viven?)
a las tinieblas elementales, en la consciente servidumbre
de las dictaduras o en la atrofia de las supersticiones
religiosas.

CDXCVIII

Lo consultaron al ilustre y perseverante luchador
con referencia al homenaje —que en vida— habían re-
suelto consagrarle.

—¿Le parece que, como símbolo, sería adecuada
una fuente?

—Oportunísimo. Será un acierto. Una fuente y una
panadería. Es necesario no olvidar que existen hambre
y sed.

Lo primero, en lo físico.

Lo otro. . . en lo espiritual.

CDXCIX

Es sumamente curioso que muchas de las deficien-
cias, defectos de los seres humanos, comienzan con di-
dinero, derecho, decoraciones, deudas, derrota, diploma-
cia, disgusto, desdicha, desdoro, diablo, dios. . .

Si no fuera porque no podemos prescindir de la
DUDA, sería del caso suprimir esa malhadada letra
del alfabeto.

D

El Cristo sobre la montaña:

—Confío que se resolverán a colocarme más alto.
¡En las nubes!

—¿Y a qué viene eso?

—Los hombres, incorregibles, chapalean tan brutal-
mente en sus mezquinas y sucias contiendas, que hasta

aquí me llegan las salpicaduras de su cieno y su sangre.

DI

Cuando estamos a solas y nos hacemos ciertas preguntas, deseamos, de todo corazón, no contestárnoslas.

DII

La puericia y la vejez son primas hermanas, que ignoran su parentesco, pero de propósito.

DIII

El «*campa cavallo che l'erba cresce*», de los italianos, es la divisa que corresponde luzca la Iglesia, que promete las infinitas delicias de la Vida Eterna.

No en balde los ricos —que saben de negocios— piden adelantos y tratan de gozar acá abajo, todo lo que les prometen allá arriba.

DIV

Falacia del nacionalismo:

—La tierra que habitamos pertenece a los trogloditas. . . Más lejos hallamos la sombra.

Más cerca también.

DV

Por el procedimiento del voto secreto se procedió a la elección de Presidente del Consejo de Gobierno del Cielo.

Una tarjeta en blanco denunció una abstención.

Este débil mental de Dios, siempre titubeante, con su indecisión permitió se encumbrase al alto cargo al Príncipe de las Tinieblas.

¡Lo que nos espera!

Ya me lo veo al Diablo levantando el veto del Index que pesa sobre mis libros y firmando el decreto que me designe como su Embajador ante el Vaticano.

Me es imposible parar esos golpes bajos y además no puedo eludir mi política obligación de persona bien nacida de ir a agradecerle al pícaro los «honoros», que graciosamente me dispensa.

DVI

Mi paradójal amigo me sostiene que no existieron ni Adán ni Eva ni fue creado el Hombre.

—¡Hombre!

—Es que tú no te has detenido a observar. Entre asaltos, coces y mordiscos, vivimos en una jungla, saqueada y detetizada, en cuevas que se elevan de la tierra y poseen luz eléctrica, ascensores y aire acondicionado, pero no somos sino las bestias primordiales, vestidas, bañadas y perfumadas.

Observa la cara de caballos, de loros, de cerdos, de perros, de conejos, de asnos, de carpinchos, de. . . nuestros semejantes.

DVII

El señor Cero a la Izquierda le increpa a la Luz:

—¡Apártate, que me haces sombra!

DVIII

—Con su madera no se hace un santo.

—Con que se construya una cuna me conformo.

DIX

Morir ahogado en la marea de la mediocridad no tendría importancia, si no fuese que el agua que la in-

tegra es nauseabunda, espesa y opaca, incapaz de reflejar los astros y de acunar a las sirenas!

DX

El «hombre» me confía:

—El oficio no es malo. Se vive. No falta clientela.

—¡Pero tan aburrido!, ¡Siempre lo mismo! La prosaica rutina de la transgresión de los mandamientos: la esponja de borrar los pecados. . . Y empezar de nuevo.

No hay novedad ni grandeza ni fantasía!

Hablé con el Diablo para hacer una sociedad y reeditar el negocio del Doctor Fausto.

Se me rió en la cara.

—Pero, Dios, te van a expulsar del Sindicato de Comerciantes! . . .

Tú tomas las cosas demasiado en serio.

DXI

—¿A qué aspiras?

—¡César o nada!

—Suerte que la ambición promete, pero a menudo no cumple. Imagínate si ella fuese una buena ama de casa que cumpliera sus promesas. ¿Crees que podrías vivir entre sabios, héroes y santos?

Mira que si ella te prepara una ensalada de genios, tal vez esta te resultaría tan indigesta que, antes que la comieses, quizás fuera preferible que te murieras de hambre.

DXII

Todo lo malo que integra mi literatura, lo reivindicó como absolutamente mío.

Con simpática solidaridad, la serpiente de cascabel

me silba:

Huelga tal manifestación. De lo que se duda es que te pertenezca lo bueno.

Imagínate que los hombres llegan al punto de hablar pestes de sus colmillos, hasta olvidándose de que me los regaló el señor Dios, lo que se prueba con su perfección. Imagínate que hasta me ahorran la visita al odontólogo, muniéndome de repuestos. . .

DXIII

Me conmueve la desolada conclusión del inocente de Don Juan:

—Ante las excepcionales dotes y las virtuosas cualidades de mi mujer, experimento tal complejo de inferioridad, al extremo de sentir el irresistible impulso compensatorio de hacerme consolar por alguna esposa ilegítima.

DXIV

La rivalidad entre los poetas son enconadas y terribles.

Para solucionar tal problema, el escultor propone llevar al mármol o al bronce a los interesados y exhibirlos en la plaza más importante de la ciudad.

¿Y cómo se elegiría un jurado equitativo e imparcial?

De eso encargáramos a las palomas.

Tras un mes de exhibición al aire libre de los candidatos, todo se reduciría al recuento de los votos.

DXV

Caigo en la simpleza —la vanidad nos vuelve incorregibles— de enseñarle a don Juan Bolichero la mon-

taña de borroneadas cuartillas, con las cuales confío pagarme el pasaje —en tercera clase— para viajar a la posteridad.

El aludido se asombra:

—¡Bárbaro!, ¡Qué trabajo! ¡Usted ha cinchado como un burro!

Y agrega:

Para usted, esa papelería será un tesoro?

Meneo la cabeza, haciéndome el interesante, mientras él continúa:

—¡Y tan inflamable! ¡La tiene asegurada?!

—¿Acaso el Banco de Seguros me podrá pagar lo que vale!

—Hombre, ya lo dijo Napoleón: la cuestión es dar con el precio.

Perplejo, no he sabido si debo abrazarlo, conmovido o si debo escupirle la cara.

DXVI

La fe es la cárcel del pensamiento.

DXVII

Cuando llegué al cielo, no faltó el soplón que me denunciara:

—Todopoderoso, ese te negó.

Dios, con doble lástima, por el delator y el acusado, comentó:

—Pobre! Tengo que saber de qué madera está compuesto.

—Es un pésimo sujeto.

De ellos yo hago los buenos. Que le preparen una cama en mi habitación... ya dispondré que le arranquen la lengua, si sólo sirve para alabarme y adu-

larme... Y si dispone de coraje suficiente como para discutir conmigo, en una de esas me resulta muy útil, dado que me aburro soberanamente.

DXVIII

Los Goncourt, viendo en el Jardín Zoológico de Paris, la evidente similitud que existe entre muchísimos animales, se atrevieron a expresar que Dios no había hecho mucho gasto de imaginación al respecto.

Tal opinión mereció una violenta catilinaria de André Gide, en una de sus delicuescentes divagaciones...

No razonó que el Padre Eterno economizó en las bestias cuadrúpedas, lo que gastó sin tasa en nosotros, pero sin que ello lo rehabilitase.

Integramos, en efecto, un muestrario de ejemplares horribles, que nos prueba que nuestro fabricante no pasa de un chapucero...

DXVIV

La lechuza es más inteligente y más coherente que tú, pues se reduce a mirar hacia sus espaldas, mientras permanece inmóvil.

Tú caminas para atrás.

Y, según te conviene.

DXX

Corrigiendo a Rabelais, que en su sarcástica burla descubre a la bestia de dos espaldas, reivindicamos que, en el mencionado monstruo, hay dos almas y palpitan dos corazones.

Podemos admitir que Meser Amor puede haberlos enviado a paseo, para que no se sonrojaran, para que un «aquí no ha pasado nada», luego del viajecito para-

disíaco, regresaran a sus residencias, con todos los honores.

DXXI

La admiración es una de las formas aristocráticas de la envidia.

DXXII

—Para qué quiere la libertad el bruto, si no sabe qué hacer con ella.

Pero más condenable que el ignaro, semejante a la bestia, es el sofista, que le fabrica mil disfraces, con las cuales la hace intervenir en su comedia.

DXXIII

Realmente, con este número tan alto, en una «cola» tan extensa, estoy tentado de abandonar el propósito de asistir a la cita íntima, que me ha acordado, gentilmente, la señora Gloria.

Es verdad que vale la pena, porque es público y notorio, que es una mujer que se las trae.

Eternamente joven, fresca, graciosa, seductora, espiritualísima... A pesar de sus innumerables maridos, sus millones de amantes y sus miriadas de pretendientes, continúa siendo una tentación.

No comprendo como nuestra sociedad, —¡tan puritana!— se desvive por tenerla en sus fiestas!!

Pensar que uno se casa —aduciendo soltería— con sólo dos mujeres y lo encarcelan por bigamo!

DXXIV

—Como yo creo en el alma, —me confiaba mi ilustre colega,— cuando fundan mi estatua, visto y con-

siderando que a todas las hacen huecas, voy a solicitar que la completen con una puertecita, con su respectiva cerradura y llave.

Mi espíritu dispondrá así, de un adecuado «pie d'a terre», contará con un domicilio confortable a su disposición.

En una de esas se aburre en el cielo.

DXXV

El Diablo está en la taberna, saboreando el «bon vin», haciendo chistes, riendo, absolutamente despreocupado del tiempo.

Dios no quita los ojos de su reloj pulsera, preocupado de no perder el ómnibus, para, como de costumbre, llegar antes de la hora al empleo.

El primero negocia en almas, con el dinero, —que a buen interés,— le presta el otro.

DXXVI

El Pueblo enfervorizado —¡cien mil gargantas!— alza a los cielos su clamor colosal.

—¿Quién es el héroe?

—Es lógico. Es necesario empezar por la base, por los cimientos: es un punta pie. Una extremidad inferior que ha terminado de efectuar un «goal».

—¿Estás seguro que no es una coza?

DXXVII

La verdad es un alimento demasiado fuerte, para que puedan soportarla todos los estómagos.

Para la mayoría de éstos es necesario suministrarla en tan ínfimas dosis, que termina por perder su eficacia y volverla inocua e inútil.

DXXVIII

Mentempsícosis:

—Por suerte para la regeneración del mundo éste terminará por poblarse de asnos.

No sé que destello de dignidad y de vergüenza ilumina a los hombres cuando, interrogados qué prefieren ser cuando regresen a la tierra, entre el lobo, la acémila, el tigre, el mono y el zorro, optan por ser burros.

A pesar que ya lo son en gran número.

DXXIX

Cuando aspiro a redimirme de mis mezquindades y bajezas, recuerdo que soy hermano de los hombres.

DXXX

Constatando la idiotez progresiva, que acomete a infinidad de mis semejantes, briosos revolucionarios juveniles, que terminan por besarles las pantuflas a ídolos y caciques y por acompañar a la «nena» a la Iglesia, cuando se va a casar, refirmo mi protesta contra el absurdo proceso de nuestra existencia.

Debíamos nacer centenarios; ser jóvenes a los setenta, adolescentes y poetas a los seis lustros, acortarnos los pantalones a los veinte abriles y comenzar a decir da-da y volvernos tráfugas de los ideales y traidores del sueño, cuando nos poseyera la sagrada inocencia de los párvulos.

Realmente empezar a vivir a la edad en que Dios construyó, magistralmente el mundo.

DXXXI

Al cabeza de alfiler que me trata de irrespetuoso, porque despreciando los artículos de confección, recorro a mi industria casera y me manipulo mi Bien, mi Belleza y mi Verdad, les contesto con apabullante deficiencia:

—Mi querido rutinario, si los pueblos, como los hombres, tienen los Dioses que se merecen y construídos a su escala, por qué no me voy a permitir preocuparme de mis respetables intereses?

DXXXII

Estoy meditando sobre la igualitaria aplanadora de la muerte, cuando veo desfilar hacia el frigorífico a una tropa bobina.

Experimento la sensación de que, entre los animales, no existe diferencia alguna.

De pronto uno se detiene, alza el testuz al cielo y muge.

Se querrá hacer notar.

Debe ser un estadista, un místico, un filósofo, un financiero o un poeta.

DXXXIII

—Usted es un perfecto monstruo.

—Gracias. No me estimaba con tal mérito. He oído sostener que en este mundo es sumamente difícil alcanzar la perfección.

DXXXIV

En oportunidades transcurrimos largas veladas con una idea.

Otros prefieren pasarlo con una amante.

Ambas nos pueden traicionar.

Pero la primera es mucho más peligrosa, pues su engaño es más sutil.

DXXXV

Tanto estudio y preparación; tanto minucioso minirlo de atributos y virtudes excepcionales para realizar la obra maestra, con el evidente resultado de este desconsolador fracaso.

¡Qué aborto infeliz el de este ser ambicioso, mezquino, pedante, engreído, cuya infeliz caducidad impresion!

Tenemos que admitir que el árbol no fué creado por la misma mano que modeló al hombre.

DXXXVI

Le dice la Victoria de Samotracia al Tiempo:

—Llévate la cabeza. Déjame las alas. ¡Primero volar!

DXXXVIII

Dios es un mueble... Una percha, una ganzúa, una almohada, un hipnótico... Y hasta un clavo ardiendo.

DXXXVII

Los explotadores, los cínicos y los políticos profesionales, odian a los idealistas, en vez de estimarlos o, por lo menos, compadecerlos, porque no les hacen competencia.

DXXXIX

La salud perfecta y permanente no puede existir, desde que los años relajan el organismo, total o parcial-

mente, manifestándose en la decadencia de un órgano o del conjunto de los que nos integran.

Sucede lo mismo con la libertad.

Siempre depende de algo o de alguien, que la adultera o la corroe.

Hasta el ácrata es esclavo del ansia de ser libre.

Esto no aboga por ninguna clase de sujeción, a la cual nuestra conciencia puede resistirse y debe resistir.

Estamos en el plano abstracto.

En la realidad, los hombres, —cuya absoluta mayoría es farsante,— se comportan según sus intereses y conveniencias y ya entienden a la Libertad como a una diosa, como a un ama o como a una criada de servicio.

DXL

—Has llegado al máximo de la edad. Con tu obra has conseguido títulos, medallas, diplomas y condecoraciones, al extremo de asemejarte a esos horribles santos, a los cuales la superstición cubre literalmente con el mal gusto de sus ofrendas.

—¿No te parece que te ha llegado la hora de jubilarte?

—¿Y a ti?

—Yo tengo demasiado que hacer. Estoy naciendo todos los días y aún no he podido vestirme... Tengo la sensación de que en muchísimas cosas permanezco en cueros...

DXLI

La primera intención de Dios —todo el mundo lo sabe— fué fabricar exclusivamente a Adán.

No es exacto que se haya arrepentido ni rectificado.
Dios —tan infalible como el Papa— jamás se equivocó.

La fabricación de Eva fué a solicitud de parte interesada y sólo se llevó a efecto luego que el Padre Eterno le explicó al muchacho que aquello le iba a costar muy caro.

Y así fué.

Y eso que el avisado compadrito, descubierto por Keiserling, en el Río de la Plata, secundando al Todopoderoso, le previno a nuestro tatarabuelo:

—¡No te metás!

DXLII

Cuando dejas de respetar la inteligencia ajena, tendrías que empezar a desconfiar de la tuya.

DXLIII

—Si yo no me quejo ni de mi aislamiento ni de mi pobreza.

Bueno es que sepan que mi pan amargo me sabe a gloria y a miel, mi agua, compuesta de sudor y de lágrimas.

Sólo me lamento por mi mujer, vestida de harapos, amordazada, que yace entre rejas y a quien se le prohíbe iluminar las tinieblas del mundo.

—Ah, usted es el que vive con la Verdad?

—Sobre ese «vive», ella también arrojará su luz.
¿Sabe Usted lo que es eso? ¡Vivir!

—Vivir no es matrimoniarse ni esposarse ni firmar un contrato.

¡Vivir!

No pueden hablar de eso, sino quienes **viven!**

DXLIV

La fe es un miedo organizado.

DXLV

El Diablo, es un indeseable huésped de Dios.

DXLVI

Se presentan ante Dios el gallo y el reloj.

Vienen a dirimir un pleito.

El primero sostiene:

—El sol nace porque yo canto.

Su contrincante refuta:

—No apoyado: —Es porque yo le indico la hora.

Dios reenvía la sentencia, pensando un tanto trascordado:

—En fin de cuentas: yo hice el mundo o fué el mundo quien me inventó?

DXLVII

Las religiones son el chupete «enlambuzado» de agua con azúcar, con que el misterio entretiene nuestro hambre de saber.

DXLVIII

San Francisco de Asís ordenó a sus discípulos que predicasen desnudos en el templo.

¿Lo habrán comprendido?

DXLIX

Un payaso puede ser filósofo.

Pero un filósofo jamás podrá estar en condiciones de ser un «clown», porque se toma demasiado en serio y desconfiamos que no le convenga hacer reír.

DL

Por fin la ciencia, cumpliendo su misión sublime, su genial cometido, nos ofrecía el hombre perfecto.

Le construyó el pulmón artificial; continuó fabricándole el corazón automático y consiguió munirlo de un estómago funcional.

Alfabetizó al hígado, el cual solicitaba por escrito la cantidad de bilis, que le era necesaria, no solo para la cotidiana tristeza, sino para contrarrestar su crónica tontería de violencia.

Y así llegó al cerebro, que nuestra civilizada sociedad quiere que piense, pero como los pavos reales; que corra, pero como la tortuga; que vuele pero como las gallinas.

Se trepanó al «homo sapiens», dejándole en el cerebro una ventanita para vigilar el mecanismo de su eficiencia y él solicitó autorización para presentar a la Policía una denuncia, informando:

—Me han robado al hombre.

Y la Ciencia, como corresponde, lo hace procesar por calumniador.

DLI

Nos resulta una aberración que ciertas excepcionales, poderosas y lúcidas inteligencias, no lleguen a comprender el absurdo y hasta el ridículo de la criatura humana que, inventa los mitos y luego cree en ellos, reverenciándolos y adorándolos.

¿Acaso una supervivencia pueril continúa en su interior, tomando en serio la ficción de sus juegos?

DLII

Cuando se pone un libro en manos de un niño, se ha de cumplir la equivalencia del rito sagrado de crear una flor, encender una estrella o despertar una sonrisa.

Sácalo de tu corazón.

DLIII

Uno de los irredimibles crímenes de la Sociedad, es la caza del hombre libre.

DLIV

Al menesteroso, al cual le ofrecen consejos cuando reclama pan, le acontece lo que al hambriento de la Verdad, a quien en lugar de proporcionarle los productos apropiados para aderezar sus racionales alimentos, lo obsequian con el libro de recetas de cocina de doña Biblia.

DLV

En este ordenado y bello mundo, en el cual se cuentan como loables y máximas virtudes, el poseer y el acumular —tantas veces dolosamente— puedo considerarme una de las personas más afortunadas.

Cuento con un cúmulo de deudas, con una suma de defectos, con una serie de dolencias y con una aguerriada legión de enemigos.

Y como remate, la fortuna de que nadie me los envidie.

DLVI

—¡Qué gran drama «La Vida»!

—Pero tiene escaso éxito.

—Exacto. Es explicable. Somos muy malos actores.

DLVII

Nosotros —pasajeros— aspiramos a medir el Tiempo.
El, eterno, ni siquiera se apercibe de nuestra pretensión.

DLVIII

Vocifera el orador —moralista—:

—Os aseguro que terminaremos por ser todos iguales.

—Te conozco, mascarita. Eres la Muerte.

DLIX

Entre el hombre civilizado y el bruto existe un guión de opacidad.

Nosotros poseemos la cultura, el arte, el orden, la justicia.

La ciencia está a nuestro servicio, así como la belleza.

Pero algo nos falta. Se suspira por una legendaria criatura, que asegúrase asesinaron los hombres, la cual se llamaba Inocencia.

No faltan soñadores que se revuelven contra esta perfecta cárcel.

Entre el hombre civilizado y el bruto, ^{en} existe una cortina de sombra.

¡Por qué alguien —¿quién?— no ha creado un guión de luz?

¿Existe?

¿O debemos ir a buscarlo al país del Sueño?

DLX

La comedia debía estar creada a la inversa.
La Vida, la señora que nos invita a participar del

baile, debía ser quien nos ofreciera un par de ágiles y veloces alas para alejarnos de él. Por lo contrario, la puerta de sombra nos la abre ese espantajo de la Muerte y nos estiba en el anacrónico cascajo de la barca de Caronte, en el cual todavía hay que pagar pasaje.

DLXI

El más contundente argumento que comprueba que el hombre no da importancia alguna a una falaz justicia divina —en la cual no cree ni siquiera la Religión—, consiste en que la sustituye, creando aquí abajo, sus Tribunales y arrogándose, audazmente, su infalibilidad.

DLXII

Te divorcias, te casas, te divorcias, siempre con la misma mujer o con el mismo hombre.

—¿Cómo?

—Sí. Porque tú eres el mismo o la misma.

—No entiendo.

—Mejor. Así, integralmente ilusionado, puedes continuar, deliciosamente el juego.

DLXIII

Tomar las cosas en serio.

Pero no tanto, como para hacer reír.

DLXIV

Paul Claudel, respondiendo a la angustia religiosa de Francis James, lo escandaliza:

—«Mei, j'ai mon Dieu.»

Por mi parte, yo —modestamente— configuro el más humilde de sus discípulos al descubrirme poseosor de un cielo, en el cual —fabricado con las dimensiones

que me acomodan y conviven, —dispongo, como don Pablo, de mi Dios. Con este celeste mundo, de mi exclusiva pertenencia, con el cual hago —como lo ve el amable lector— mangas y capirotos.

DLXV

El más ingenioso y prodigioso de los mecanismos que seamos capaces de inventar, supongo que no se aproxima —ni por lejos— al asombroso artificio que constituye el cerebro humano.

Aparato complicadísimo, instrumento delicado y sensible hasta lo inverosímil, no se diferencia de uno a otro, sino porque, en algunos seres, funciona la totalidad de sus innumerables piezas —válvulas, teclas, muelles, resortes— como en Leonardo, y, en la mayoría de los seres y aún deficientemente, sólo se activan los trastos del Bien y del Mal.

Justo es que tal máquina nos pisme y asombre y que no falta quien atribuya, en él, lo evidente de una divina presencia.

No quita tal supuesto que erijamos en majestad de ese extraordinario universo, a un minúsculo diablillo alado —el alma— que, inconsciente, danza entre nuestras neuronas y sufre o goza, ríe o gime, apasionada o desaprensivamente.

DLXVI

Si creyera en la supuesta importancia que alguien —generosamente— asigna a mi laboriosa actividad— exigiría a mi paupérrima pluma, descubrimientos tan absolutos, hazañas tan preclaras y vuelos tan desmesurados, como para que me respondiese:

—Cámbiame por una lanza, por un ala y por una

bandera y además pídele la mano a un Dios, para que las maneje, guíe y sostenga.

Y yo tendría que confiarle a mi pluma:

—Hermana, sospecho que estamos engañándonos mutuamente. Empezada la comedia ha de continuar. No olvidemos nunca que estamos en el teatro.

DLXVII

Los argumentos con que los ortodoxos defienden sus ideas, son de una conmovedora puerilidad. Sostienen que sus contrincantes padecen un simplismo elemental, cuando son ellos quienes desde la más espesa sombra, con miedo pueril, se acercan al boquete, que les sirve de puerta de su opaca caverna.

DLXVIII

Los monumentos ecuestres poseen el inconveniente de que, dada la calidad de quienes los erigen y, a menudo de lo que representan, no se termina de saber si el homenaje se destina al héroe o al caballo.

DLXIX

Del reportaje a Dios:

—Yo era tan feliz antes que me inventaran los hombres!

DLXX

La Bestia ha terminado por triunfar, naturalmente que con la colaboración del Ángel.

Cuando la van a glorificar, la interrogan:

—¿Y quién te prestó ayuda?

—Me lo devoré. Ahora sólo me serviría de estorbo.

DLXXI

Dios, el único robot perfecto que el Hombre ha construido con fines trascendentes, no le sirve sino para pedestres y menudos menesteres, en razón de que ha perdido la llave capaz de poner en movimiento lo más importante de su mecanismo.

DLXXII

Los milagros son una ofensa al Todopoderoso.
—Atreverse a imaginarlo prestidigitador y hacerle sacar el pato, el conejo o la paloma de la galera!

DLXXIII

Si la Iglesia reconociera los sacrificios ajenos y respetara la ciencia, tendríamos entre su Santoral a San Momo, virgen y mártir, que se dejó hacer de todo, —¡el pobre!, —para que lo transformasen en hombre.

DLXXIV

No estamos arrepentidos de haber vivido ni de habernos sujetado al riguroso deber de nuestra conciencia servidumbre.

Lo que hemos realizado, quizás no sean sino balbuceos. Pero el balance nos enorgullece, dado que hemos sido el artesano, que pule bien la piedra, aún con el destino de ser cimiento.

También así confiamos servir a la Muerte, que es la otra faz y no el reverso de la medalla.

DLXXV

—¿Qué utilidad puede tener esa cordillera de palabras, que alíneas metódica y pacientemente para probarnos remotas realidades, justamente sepultadas bajo la

mugre de los siglos?

—Reivindico los fueros de la Verdad.

—La Verdad es una lámpara cuyo aceite hay que economizarlo para que, al iluminar la historia, sólo arroje su luz sobre las cumbres.

—Los abismos pueden ser aleccionadores.

—¿A qué beber en las fuentes envenenadas?

—Son la realidad.

—Rechacémoslas. Aún imponiéndonos vivir en el sueño, donde construiremos las fuentes nuevas y las alimentaremos con las puras aguas inéditas.

DLXXVI

Aunque parezca paradaja, Don Quijote, —aún en los arrebatos de insanía, es el sentido práctico, que paga con legítimas monedas de fantasía, la cuenta de sus desvaríos.

Sancho, por lo contrario, hasta cuando gobierna la real ficción de su Insula, es el sueño.

DLXXVII

Antes de la extrema unción, interrogo al fraile:

—¡Luego de esta mojiganga, qué sucederá?

—Volarás al cielo.

—¿A mi edad? ¡Menuda gimnasia! Y llegado a destino?

—Te encontrarás con Dios.

—No me agradan los juguetes viejos y usados.
¿No tienen otra cosa?

DLXXVIII

Escribir treinta libros, tan irresponsablemente, como para borrar y empezar de nuevo, no es del caso.

La literatura no es una religioncita cualquiera, que admite el arrepentimiento y perdona, para que se comience de nuevo.

Además, su contabilidad no prescribe las deudas.

Quien la hace, la paga.

Ahí está el crítico, el vigilante (otros se atreven a llamarlo el verdugo) y el respetable público, que reclama, con sobrado derecho, que lo deslumbren, lo diviertan y hasta lo conmuevan, en sus oportunidades...

DLXXIX

No es justo ni correcto que deba considerárase, como quien tala y debasta.

Más de un lector, de los escasos con que cuento, —con un gesto agrio o con una benévola sonrisa, —suspenderá que mis conceptos y mis apreciaciones son lanzados al azar y a corazón ligero.

Incurriré en error.

No constituyo un humorista fácil ni un nihilista sistemático.

¡Soy un atormentado!

Soy la salamandra que se revolvía en el fuego, ante los ojos atónitos de Benvenuto Cellini, a quien, para que no olvidase la excepcional visión, su padre le aplicó una soberana bofetada.

He procurado huir de las llamas.

He comprobado su imposibilidad, porque el fuego lo llevo dentro.

Mi fuga quizás significase una revelación; la ha frustrado un fatídico destino.

Descubro que aún no estoy maduro para vivir en el fuego.

Este me seca las lágrimas y me impide llorar.

¡Entonces bailo! ¡Entonces canto!

Quizás no lo realice muy bien, dado que me hallo en las primeras letras de esas sublimes asignaturas!

Que sepan unos y otros, quienes me aman (pocos) y quienes me abominan (innumerables!) que mis contorciones y mis gritos, mis piruetas y mis alaridos, no son otra cosa que aleluyas, que himnos y danzas.

DLXXX

Como Darwin leía novelas policiales en sus últimos años, a Dios le ha dado por dedicarse a los estupefacientes.

Por suerte eso impide que al hombre se le ocurra hacernos competencia en nuestra grave tarea de perfeccionar al hombre y de reformar el mundo.

DLXXXI

Enumerando las luchas, los contratiempos, las pesetas que nos aquejan, podemos considerarnos felices herederos de una opulenta hacienda, con la cual tenemos en qué entretenernos.

DLXXXII

Cuando la catolicísima dama a quien me presentan, oye mi nombre, se persigna con no disimulado espanto. Caballerescamente la tranquilizo:

—Señora, su exorcismo es inadecuado y de una notoria ineficacia.

Usted me está alcanzando la llave de sus aldabas al poner en evidencia el temor de que yo me cuele por sus puertas, como Perico por su casa.

No me permitiré semejante desmán.

Cuando entro en algún sitio, es con todos los honores.

Además, cómo he de invadir la suya si la frecuenta Dios, mi íntimo y querido amigo.

DLXXXIII

Para que, cotidianamente, tomes con gusto la amarga pócima de la vida, el instinto de conservación, subrepticamente, le agrega unas gotitas de miel.

No desconfías de la jugarreta ni cuando tu presunción te convence de que eres un genio.

DLXXXIV

Dios está disgustadísimo con el Papa, porque S.S. se los embolsica todos y no le gira nunca sus derechos de autor.

DLXXXV

Dios se lamenta:

—Mi drama es mi soledad! Se dijera que con ella se ha querido castigar mi grandeza.

Unos avezados cómicos de la legua, con loable ingenio, precediendo a Pirandello, hicieron de mi tres personajes, en los cuales ni ellos mismos creen.

Si: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Un triunvirato que ha resultado una industria muy lucrativa, marcada con el vicio de origen de sus padres, los hombres.

Pero yo continúo solo.

DLXXXVI

Los pasionales están reivindicando la dignidad de la caverna. Y dándole toda su terrible e integral grandeza.

Nada de la blanduzca molicie de la voluptuosidad degenerativa, de la civilizada tolerancia, del claro de luna romántico...

La violación, el mordisco, el garrotazo y la muerte, pura y contundente en el mismo lecho del amor...

(¿Te olvidas de la bomba atómica?)

DLXXXVII

Es también ésta una Casa de Dios!

Por lo visto ese señor es inmensamente rico. Posee innumerables propiedades en todas partes del mundo.

Imagino el enorme trabajo que le proporcionará su cuantiosa fortuna.

—Ninguno. Dispone de una celosa y eficiente administradora, que, entre paréntesis, nunca le rinde cuentas.

DLXXXVIII

¡Hijos espirituales!

Ignoraba ese mal gusto de querer hacer parir al alma.

DLXXXIX

¡El Paraíso!

¡Cómo ignora el vulgo que no es uno sino innumerables los edenes que existen!

Cada turista del cielo se aloja en el sitio adecuado a sus gustos, antecedentes y merecimientos.

¡Allá se hila fino!

Comprenderá, mi querido amigo, que el Papa, por ejemplo, tiene que disponer de una residencia, que no le haga echar de menos la serie de habitaciones que le brindaba el Vaticano, para continuar usando sus pinto-

rescos disfraces. Y, se comprende, el complemento del sitio para Cardenales y lacayos; la cuadra para alojar a los robustos lanceros de su Guardia Suiza; sus jardines y un Castel Gandolfo, aunque fuese en miniatura.

De lo contrario qué mamarracho de Paraíso iba a encontrar el Santísimo Padre?

DXC

Destruyéndote cada noche, para hacerte de nuevo al siguiente día, llegarás al momento definitivo en que comprenderás que hasta eso es un bello y vano ejercicio.

DXCI

Este impacto es para que te esponjes y te regocijes.

Si te duele no es mía la culpa.

Hay que descubrirse la capacidad humorística o construirse la.

DXCII

Cuando se hace el elogio de una religión, con el argumento de que persiste durante dos mil años, se confirma que la humanidad sufre pereza mental.

DXCIII

Que tu corazón sea tan grande como para albergar al dolor y aún para ofrecerle un pedazo a los perros.

DXCIV

Creeré en la existencia de un Ser Supremo, que rige los destinos del Cosmos; cuando no se cobre en el dolor el alentar de la mayoría y no nos avergüence la degradación de la servidumbre.

DXCV

Le solicitan a X que escriba su biografía y no se resuelve llevarla a cabo.

En primer término porque manifiesta que no se encuentra.

Y luego, porque tiene un terror pánico de devorarse.

DXCVI

—Pero che, qué veneno destilan sus críticas!

—Lo hago por prescripción médica. Tengo que desintoxicarme.

DXCVII

—Me maravilla la cantidad de títulos y condecoraciones que posee Fulano.

—Le caben muchas más. ¡Es tan vacío!

DXCVIII

El presentimiento del germen de la Sabiduría, quizás late en la urgencia de las interrogaciones de los párvulos...

Ahí palpita, como una promesa, la belleza y la fuerza de lo desconocido, que se frustra y malogra, junto a nuestra ansia sin raíz y sin alas.

De ahí nace un dolor que deriva de los pozos de sombra, de los cuales se vuelve, peor que con las manos vacías, con fetos de fantasmas. Pan amargo y visión opaca, que no alimentan ni descubren caminos, y permite a desaprensivos e impostores, revelar misterios que no pasan de tales y sirven de caldo de cultivo de las supersticiones.

DXCIX

Los hombres perfeccionan instrumentos para asesinarse.

¡Y a eso no le llaman premeditación y alevocía!

DC

La cabeza, en la mayoría de las personas era útil para llevar el sombrero. Actualmente la moda de usar el cráneo al aire, la ha reducido a un chisme inútil.

Y la cabeza, con su misma indiferencia de antes, no sabe qué hacer.

DCI

Nos vamos de copas y parranda con el amigo Dios, pero se nos agua la fiesta.

En algunos bares y cabarets, descubrimos al Diablo, ya abriéndonos la puerta o ya sirviéndonos.

Aparte de que el tipo pertenece a la Policía de Investigaciones y trabaja de detective particular, es capaz, el muy intrigante, de hablar por teléfono a nuestras respectivas esposas o cobrarnos muy caro su encubrimiento.

DCII

—¿Y esta estepa gris, uniforme, sin un accidente?

—Es el país de la Igualdad. Aquí lo que está prohibido es lo de hacer la más mínima sombra a nadie. Tal infracción se castiga con una elevadísima multa.

—Y cómo la cobran?

—Con mordiscos coces.

DCIII

A vivir su aventura doméstica, llega usted a la

Tierra, cuya fatal dirección está a cargo de un hombrecito a quien llaman Dios.

No tiene por qué preocuparse de nada. Hay un reloj que mueve una campana, que le indica la hora de labor, de la comida, el reposo, el amor, el sueño (este es limitadísimo) y el adiós definitivo.

Además es preciso adaptar la boca a una cosa dura denominada freno, ajustar el paso a un tambor monótono y denunciar si le nacen alas, por lo cual lo procesarán jueces severísimos.

DCIV

Cuántos chismes, intrigas y desconcertantes complejos en el serrallo del Gallinero!

—Fíjese Usted en esa graciosa polla romántica que, tras un suspiro soñador, se ha puesto a divagar en voz alta, como si estuviese recitando un poema!

Quizás lamente sus desventuras.

Pero el Sultán, señor Gallo, la escucha y con una de sus amables y habituales galanterías, arrastrándole el ala, la vuelve al redil y... a la normalidad.

¡Tiene mundo el hombre!

DCV

El historiador, que clasifica meticulosamente sus momias y el utopista, que colecciona mariposas de sueño, se entregan apasionadamente a su labor.

El primero cava y cava y remueve escombros e identifica huesos y cenizas.

Su amigo día a día, agrega una piedra a su construcción fabulosa.

La consecuencia del doble esfuerzo se concreta en la realización de un profundo pozo perfecto, donde se

le vuelve difícil penetrar al aire y a la luz y la erección de una erguida torre, desde cuya eminencia se descubre una mañana que —lamentablemente— quizás no llegue nunca!

DCVI

La lucha por la gloria es una especie de venganza contra el tiempo a quien intentamos hacer nuestro, mientras nos devora.

DCVII

La vida no es la carrera de antorchas en la cual el corredor, confía al que lo sucede su flamante bandera de fuego.

Eso quizás pudiera aplicarse al conocimiento humano, pero jamás al arte. Los creadores del pensamiento y la belleza son personales, individuales y, si desposan a la Gloria, mueren sin descendencia.

Son, tanto como celosos de su obra, agrios defensores de su propiedad.

Se llevan a la tumba el secreto (si este existe) de la composición de su material, circunstancia por lo que, quienes vienen más tarde, no pueden elevar torres semejantes.

Por otra parte —como corresponde— cada cual quiere realizar lo suyo que puede ser lo único perdurable.

DCVIII

Es evidente la existencia del Diablo.

En caso contrario, me quieren decir ustedes cómo este malabarista danza en el alambre sobre el abismo y se traga a Dios y a toda la Corte Celestial y luego extrae la íntegra «compagnia bella» de la galera y la

arroja al aire y la abaraja hasta con los ojos cerrados?

DCIX

Lo malo es que, cuando compramos el mundo, lo adquirimos con su fantasma.

DCX

La modestia tiene mucho que ver con la importancia de sentirse enfermo.

DCXI

No hay que jugar con las palabras, hay que encharcarlas, para que no terminen ellas por jugar con nosotros.

DCXII

El hombre es el huésped fallido.
Jamás encuentra sitio que le acomode.
Ni está en su casa.

DCXIII

El financista me insinúa:
—Caballero, la peor inversión que puede efectuar es la del Amor. Por más precauciones que tome, cuando menos se lo espera, no le pagan el interés y se le esfuma el capital.

DCXIV

Es preciso borrar de nuestra agenda el día en que no hayamos tenido una sonrisa o en el que no hemos podido conquistarla.

DCXV

—¡¡Poseo la luz!!
—Feliz de ti si eres capaz de ofrecerla... sin tan-

to por ciento.

DCXVI

Cuando me encuentre con Dios —¿cómo estará de viejito!, me preocuparé de no interesarme por su salud, por no crearle un complejo.

DCXVII

El gato es el presumido tenorio, que, a gritos, informa de sus conquistas a todo el vecindario.

DCXVIII

¿Pero por qué no inventarán una religión que prometa a sus adeptos, —que se porten bien, —la recompensa de un Paraíso, en el cual, monda y lironda, reine plenamente la Verdad?

Hasta ahora no disponemos sino de las bien ganadas jubilaciones celestes, los angelitos volando alrededor de una fuente de agua con azúcar; parejas de jóvenes insexuados, bailando danzas clásicas y viejas haciendo calceta, para Dios, —a quien se le enfrían los pies (¡hay que pensar en los años que tiene!), mientras quienes no están «en el dulce» —con toda razón lo maldicen.

DCXIX

Tras haber aventurado la hipótesis, por cierto irreverente y de flagrante carencia de galantería, de una probable aventura de Eva, —que comprobaría los asertos de Darwin, —nos atormenta una tremenda duda:

—¡No habrá sido Adán, virtual epígono de don Juan, quien cometió la primera infidelidad, semillero de los actuales divorcios y de los malos hábitos matrimoniales que hemos heredado?

DCXX

¡Oh, por cierto que poseo la mano pesada y tosca, siempre pronta a transformarse en la maza que golpea el cráneo o en los garfios, que acogotan y cierran la garganta, con el dogal de la asfixia.

Pero, por ley natural, la hembra acorta su paso —lleno de equilibrio y de gracia— cuando intento perseguirla y pronto encuentra muelle alfombra de hierbas donde yacer, como invitándome que, en sus pupilas limpias, descubra, hasta en pleno día, la claridad de los astros.

¡La Verdad no se entrega a los desmedulados!

DCXXI

El primer cuento de hadas nos lo hizo Dios. Y nos lo garantizaron los poetas y los pintores —y, naturalmente los hombres de ciencia— deslumbrándonos con los garridos, elegantes y graciosos primitivos, progenitores de la especie, cuya belleza y evidentes encantos, se nos manifiestan en el hombre de Neenderthal o de Grimaldi, que constituyen unos perfectos Adonis simiescos.

DCXXII

Me llama la atención que el Hombre no haya resuelto erigirle un monumeto a la Casualidad.

Es una señora muy importante.

Y todos le debemos algo... o mucho.

DCXXIII

Mejor es soñar después que antes...

Porque la realidad siente la urgencia de cavarle la fosa a los sueños.

DCXXIV

No la coloques en un pedestal.
Eva tiene otro destino.
Ignoras que es la Tierra hecha Mujer.

DCXXV

Cuando la conciencia se despierta y marcha y toma impulso, no se detiene ni al borde del precipicio ni en el abordaje a las nubes ni en el asalto al infinito.

DCXXVI

Desde el punto de vista moral, la inteligencia más que un privilegio, es un flagelo.

La grosería de la materia exige que en la lucha por la vida seamos prepotentes, egoístas y crueles.

Los seres zoológicamente inferiores no se comportan de diferente manera que la que adoptamos tratando de conseguirnos el reparo o el alimento.

En el amor son más puros y naturales y toman los actos, sobre los cuales legislamos un código hipócrita y artificioso, —como una función pasajera y necesaria, que busca un normal equilibrio, que nuestra especie desfigura y magnifica, decorándola teatralmente con lágrimas, suspiros y cantos.

Por suerte —quizá— la sociedad actual se burla y menosprecia a los poetas —animales que se nos emparentan— los cuales aspiran a hacer un negocio de la colectiva miseria física y que, por suerte, en privado, se comportan como nuestros inferiores irracionales.

DCXXVII

El hombre es un microbio, que a momentos se supone un gigante.

Correcto.

Para algo se inventó la ilusión.

DCXXVIII

Con sus extraordinarias dotes, con sus excepcionales condiciones, si Usted fuera un poquitito condescendiente, iría muy alto.

—¿Y si me caigo? Me conozco muy bien. Además de ser víctima del vértigo de las alturas, poseo en mi interior un insondable abismo. ¡Sería espantoso que me precipitara dentro de mi mismo!

DCXXIX

Nosotros constituimos y sintetizamos la fabulosa Torre de Babel.

Nuestro joven de veinte años, solidificó los ilusos cimientos; el morrudo de treinta, aportó el cemento eficaz; el equilibrado hombre de cuarenta, labró las piedras duraderas; el cincuentón trabajó sonriendo; el de los setenta, que aún posee ágil la mano, pero cansada el alma, expresa:

—No se entienden! No se entienden! Hablan idiomas diferentes. Cada uno contribuye a acentuar el caos. La torre va a quedar inconclusa!

DCXXX

A la alucinada fervorosa católica, en sus sueños —cándidos, por cierto—, siempre la visitaba un angelito, que, con sus alas, le rozaba, suavemente los labios.

Con el correr de los días, la aparición, milagrosamente, creció.

El ángel, en su natural desarrollo, fue niño, adolescente, mozo.

El tiempo pasa. . .

Un día lo encontraron abajo de la cama de la iluminada.

DCXXXI

En el Uruguay, con la congénita inclinación al pedestre deporte del fútbol, nos es indispensable cerrar con dos vueltas de llave, al alma en su almarío, para evitar se nos caiga a los pies, con la peligrosa consecuencia de ganarnos un campeonato hasta en el cielo.

Pues a quien no se le ocurre esquivar a San Pedro y, tras dejar con la boca abierta a media docena de frailes, enredados en sus sotanas, cortarse solo y hacerle un «goal» a Dios?

DCXXXII

La Verdad —monda y lironda— es el pan, al cual el pueblo, que lo suda y lo sufre, cree elevarlo de categoría llamándolo «la gracia de Dios», cuando, en el mundo que sufrimos, es su castigo.

Los estómagos estragados no se conforman con él, prefieren indigestarse con postres de confitería, que, se sobreentiende, los paga el mismo pueblo.

DCXXXIII

La Verdad, por su intrínseco valor de virtud sin par, es un obsequio que se hace a nuestra superioridad, que casi nunca sabe agradecerla en proporción a su magnitud.

Muchos prójimos la reciben como una ofensa.

Otros, como un estiletazo, que les hiere congénitos y arraigados errores.

Aún no conociéndola, no existe quien no se haga

lenguas de su importancia.

Hasta las mismas sombras se disponen a ofrecerle su bienvenida, pero, cuando en su bella desnudez se presenta, huyen.

Las tenebrosas noches del alma del hombre, temen su luminosa presencia.

DCXXXIV

La soledad es algo abstracto, como la ausencia de aire en la campana neumática.

No existe el vacío absoluto, como no se conciben límites para la nada.

La mas cabal de las soledades es un continente lleno de miedo, de duda, de impotencia o de orgullosa soberbia, sin fundamento.

Y aún de esperanza. . . de verse libre, tal vez de su terror. . .

DCXXXV

La política es un gran arte venido a menos, en manos de pigmeos ilusionistas.

DCXXXVI

—Hazte un porvenir, me recomienda la grave, autorizada voz del maestro.

—No me puedo conformar con un techo, cuando aún no poseo los cimientos. ¿Para qué me has dado la verdad? Déjame construirme un pasado.

—¡Un pasado!

—Si. Hasta la raíz, que se pierde en la sombra. Permíteme que fabrique mis Dioses.

DCXXXVII

Las traicioneras llaves del alcohol, abren las mis-

teriosas puertas de un universo que, a pesar de ser absoluta e indiscutiblemente nuestro, ignoramos... o lo conocemos demasiado.

DCXXXVIII

Un Dios científico, último modelo —que hasta se niega que sus tarjetas lleven su título— luego de la tremenda catástrofe producida por la bomba H. 7., en su diáfano laboratorio de material plástico, vigila sus robots impecables y disciplinados, dictándoles las instrucciones, para crear el NUEVO HOMBRE:

—No, no, no! Nada de utilizar el menjurge que contiene ese recipiente. Tómense el olor y subráyenselo en sus pituitarias.

¡No lo usen jamás!

El alma es un elemento que hay que borrarlo definitivamente, hasta de la memoria.

¡Estamos cansados de fábulas!

DCXXXIX

En la entrevista secreta que le concedo a Dios, éste me expresa su reconocimiento.

—No sé cómo darte las gracias por tu gentileza de recordarme.

—No te preocupes, viejo, sabes cuanto estimo no sólo tu sabiduría, sino tu don de gentes.

—Yo soñaba con jubilarme, pero sólo resuelven darme alguna licencia con goce de sueldo... Creo que, razonablemente, aspiraba a declinar mi jerarquía y mis responsabilidades... Me cansa un tanto, no el trabajo, sino el desorden y las injusticias, que, lamentablemente, me superan...

Mis más fervientes deseos son transformarme en

un simple ciudadano común, que se sienta en la plaza, va a un cine de barrio y no puede eludir engrosar esas manifestaciones del pueblo que reclama justicia...

Si, si... ya te comprendo... Tú dirás que por qué yo no arreglo eso. No es culpa mía, me han engañado. Existe una verdadera conspiración entre los que yo creía mis adictos y mis dependientes y subordinados, desde el más encumbrado al último sacristán...

Me he encontrado solo.

No sin adeptos (falsos), sino sin amigos.

—Y no mantenías relaciones con los otros Dioses?

—Eso es imposible. Ni nos saludamos. Tenemos que fingir hasta que ni siquiera nos conocemos! Eso se explica, pues si los reconocemos existentes, nos negamos. Admitirnos, es destruirnos. Ellos también lo saben. Tenemos que jugar a ser únicos.

¿Entiendes?

DCXL

Quienes manifiestan que no les importa que los lean, los estimen y admiren, se cuidan de enterarnos que, condenado a cadena perpetua, llevan en su interior un Narciso, incondicional y adicto.

DCXLI

Con su compasiva burla enfática, me agrade el edonista:

—Heroico émulo del belicoso luchador contra los molinos de viento: la libertad es un mito.

El problema humano se reduce a la consecución de la felicidad, conquistada de cualquier manera.

En mi nueva versión mitológica, el Amor, hijo de Vulcano, doma con su fuego al hierro, para regalarnos

nuestra dichosa cadena.

Lo demás es «literatura».

Luego —eso ya tú lo sabes— también la Literatura (aún puesta con mayúscula) es una cadena.

DCXLII

Imagínate, me explica mi desconcertante camarada, que en vez de una civilización de hombres, —como pudo haber una de hormigas, si tales himenópteros hubieran conseguido, una preponderancia sobre nosotros, se hubiese definido una de cerdos.

Sería un espectáculo extraordinariamente grotesco el contemplar la elite de tal sociedad: magistrados, generales, poetas, sabios, magnates de las finanzas, profesores, filósofos, puercos!

Pero lo más bufonesco e impresionante, sería ver ángeles y santos marranos, con sus aureolas, sus alitas y su aire beatífico!

¡Y los lechoncitos querubes!

Se explica que ante ese original y gracioso panorama, mi amigo haya perdido el seso e insiste en colocarle a Dios unas ramitas de perejil en los agujeros de su nariz.

DCXLIII

Los escritores ayunos de fantasía son las solteronas que se acostarían con el primer tipo que descubriesen bajo sus lechos y, en oportunidades, lo hacen.

DCXLIV

Esta limitación de tiempo de la existencia constituye un craso error, que debemos atribuir a la Naturaleza, dama muy sabia, pero a quien a menudo se le

quemar los papeles.

El simpático amigo Casanova, al fin de su existencia, cuando había perfeccionado, magnífica y espléndidamente su oficio, se vió reducido a cazador de aves de corral y a perseguidor de pindongas y maritornes.

Y la bella Otero, encantadora y preclara señora, veterana en lides galantes, erudita en deleitosas actividades y en amables ejercicios, se ve reducida a enhebrar recuerdos, —¡ay!— que más se enturbian de lágrimas, que se iluminan de sonrisas.

Mientras no realicemos una revolución contra la Muerte y ésta continúe rigiendo nuestras jubilaciones, seguirán malgastándose nuestros maravillosos tesoros de experiencia.

DCXLV

Me informan que estás furioso «contra Dios y todo el mundo» y, a tal efecto, mascullando denuestos y condenaciones, cada vez te hundes más en el antro sombrío de tu estéril individualismo.

Con tal agria actitud renunciataria, te niegas y te anulas.

Te castras.

No, no es eso lo aconsejable.

No hay que ser el amante de la soledad y menos por simple regodeo.

Hay que hacerle hijos, aunque sean de nuestra furia.

Es preciso preñarla, aunque sea de monstruos.

Se impone hacer fecundo hasta al odio.

DCXLVI

Para resarcirse de la ingratitud humana y corregir

las flagrantes injusticias del ambiente, mi amigo, el literato, se prodiga a si mismo, plácemes y alabanzas y se decreta diplomas y medallas.

Ahora está aprendiendo a desfigurarse la letra, para escribirse misivas laudatorias y cordiales, que pondrá en el correo para experimentar la emoción de la llegada del cartero, con la ansiada correspondencia.

Además compra libros de autores ilustres y se los auto dedica.

No faltará quien lo tilde de ególatra. . .

DCXLVII

Dios no posee el coraje —a nosotros nos sucede lo mismo— de romper las páginas que le salen flojas, desmañadas y cojitrancas.

«E cosí va il mondo» y el prestigio de ambos.

DCXLVIII

Todo lo que parece inútil e inservible, que integra la chatarra, posee aún una posibilidad, la de que el fuego la purifique y la transforme en duro y excelente acero.

Con los deshechos humanos, con las voluntades rotas, con la miseria del servilismo, con las almas herrumbradas, con la perruna bajeza de la adulación, no hay posibilidad siquiera de alimentar los hornos, que nos rindan la más mínima materia noble.

Pero como urge penetrar la sombra del tremendo misterio, que nos oprime y nos devora, sería menester arrojar al fuego, volviéndola antorcha viva, a toda la especie, para conquistar —quizás— un rayo de luz.

DCXLIX

¡Saberlo todo!

¡Qué inexorable y despiadado castigo!

Dios no quiso hacernos ese tremendo legado.

El poseía la prosaica experiencia de su aburrimiento, sólidamente edificado sobre los cimientos del sentido común.

Por tal razón se negó a entregarnos la llave con la cual podríase abrir la jaula, donde tenía encerrado el mito, las leyendas y las consoladoras mentiras, con las cuales podemos continuar soñando.

DCL

La Tierra, opulenta y seductora mujer morena, echada plácidamente de espaldas en su lecho duro, sonríe, hambrienta de vivir y de dar vida.

Te aguarda.

Fecúndala.

(El Hombre, placentemente, siempre termina por entregarle la semilla de su cuerpo.)

DCLI

La Ciencia está en la edad de piedra.

De aquí a cienmil millones de años, cuando nos hayamos perfeccionado un poco y se haya creado la «Facultad de Almas y Afines», podremos crear la cirugía moral.

Los expertos le extraerán el morbo bélico a los generales; operarían de petulancia maligna a los falsos genios; les extirparían los solemnes corsés a los académicos y calcularán las dosis de hormonas de pretitinas que, para volverlas a la normalidad, deberán inyectar a las Evas.

DCLII

Filosófico y no sin ciertas ínfulas, sentencio ante la dama:

—Siempre, lo más importante, es lo que no se ve. Lo que tenemos escondido.

Lo que nos cautiva, nos conmueve o seduce nuestra admiración, quizás nos cohiba y no nos permita expresarnos y traducirnos.

¡Qué difícil es llegar hasta la esencia o la raíz de nuestro pensamiento o nuestra sensibilidad.

Tal vez lo más delicado, lo más hondo y lo más íntimo, resta celado por los últimos velos de la discreción o palpita en el misterio de lo que aún no ha encontrado el vocablo o la música, adecuados para revelarse.

La interesada me entiende cabalmente.

Sonríe, se sonroja hábilmente y termina por invitarme a su casa.

DCLIII

—Tienes hambre y sed de justicia.

Menudo trabajo te aguarda.

Empieza por casa.

Escudriña en todos los rincones para ver si descubres algo para tu garganta o tu diente.

Y prepárate para el ayuno.

DCLIV

Un bruto había violado una monja.

Compungida, cuando la ultrajada iba a comparecer ante el Juez, la Madre Superiora le recomendó:

—Hija, —pudor aparte,— debes decir toda la verdad.

—¡Aún que terminó por agradarme, Madre?

DCLV

Se ha cerrado la parábola de mi trayectoria por la Vida.

Sencilla y prosaicamente, he muerto.

Supongo que tal sentida y dolorosa catástrofe, va a conmover al Universo hasta sus cimientos.

Ya veo los diarios con sus franjas de luto y las tiendas de crespones y las florerías asaltadas... Las astas de las banderas, con las camisas de la cintura para abajo. El tropel del ejército de santos y el cielo sonoro del rumor de las alas de las vírgenes y de los querubes, que vienen a mi velatorio.

Pero descubro que sale el sol; que el cielo está azul; que humean las chimeneas, cantan los pájaros y juegan los niños.

¡Qué mal andan los servicios de comunicación!

Ni un mal telegrama de pésame de Dios, me trae el mensajero.

Lo único que me consuela es que los elegidos de los Dioses, mueren jóvenes!

No cuento nada más que con setenta y cinco años...

DCLVI

—Entérese y entienda, señor: yo no constituyo el tal «ángel rebelde». Lo que sucede es que en este mundo de eunucos, que hacen malabarismos con las palabras, pretenden a mi amante, que es la Libertad.

De ahí el proliferar de sus serenatas, sus cencerreadas o sus dicterios.

Ellos insisten en molestarme.

No me interesan.

Mi suegra, la Verdad, a quien han querido sobornar, les ha dado con la puerta en las narices.

DCLVII

—¡Voy hacia el Superhombre!
—Nos encontraremos: Yo voy hacia la Caverna.

DCLVIII

¡El puente! El puente por el cual vinimos desde Dios al Hombre. ¿Dónde está?
¡Para hacerlo volar y libertarnos!
O para volver por él a El.
(Salvo que tengamos que regresar pasando por el mono.)

DCLIX

Lo quisiera ver a Dios de este lado de la barricada. Estoy seguro que engrosa la oposición y se transforma en mi correligionario.

DCLX

Los graves monos solemnes fingen que no comprenden las verdades, que, envueltas en la transparencia del humorismo, les rompen los ojos con su evidencia.

Como todo lo atribuyen a la Providencia, ignoran quienes las hacen estallar bajo sus colas, al igual que juguetones cohetes.

Son capaces de suponerlos travesuras de Dios.

Pero, en secreto, denuncian el atentado a la policía.

DCLXI

Quienes con el título de eruditos acumulan en su

memoria cordillera de citas, son sepultureros que, con método y diligencia, cuidan sus cementerios interiores.

—Pero no crean, ustedes, que lo hacen por idealismo.

Con toda practicidad le sacan el jugo a su manobra, decorando sus jardines con hermosas estatuas de esqueletos.

DCLXII

A la tienda de la Verdad llega ese señor importante, de levita y sombrero de copa, quien, al hacer su compra, paga con una reluciente moneda de oro.

Es el filósofo.

Adquiere la misma cantidad de mercadería, este otro cliente despiltrajado y de zapatos rotos, que entrega en calderilla de refranes, el importe de su adquisición.

Es el pueblo.

El primero extrajo su dinero de los libros.

El otro, de su dolor y quizás, en oportunidades, de su risa.

DCLXIV

Cómo reaccionaría Ovidio, viendo a un ser humano arrodillarse y besarle la mano a otro:

—¡Para eso lo puse de pie y lo hice contemplar las estrellas!

DCLXIII

El poliedro, critica al queso:

—Tienes dos caras!

El queso se venga del ataque, dirigiéndose al cuadrado:

—Con cuatro rostros, cualquiera termina de saber cómo eres.

Y el aludido descalifica a la esfera:

—No es que tú seas esto o aquello, eres el no ser, en la apariencia de una uniformidad, que engaña y desconcierta, con esa carencia de principio y de fin.

Y la esfera se ríe de la línea recta:

—¡Qué hastío, en esa monotonía de ser siempre algo que empieza, pero no termina.

DCLXV

A la Sabiduría, de don sublime, los hombres la transforman en meretriz, que tarifa sus favores.

DCLXVI

Aún nuestras más delicadas sensaciones derivan de hechos y concreciones físicas, que es factible traducir en algo que denominamos éxtasis, arrobamiento, amor, poesía.

Alentamos en un mundo material.

No poseemos más allá.

De ahí el aprovechamiento de quienes tienen a «Dios» en la manga y tratan de mistificarnos, fingiendo que lo sacan de su galera... vacía.

DCLXVII

La duda es la forma más inteligente con que se nos presenta el hambre de saber.

DCLXVIII

Dios vive a los fondos de la residencia del Hombre libre.

Y el Hombre Libre, dónde vive?

DCLXIX

¿Por dónde has pecado más, preguntaban a Verlaine, devoto de la virgen María.

Indeciso, él sonreía, acariciándose sus ralas barbas de fauno en vacaciones.

Y, mientras con la imaginación revivía pretéritos deleites, entre socarrón y beato, murmuraba para sí:

—Estoy conquistando el derecho de hacerle personales y exclusivas confidencias a Nuestra Señora.

DCLXX

Tolerante y discreta, la Razón concluye:

—No termino de comprender al Hombre. Ha realizado inauditos esfuerzos por conquistarme y ahora que le pertenezco me segrega en los sitios más inverosímiles: entre las rejas de su ira; en los inhospitalarios peñascos de su odio; en el subterráneo de sus bajas y oscuras pasiones; en la caja de hierro de sus intereses.

DCLXXI

Cuanto nos convencemos de algo, nos volvemos sus intransigentes servidores, olvidándonos que de la servidumbre a la esclavitud hay un paso.

DCLXXII

No me explicaba la diversa y hasta opuesta actitud de mis colegas y amigos al acusarme recibo de mi última obra.

Dios me envió una tarjetita:

—Bien, muchacho. Correcto. Te felicito. Abrazos.

El Diablo, quizás evitando comprometerse, me habló por teléfono:

—Che, seguimos en el quiero y no puedo. No te voy a negar que progresas. Pero careces de decisión y coraje. Quitale decididamente el taparrabos a la Verdad y que se vayan todos a la gran. . .

Bueno, a esta altura agregó una palabra poco protocolar.

Lo interrumpí:

—Sin embargo Dios. . .

—Hombre, no le des importancia a sus bobadas. . . Además él quiere estar bien con todos. . . Hipo. . . digo: diplomacia, que le dicen. . .

—¿?

—No. No es hipócrita, pero cómo no va a creer que eso es excelente, si tú eres hecho a su imagen y semejanza.

Resuélvete a negar su paternidad y autorizame a que te prohije. . .

DCLXXIII

Partiendo de la conocida frase: «saber demasiado», que significa el acabado conocimiento de delicados y comprometedores secretos de determinada persona, nos explicamos la imperiosa necesidad de la muerte.

Llega un momento en que estando al cabo de excesivas acciones, horribles y terribles de esa hetaira, disfrazada de honesta, melindrosa y caritativa dama, que es la Vida, nos es insoportable continuar compartiendo con ella, nuestro pan y nuestro lecho.

DCLXXIV

La Verdad es la flor que hiere.

Ella no tiene la culpa.

Casi todos nuestros prójimos la toman por el lado de las espinas.

DCLXXV

Llegué al Paraíso.

—¡Uff! ¡Qué asco! ¡Qué prolijidad! ¡Qué pulcritud! ¡Qué olor a limpio! Aquello parecía un sanatorio modelo

Funcionarios diligentes, correctos, corteses.

¡Un asombro!

—Por aquí. Pase adelante. Moléstese. ¿Prefiere la terraza o el jardín? ¿Le preparamos el baño? ¿Un piscolabis? ¿Desea algo antes?

—¿Antes de qué?

—De pasar a su habitación a descansar en paz.

—¡A descansar! Pero. . .

—Lo que usted disponga. . . Sabemos quién es. Esa tarjeta colgada en su solapa es una recomendación. Además —se sobreentiende— que Usted merece el eterno reposo. . .

—Pero díganme: ¿no puedo hablar con el Gerente?

—Personalmente o por teléfono?

—Con él en persona, con él. . .

Fue pronunciar su nombre y apareció Dios.

Me abrazó:

—Bien venido, viejo. . . Estás en tu casa. . . Por aquí, querido; por aquí.

(Otro bien educado!) Confío que te agrade el ambiente. . . o te mandamos hacer otro. . . La cama está pronta, por si quieres descansar. . . Los aviones siempre dejan un sobresalto. . . Tu lecho está pronto. . . Las pantuflas. Hay calefacción; aire acondicionado. Pero si

tú estás habituado al porrón de agua caliente y que la doncella te esponje el, la, la cama... Como buen criollo, tomarás un matecito antes...

—¡Voy a tomar un cuerno! ¡Pero este viejo no sabe que me «revientan» todos estos rendivuses! ¡Pero aquí no hay nada qué hacer? ¿Uno está condenado a rascarse eternamente?! ¡Che! ¡No hay picos y palas y papel y tinta y hachas y garrotes!?

—¡Pero, viejo, éste es el Paraíso? ¿O quieres que te hagan otro de medida?

—¡Basta! vociferé furibundo. ¡Al demonio con tu Paraíso! ¿Ahora lo que falta es que me empieces a presentar personajes: santos, vírgenes, papas, generales, millonarios, artistas, «locas»!...

Me marchó. No me quedo un minuto más. Que me devuelvan mis cosas. (Pero no los discursos fúnebres, eh!) Quiero lo mío: mis huesos, mi carne, mi sangre, mis nervios, mis sueños, mi dolor!

¡Qué negocio hice!

DCLXXVI

Primero decimos cosas que no sabemos.
Más tarde sabemos cosas que no decimos.

DCLXXVII

—¡Verde, muy verde! ¡Su obra merece el irrevocable veto de no apta para nadie!

—No crea. Es un fenómeno óptico. Aquí no hay nada del color de las murmuradoras hojas, de las frutas pintonas, de lo procaz y malicioso. Utilizo los colores más puros: el azul que lo extraigo del cielo y el amarillo de cromo, que destilo de la luz!

Que el público no los mezcle y verá usted, como el verde no aparece.

DCLXXVIII

La sabiduría quizás se presiente en la urgencia de las interrogaciones de los niños.

En ella palpita, como una promesa, la gracia, la fuerza y la belleza de la verdad, que infortunadamente se frustra.

Un inconformismo sagrado, intenta ahondar hasta el infinito.

Nuestros prójimos interpretan eso como un juego pueril, ante el cual sonríen, mientras los aprovechados lo transforman en vil comercio.

Luego —aparentemente— nos satisface un pan amargo, que nos engaña el hambre y con la visión brumosa de un horizonte remoto, de indecisa perspectiva, que se nos deshace como espuma entre las manos.

O peor que eso, con unas ilusorias, fabulosas creencias, hijas del miedo y la superchería.

DCLXXIX

—Usted no le presta importancia a lo que denomina mi diminuto dramita.

—Bah... Con los incommensurables problemas del mundo, como nos vamos a detener en minucias...

—¡Es preciso que alguien me preste atención! ¡Imagínese lo que encarno! Yo soy el héroe magnífico. El Judas. La mujer engañada. El suicida, que ha descubierto que se equivocó al venir a la tierra... El héroe. El santo y el ladrón... Y, por sobre todo: el autor!

¿Le parece poco?

O pretende, aún, que encuentre todos los oídos
tapiados?

DCLXXX

A la vida hay que transformarla en una amante.
A la muerte, también.

DCLXXXI

La fe es la cárcel del pensamiento.

DCLXXXII

Cuando Dios me aseguró que era un hombre,
comencé a desconfiarle y le interrogué:

—¿Y por qué te difrazas?

DCLXXXIII

En Arte, el filicidio, ha de alcanzar la sublime
disciplina del deber y el ejemplar contorno del heroísmo
espartano.

DCLXXXIV

¡Que Eros, el terrible Dios de la Guerra, —véase
al Historiador Góngora: «Batallas de Amor, sobre cam-
pos de pluma»,— me conceda la sublime gracia de mo-
rir en medio de la heroica gimnasia del más glorioso
de los combates!

¡Amén!

DCLXXXV

Dios es una cárcel, que aherroja la grandeza del
Hombre, que aspira a la Libertad.

DCLXXXVI

¡Pensar que el hombre ha sido un niño!

¡Que la bomba, en cierto momento celeste, no po-
seyó detonador!

FE DE ERRATAS

AFORISMO	PAG.	
XXIII.	38	Donde dice: "en la orilla", debe decir: en la cultura.
LXIII.	51	Donde dice: "su capa", debe decir: so capa.
CCLXXXVI.	100	En el penúltimo renglón, suprimir: el.
CCCLXXXI.	124	En lugar de la hoja de la vida, debe decir de la vid.
CCCXC.	126	Tachar: hasta, en el segundo renglón.
CDLXXVII.	148	Primer renglón leer capítulo, en lugar de cipítulo.
DXXXI.	165	Cuarta línea: eficiencia y no deficiencia.
DLXIV.	173	y vuelta: en primera línea, leer convienen en lugar de conviven.
DLXXVI.	177	Falta un guión, luego de in sanía.
DCII.	184	Léase al final: Con mordiscos y coces.
DXCIX.	184	En el tercer renglón, cambia la c por s, en alevosía.
DCXL.	195	En la tercera línea, léase "condenados".
DCLXXIX.	209	En la cuarta línea, cómo, por énfasis, debe ir acentuado.